

martín gusinde

**los indios de
tierra del fuego**

tomo primero volumen II

los selk'nam

 **CENTRO ARGENTINO DE ETNOLOGIA AMERICANA**
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS Y TECNICAS

D. La institución de los hechiceros

Al desarrollar el tema de la "institución de los hechiceros", no he dejado de ser suficientemente amplio en la exposición. Así lo exige el esclarecimiento fundamental de su esencia. Los informes publicados hasta ahora por otros visitantes de la Tierra del Fuego resultan fragmentarios e imprecisos en todo sentido.

En el quehacer diario, cada hechicero actúa profesionalmente con total independencia de sus pares. En vano se buscará una asociación de acuerdo con el esquema de un grupo organizado o de una agremiación secreta. Cada uno de ellos es, al menos, un competidor envidioso y celoso del otro colega, que debe ser evitado. Es más: a veces llega a ser un enemigo declarado de ese colega. Ésa es la verdadera relación que los hechiceros guardan entre sí. Consecuentemente, una empresa en común de algunos colegas es una rareza. Pero según el tipo de actividad profesional, en verdad, todos los hechiceros se muestran de acuerdo en lo esencial. A pesar de la total independencia del hechicero en la existencia del pueblo selk'nam como un todo, su ámbito de intervención abarca gran parte de la vida tribal. Es cierto que su influencia resulta apenas perceptible, pues su manera de actuar es preponderantemente confidencial o secreta.

Los representantes de este arte se designan a sí mismos como *xon*, y así también son llamados por sus compañeros de tribu. La gente del sur, y los haus, también dicen *yon* o *yo'on*, o *yoh'on*¹.

Carecemos aún de un *terminus technicus* que caracterice indubitablemente la particular actividad del *xon*. Otros informes lo designan como "doctor, médico, médico-strugone, medicine-man, brujo". En lugar de chamán o mago elijo con más propiedad el término "hechicero" (*Medizinmann*). Al respecto, me baso en el contenido de esta expresión, conformada para las situaciones de hecho existentes en América del Sur. Pero nuestro *xon* casi nunca aplica remedios externos, pues es en realidad un "padre espiritual". Por otra parte, no desempeña ni remotamente el papel de un sacerdote, y de la misma manera su amplio campo de acción no incluye ni un ámbito parcial, ni una determinada forma de exteriorización de las ideas religiosas de su tribu. Ciertamente tengo conciencia de lo insuficiente que resulta la denominación "hechicero"; sin embargo, hasta ahora los conceptos parecidos no han sido aclarados ni delimitados uno frente a otro.

Por suerte, durante el período de compenetración en este difícil temario, tuve a mi lado dos informantes sumamente confiables. Se trata de TENENESK y de su sobrino TOIN. El primero de ellos era ampliamente conocido y temido en toda la región en su calidad de eminente hechicero. Se lo consideraba como el último representante pleno de su gremio; era un hombre de amplio saber y sus servicios

¹ Tiene su origen en observaciones defectuosas la variable escritura del término en BEAUVOIR (b): 208, BORGATELLO (c): 62, COJAZZI: 67, TONELLI: 116, FURLONG (r): 184, GALLARDO: 298 y otros. Totalmente extraviadas son las denominaciones mencionadas por SEGERS: 70 y LISTA (b): 140.

eran constantemente requeridos por todos los que lo rodeaban. No le gustaba hablar de sus obligaciones profesionales, pues según su propia confesión, no se creía facultado para la interpretación o explicación de muchos detalles. Su sobrino, que dominaba muy bien la lengua castellana, fue para mí un apoyo muy valioso. No acostumbraba deshacerse de mí con una respuesta precipitada a mis preguntas. Por el contrario, previamente a su respuesta, buscaba un exhaustivo intercambio de ideas con su tío TENENESK, y sólo después trataba de conformar mi curiosidad. Nunca perdía la paciencia durante las discusiones que, a menudo, llevaban largas horas. Más de una vez me confesó que recién a través de mis preguntas había logrado captar el sentido más profundo del tema, y que ahora él mismo se ocupaba de él con mayor fundamento. "Ahora entiendo", me dijo un día, "por qué preguntas tanto acerca de nuestros *xon*. ¡Yo mismo sabía demasiado poco acerca de ellos!" Puesto que ambos hombres eran parientes entre sí, muchas circunstancias favorables concurren para que TOIN, en fructífero intercambio de ideas con su tío y algunos otros hombres, pudiera transmitirme las partes más difíciles del mundo de ideas del hechicero indígena. A estos dos informantes corresponde el agradecimiento de todos aquellos que reciben algún beneficio al poder recorrer estas extrañas cadenas de pensamientos. A menudo estábamos sentados juntos durante muchas horas de la noche; una y otra vez se recapitulaba y se complementaba lo dicho anteriormente, hasta que cada uno de nosotros se iba a dormir con la cabeza pesada. Llegados al lecho, dábamos vueltas y vueltas durante largo rato, sin poder conciliar el sueño. Que —no obstante lo dicho— muchas cosas sigan oscuras e incomprensibles, es algo que no debe extrañar; esto corresponde totalmente a la particularidad de esta materia, originada en un desarrollo totalmente extraño para nosotros los europeos.

Traté de ordenar uniformemente la multiplicidad de lo que pude recopilar bajo la forma de narraciones individuales, para lograr una mejor posibilidad de evaluación.

a. Posición social del hechicero

La comunidad de los selk'nam y de los haus, así como cualquier individuo, consideran a su hechicero como un ser que es de temer. Su poder sobrepasa largamente el conocimiento y las posibilidades de los restantes miembros de la tribu; sus arbitrariedades son imprevisibles, y de su actuar no se puede apelar a una instancia superior. Es cierto que su ayuda a menudo se solicita expresa y urgentemente, y que la gente recuerda con gratitud ciertos beneficios prestados al individuo o a la comunidad; pero, con frecuencia no menor, los hechiceros actúan en perjuicio de los individuos o de grupos enteros. No sólo la salud y la enfermedad, la vida y la muerte de un miembro de la tribu, están subordinados a su influencia, sino también el buen o el mal tiempo, la suerte o el infortunio durante la caza, y la obtención de enormes cantidades de carne por la varadura de una ballena. Por eso, cualquiera

evita todo aquello que pueda crear la sospecha, el enfado, la enemistad o la venganza de un *xon*. Ciertamente, nadie trata de obtener su favor mediante actos llamativos, pero se evita todo aquello que pueda predisponerlo o irritarlo.

Un enfoque tan evidentemente dictado por el temor tiene como fundamento la sólida creencia en el poder real y en el saber de los hechiceros. Nadie considera a los *xon* como embaucadores o ilusionistas, que engañen a sus semejantes con juegos de mano. Por esta razón no puedo dejar de acentuar suficientemente que, sin lugar a dudas, se asigna un valor de autenticidad a las obras profesionales de los *xon*, a través de una convicción inquebrantable de todos los *selk'nam*. ¿Cómo puede extrañar entonces, si todos ponen sus ojos en el hechicero, si cada uno trata de estar en la mejor relación posible con él? Es su actividad profesional la que le asigna una preeminencia espiritual sobre sus compañeros de tribu. Sólo entre colegas uno pone ciertos límites al otro.

1. No forman una asociación o gremio

Mientras existía la tranquilidad de épocas pasadas, cada grupo o familia más o menos numerosa poseía, casi sin excepción, un *xon* propio, que se hallaba unido a aquella comunidad por lazos de parentesco. Sin embargo, tal *xon* no era el único dentro de su grupo familiar directo o cercano. Por el contrario, dentro del mismo grupo —sobre todo si se componía de varias familias— había otros dos, tres o cuatro hombres que ejercían tal arte. Uno de ellos se evidenciaba como el más capaz, no dejaba a su vez tomar vuelo a los adversarios y vigilaba celosamente su actuar. Para los cofrades menos influyentes resultaba muy bien conocido lo escaso de su saber frente a aquel especialista más experimentado y, por lo general, también de mayor edad. En forma semejante también se manifestaba el juicio valorativo de la gente, de modo que de hecho sólo actuaba un único hechicero en cada linaje. Junto a él, los cofrades menos valorados actuaban con reserva y en casos aislados o poco importantes (ver GALLARDO: 298 y SEGERS: 65).

Todas las diferentes obligaciones profesionales de un hechicero de los *selk'nam* las cumple allí cada uno de ellos. Aquí nada se puede observar acerca de una cierta división de actividades profesionales, tal como la han logrado los *yékamus* de los *yámana*. Las diferencias entre los distintos *xon* están condicionadas exclusivamente por el saber afectivo y por logros reales (pruebas de fuerza) en todo el ámbito de su actividad².

Cualquier tipo de preferencia sobre sus compañeros de profesión lo fundamenta el hechicero ante todo porque puede referirse

² Las profesiones especiales mencionadas por DEL TURCO (SN: X, 145; 1904) no existen entre los hechiceros de los *selk'nam*. Efectivamente, existen entre los *yámana* vecinos, como ya lo he demostrado anteriormente. Ver GUSINDE (n): 968.

a un maestro famoso, porque goza de una larga y exitosa trayectoria profesional que le ha deparado muchos adeptos, y —por último— porque ha sido exitoso en la realización de actos sobresalientes que nunca se borran de la memoria de la gente. Pero, a mi entender, debe tenerse en cuenta, además de todo eso, la disposición de carácter particular de un *xon*. Un hombre poderoso y fácilmente excitable, inamistoso y malintencionado, que vive aislado de los demás, suele causar —por ese hecho solamente— gran desconfianza entre los que lo rodean. Aquí pienso ante todo en la imagen de MINKIOL, cuya conducta y personalidad dominaba en forma casi inquietante a todo un grupo relativamente grande de indígenas, por lo que nadie se atrevía a mantener con él relaciones de cierta confianza (ver pág. 705).

Por supuesto que cada hechicero es conocido entre la gente como tal, nadie vive en la ignorancia acerca de qué individuos se dedican a tal arte. El *xon* mismo se preocupa de que quienes lo rodean lo conozcan como tal. A pesar de ello, un miembro común de la tribu está imposibilitado de observar o juzgar la actividad especial de los *xon*, pues generalmente cada uno cumple su cometido en completo aislamiento. El secreto se reduce entonces sólo a la forma de ejercer su arte; la identidad de quien se dedica a este menester no se mantiene en reserva.

El hechicero no está dotado de autoridad. Su saber es en todos los casos su propio mérito. Ese mérito puede ser acrecentado o disminuido, pero, en todos los casos, se mantiene limitado a un ambiente poco extenso, a una región relativamente chica. De la misma manera, su actuación tampoco es permanente, sino que resulta, en cambio, dependiente de variadas circunstancias exteriores y de un deseo propio y personal (ver GALLARDO: 298).

Tampoco existen obligaciones o tributos específicamente determinados, que los demás deban a su *xon*. Sólo la preocupación por la propia seguridad aconseja evitar las reyertas y la enemistad con él, para no quedar expuesto a su violencia. Por otra parte, él mismo debe estar en buenas relaciones con la totalidad de los que lo rodean, ya que depende parcialmente de ellos. Si se enemistara con esa comunidad íntegra, no podría esperar otra cosa que ser expulsado o ultimado. Por eso procura, en su propio beneficio, ser útil a su grupo en la medida de sus posibilidades³.

La medrosa actitud de la comunidad frente a su *xon* no impide, sin embargo, que se dote a alguno de ellos de un sobrenombre. Se da cumplimiento así a una costumbre muy apreciada por todos los indígenas. De este modo el hechicero *K'g*, cuya fotografía publica GALLARDO: 303, tenía el apodo de *Mai'ása* = garza nocturna joven ("huairao").

Estas instituciones y conceptos básicos válidos para los selk'nam existen sin el más mínimo cambio también para los haus. La completa

³ Las exageraciones de GALLARDO: 299 fueron rechazadas por mis informantes con grandes carcajadas. Las palabras de TONELLI: 116: "Quasi sempre sono essi (*xon*) i capi di quei gruppi di famiglie in cui si suddivide la tribù", valen sólo en el sentido de una preeminencia de orden espiritual.

coincidencia de ambos pueblos producía una prueba más que elocuente en la figura del mismo TENENESK, que, conforme con su ascendencia, pertenecía a ambos pueblos. Si se le preguntaba cuáles eran los presupuestos que utilizaban en sus actuaciones como hechiceros, respondía invariablemente: "Yo actúo, de la misma manera fue siempre costumbre entre los selk'nam y los haus." Por cierto que los haus nombran como el primero entre sus *xon* a un tal *Sotá*, que era famoso por su muy amplio poder, y más tarde se convirtió en una cadena montañosa al sur del Cabo San Pablo. No existen más datos que éstos de esta personalidad. Los haus también utilizan la palabra *láuwem*, además de *xon*, como designación especial de sus hechiceros.

2. Al servicio de la comunidad

En la gran mayoría de los casos, el saber y la actividad de los *xon* son utilizados por los individuos para fines puramente personales. Al margen de ello, quedan obligados a unas pocas prestaciones de servicio dedicadas al bienestar general.

Si la enemistad entre dos grupos adquiere un carácter tan amenazador que se presume el inicio de una guerra, se deduce de ello para el *xon* la obligación urgente de averiguar toda la situación y el estado de cosas existente en el campo adversario, para informar en relación a ello a su propia gente, sobre todo acerca del probable desenlace de la lucha. Se le confiere entonces, la función de árbitro de la conveniencia de la decisión y del proceder de su grupo. Porque, si los augurios son oscuros o desfavorables, desaconseja la lucha y sugiere una solución pacífica del diferendo. Si, en cambio, puede dejar entrever una victoria sobre el adversario, impulsa a todos los guerreros con gran entusiasmo a empuñar las armas. Mientras las hostilidades son arregladas mediante la lucha, arenga a su grupo con verdadera furia, y se comporta a veces como si fuera el jefe o el cacique. Su conducta resulta vivificante para todos los demás que lo rodean, y lo siguen entusiasmados. Si alcanzan la victoria, el *xon* festeja triunfos especiales y aumenta su prestigio entre la gente de su grupo.

En momentos de calamidad pública, todos esperan ayuda y salvación del hechicero. Esta concepción tiene su fundamentación en la misma mitología. Cuando se habla de calamidad, seguramente sólo se refiere a una hambruna, una situación en realidad muy rara. Para dar solución a este problema, el *xon* debe hacer varar una ballena, y hacerlo lo más pronto posible⁴. Pero a mí me parece que esta concepción se ha desarrollado recién a posteriori, en el sentido que un *xon*, según su propio decir, manifiesta haber conseguido tal cantidad de carne para sus adeptos de la noche a la mañana. Desde entonces la gente le asigna el poder de ofrecerles, en determinados

⁴ También los yámana ven en esto una "obra maestra" de sus *yékamuš*, y juzgan por ella las facultades de un hechicero frente a otro.

casos, nuevamente un obsequio tan valioso. Desde entonces la cosa es así: ¡cuando hay hambruna, el hechicero debe ayudar! Ciertamente existen períodos en que el alimento es escaso, pero una verdadera hambruna —con secuelas permanentes y graves— no surge nunca.

El poder de los *xon* también abarca el tiempo. Ante todo debe apartar la lluvia o la neblina prolongadas, pues esto causa dificultades a la gente en la realización de trabajos importantes. El *xon* también actúa cuando hay fuertes temporales de viento y nieve. Por último, protege a la gente que vive en las costas de los grandes oleajes o de las grandes mareas. Hasta qué punto nuestros indígenas saben apreciar el beneficio de ser liberados del mal tiempo, lo demuestra el hecho de que los dos *xon* *Moyā* y *Kaukošl* gozan de una fama inmortal, y que las generaciones posteriores se benefician de su influencia aún después de la muerte de ellos, mediante la invocación de los nombres de ambos (ver pág. 658). Además de estas dos personalidades históricas, que han vivido en una época poco remota, se saben los nombres de varios antepasados más, que gozan de la fama de haber vencido a las fuerzas atmosféricas. Llegado el caso, la gente recuerda a su propio *xon* los nombres de todos éstos, y así esperan de él y de su actividad un rápido éxito.

Pero el *xon* sólo interviene ocasionalmente en el devenir de las condiciones atmosféricas, en la medida en que elimina las desfavorables. Se supone que, con la eliminación de nevadas, lluvias, niebla, viento, oleajes y mareas, el sol, el aire puro y la tranquilidad aparecerán por sí mismos en el amplio espacio aéreo; como si aquellos seres desfavorables se hubieran abierto paso sin haber sido llamados. Actualmente ya no es usual crear una desventaja para un grupo enemigo a través de la acción de un *xon* que le envíe fuerzas naturales perjudiciales, pero tales sucesos eran muy comunes en épocas mitológicas.

Sólo en tiempos muy recientes comenzaron a reunirse varios hechiceros cuando se produce una epidemia; pues defender contra las enfermedades es una de sus misiones más importantes. En los siglos anteriores, los selk'nam estaban totalmente a salvo de pestes generalizadas. Una epidemia así surgió por primera vez en la época de *Kwāyus*, que probablemente vivió hace unas tres generaciones (ver pág. 612). En las últimas décadas, tales fenómenos se repitieron a raíz del avance de los europeos. Pero, en general, los *xon* debían rendirse ante el poder de tales epidemias, carentes de suficiente saber y poder. Para disculpar su falta de éxito, explicaban a sus grupos angustiados, sin reserva alguna: "Este *kwāke* proviene de los *koljót*. Es tan fuerte que nosotros no podemos hacer nada contra él; ¡no se deja atrapar por nosotros!"

Ya durante mi primer viaje me familiaricé con esta idea. Apenas había llegado, en enero de 1919, al campamento ubicado junto al Río del Fuego, me enfrenté al triste espectáculo de ver a casi todos los niños gravemente afectados de una persistente tos ferina. Sin reservas, los indígenas me nombraron un europeo que, dada su bien conocida aversión contra todo el grupo de los selk'nam, habría enviado a sus

hijos tal *kwáke*. Ellos mismos se declararon incompetentes para defenderse de él; me pidieron ayuda alegando "que ese *kwáke* proviene de un *koliót*, y sólo un *koliót* podía hacerlo desaparecer nuevamente". Ayudé en la medida que me lo permitían las circunstancias (ver pág. 72).

Orientada en los mismos conceptos estaba la convicción del viejo TENENESK. Por un lado, acentuaba la falta de enfermedades generalizadas en épocas anteriores, y, con gran pesar, lamentaba la impotencia de todos los *xon* ante este *kwáke* "extranjero", dotado de una resistencia especialmente fuerte. Lleno de encono se lamentaba: "¡Si tuviéramos suficiente poder sobre el extraño *kwáke* que los europeos han traído hasta aquí! Debe ser una cosa muy misteriosa, porque ninguno de nuestros *xon* puede atraparlo. De lo contrario, lo hubiéramos echado rápidamente de aquí. ¡Pero muchos de los nuestros tuvieron que morir, porque ninguno de nosotros sabe combatirlo." En estas palabras se resume la convicción de todos los selk'nam de que, frente a las enfermedades introducidas por los europeos, cualquier *xon* resulta impotente y todos sus intentos de defensa carecerán de éxito.

A causa del cambio de la situación en los últimos decenios, no faltaron intentos de ultimar también a los europeos, basándose para ello en las costumbres propias de aquellos hechiceros. Todos los extraños son considerados por el indígena, no sólo como enemigos de su propia persona, sino de la totalidad de su pueblo. En la lucha abierta, los nativos habían empeñado todo su valor para defenderse de los europeos. También los *xon*, en especial, habían puesto en juego sus fuerzas de actuación invisibles; pero todos los esfuerzos fueron completamente en vano, a pesar de que en sus actos mágicos los guiaba y los fortalecía la ira más terrible y la fuerza que otorga la defensa propia desesperada.

Una noche, TENENESK me comentó con mucho detalle las luchas sostenidas por los blancos contra sus coterráneos. Repentinamente, sus agudos ojos adquirieron brillo, comenzó a temblar fuertemente a causa de su excitación, y lo que dijo parecía el grito de un desesperado: "¡Oh, si nosotros, los *xon*, hubiéramos podido atrapar con nuestro *yayátem* el *káspi* de los *koliót*! ¡A todos esos odiados blancos los hubiéramos matado! En aquel entonces aún había muchos y muy poderosos *xon*. Cada uno de ellos trató con el mayor esfuerzo de acercarse al *káspi* de los blancos, pero ninguno tuvo éxito. ¡Cuántas veces lo intenté yo mismo! No sé decir otra cosa: El *káspi* de los blancos es distinto del *káspi* de nuestros selk'nam. El *káspi* de ellos es tan móvil, tan salvaje e indómito, que siempre se le escapa a nuestros *yayátem*. De no ser así, nosotros los *xon* hubiéramos dado rápidamente el golpe de gracia a esos extraños."

De la misma manera que la fuerza de los hechiceros no puede atentar contra la vida y el alma de los blancos, tampoco alcanza a todos los animales que han traído aquí los europeos. PAREN me decía en 1919: "Hace un buen tiempo GUILLERMO BRIDGES había ofrecido a varios de nuestros *xon*, que se habían reunido junto al Río del Fuego, valiosos obsequios si con su fuerza espiritual podían matar a uno de sus

perros. Pero todos ellos rechazaron rotundamente la prueba, y declararon: '¡Nosotros no podemos captar ni el *káspi* de los blancos, ni causar daño a sus perros!'

Así como los hechiceros están convencidos de la efectividad de sus actuaciones, también conocen los límites de su saber y de sus facultades, que quedan reducidos a sus propios coterráneos, a los animales y a los fenómenos meteorológicos de su territorio.

Una última actuación en beneficio de la comunidad corresponde a los hechiceros cada vez que la mujer-luna se muestra de color rojo subido, dando a conocer así su estado de ánimo amenazante contra los habitantes de la tierra. En estos casos el *xon* se muestra realmente como el salvador y benefactor para el grupo o linaje que depende de él.

3. Prerrogativas durante las ceremonias de los Klóketen

Mientras en la vida pública o durante las celebraciones comunitarias de cualquier tipo nunca se reconoce al hechicero una prerrogativa, goza de ellas durante ciertas escenas espirituales en la ceremonia de los Klóketen. Sin embargo, ni es el presidente de toda la ceremonia, ni se destaca notoriamente de los demás participantes en el transcurso de la celebración, pues sus prerrogativas sólo son pocas, y nadie me las supo fundamentar.

A él exclusivamente corresponde, mediante un amplio gesto del brazo, hacer saltar fuera de la choza ceremonial hacia el lugar de la danza al espíritu de *Mātan*. También es su derecho presentar al infantil *Kečérnen*. Asimismo dirige el *Xálpén te wakēnen*, una especie de "delegación de *Xálpén*". Este antiguo derecho tradicional de los *xon* se respeta hasta el día de hoy, aunque se carece de una fundamentación suficiente de esta prerrogativa.

4. El recuerdo de los hechiceros famosos

Si bien debe reconocerse como una realidad que el *xon* no ejerce un poder de dominio en virtud de su profesión, de hecho domina, sin embargo, en forma prácticamente total un grupo mayor o menor, y reúne en sus manos un cierto liderazgo sobre su mundo circundante inmediato. La conciencia de su poder obliga a la gente irremediabilmente a la subordinación, a pesar de que las arbitrariedades propias de los hechiceros a veces adquieren la característica de una cruel violación. En este caso, la indignación general de un grupo completo ha sacudido el yugo abusivo.

Las figuras de *xon* pertenecientes a las épocas más antiguas que perduran aún vívidamente en la memoria de la generación actual, permiten reconocer la importancia que ellos tuvieron para sus contemporáneos. No menos llamativamente se obser-

va la poderosa actividad de ciertos individuos, cuya fuerza de acción y poder de obrar nadie más alcanzó en las épocas siguientes. De la larga serie de antepasados sólo quisiera nombrar a unos pocos representantes arquetípicos del gremio: ante todo al formidable sur mayor, *Táremkeļāš*, que a su libre albedrío puso en juego contra su rival, el norte, *K'teīt*, las más terribles inclemencias del tiempo (ver pág. 582). Con las características de un déspota violento actúa el *Kwányip* menor. El hombre-sol *Krā** y su esposa, la mujer-luna, ya eran considerados durante su existencia terrenal como *xon* de un poder formidable. Hace muy pocas generaciones, *Kwáiyus* se tomó una venganza terrible (ver pág. 611). *Moyá* y *Kaukōšl*, ambos fallecidos hace ya más de un siglo, son invocados por la gente aún hoy (ver pág. 697).

Pero mucho mayor es el número de los *xon* que, con sus arbitrariedades, han oprimido a sus contemporáneos. En tanto pertenezcan a la época de los antepasados, TONELLI: 123 les asigna acertadamente "una moralità alla rovescia", pero ésta era común a varios antepasados. Bastante más escasa es la cantidad de *xon* benevolentes, dispuestos a ayudar. Una de las personalidades más agradables es el espíritu Klóketen *Qlim*, igualmente estimado por hombres y mujeres. Con mucho placer se narran los procedimientos de curación, algo extraños, del pequeño *K'tātu* (ver pág. 619).

En los últimos decenios, nadie alcanzó la celebridad de un KAUSEL, y sólo su hermano NOMSEL goza de similar apreciación. Había sido un hombre de influencia extraordinariamente perdurable sobre el extenso grupo del sur, por su agilidad mental, su sobresaliente inteligencia y su capacidad personal. "En aquel entonces no había nadie que lo superara en la carrera ni en la lucha; su flecha nunca erraba el blanco, y siempre traía abundante botín cuando volvía de cacería. Hablaba muy bien⁵. Sabía narrar con mayor lujo de detalles que cualquier otro contemporáneo todo lo que habían hecho nuestros antepasados. Nadie podía contra él, y sabía ayudar a todos. ¡Cuántas veces había desenmascarado a un *xon* malintencionado, que quería causar daño a uno de sus amigos! En estos casos, KAUSEL iba a la choza de ese *xon* y le decía: "He visto cómo has causado un *kwáke* a mi amigo; ¡confiésalo!" Cuando el otro se veía descubierto, se le encogía el corazón y retiraba nuevamente el *kwáke* de esa persona. De esta manera, KAUSEL salvó a mucha gente de la muerte, pues tenía un poder de visión muy fuerte, que alcanzaba muy lejos. Nadie se hubiera atrevido a enemistarse abiertamente con él. Generalmente vivía en soledad. Gustaba construir su choza apartada de las viviendas de los demás componentes del grupo. A causa de su inquietante poder las restantes familias se mantenían a gran distancia de él. La familia de KAUSEL era muy numerosa; pues tenía varias mujeres. A todas las podía mantener porque era cazador muy capaz y siempre sabía hacerse de

⁵ Este testimonio para una "obra maestra" sólo se extendía a un hombre cuya madurez de espíritu y cuyo juicio, forma de pensar prudente y habilidad inteligente excede largamente la de todos los demás integrantes de la tribu.

* Nota del Traductor: correspondría *Kran*; *Krā* es la mujer-luna; ver el mito del sol y la luna en pág. 574.

suficiente carne. Acostumbraba hacer una choza independiente para cada una de sus esposas, una muy próxima a la otra. Todo ello junto parecía un campamento, y, en realidad, no era más que la familia de KAUSEL. Cuando deseaba tomar por esposa una muchacha o una mujer, ésta le seguía sin oponer resistencia: era tan poderoso como para matar rápidamente a una persona renuente. Pero cuidaba muy bien de sus mujeres, que se quedaban gustosamente con él, porque gozaba de gran prestigio entre los selk'nam. ¡Nunca más existió entre nosotros un hombre tan poderoso!" Esta descripción tan detallada del carácter de KAUSEL se la debo al propio TENENESK. Que no contenía exageraciones, está demostrado por la extrema autovaloración que éste hace sentir indudablemente a todos los que lo rodean. Cada una de esas indicaciones individuales me fue confirmada por otros testigos⁶. KAUSEL habría muerto, probablemente, antes de 1895. A uno de sus muchos hijos, al peligroso MINKIOL, lo alcancé a conocer yo mismo⁷. La opinión de éste acerca de su propio padre la recogió ZENONE el 17 de enero de 1911 (ver COJAZZI: 77 y TONELLI: 119).

En el juicio valorativo de los indígenas actuales, los hechiceros de épocas pasadas son considerados en general como mucho más mal-intencionados, violentos y peligrosos que los actuales. Su poder de amplio alcance lo movilizaron casi exclusivamente en perjuicio de sus contemporáneos, como si se hubieran complacido en causar daño a sus semejantes. Ante mí, el mismo TENENESK dio una vez rienda suelta a esta afirmación: "Los *xon* de tiempos antiguos, por su actividad violenta, ya no eran en realidad hombres; no sentían como lo hacemos nosotros⁸. Se comportaban de una manera muy distinta de nuestro modo de actuar: ¡Me parecen algo así como perros sanguinarios!" Con mayor rigor no podía expresarse la condena de aquellos hechiceros antiguos. Y estas palabras salieron de la boca de un hombre que, durante toda su vida, abusó a menudo inescrupulosamente de esa profesión.

La fuerza efectiva superior, asignada a los *xon* de épocas anteriores, se manifestaba especialmente en la circunstancia de que podían convertir en realidad sus nefastas intenciones con mucha mayor rapidez. Hoy se escucha decir, en general, que "aquellos *xon* eran significativamente más poderosos que los actuales; si se proponían seriamente matar a un selk'nam, lo podían lograr con seguridad en menos de tres días". A pesar de interrogar a mis informantes sobre el asunto, sólo supieron repetirme por respuesta la afirmación de que "en aquel entonces los *xon* eran mucho más poderosos; ¡por eso eran tan temidos por la gente!".

De la misma manera, los hechiceros de antaño necesitaban muy poco tiempo para llamar a su *wáyyuwen* mediante el canto; los *xon* que viven ahora, en cambio, cantan al menos el doble de tiempo que aque-

⁶ También ZENONE (en TONELLI: 119) elogia a aquel hechicero.

⁷ La personalidad de éste y su trágico fin se relatará más abajo (ver página 705). BARCLAY (d): 215 dio una breve característica del mismo KAUSEL.

⁸ Eso quiere decir que ya no eran capaces de ningún sentimiento humano, y sólo buscaban eliminar lo más rápidamente posible al adversario indeseado.

llos, antes de poder dedicarse a sus menesteres específicos. Asimismo, aquéllos lograban matar a cualquier persona en el término máximo de tres días. De ellos se dice que "quien antaño caía en las garras de un *xon*, no tenía salvación posible". Los *xon* demostraban sus facultades, ante todo, produciendo la varadura de una ballena. Entre los que viven hoy, ninguno es capaz de ello.

Incluso el arte de los hechiceros muestra las profundas huellas de la decadencia, pues ningún ámbito parcial de la cultura integral de nuestros selk'nam ha quedado al margen del perjuicio causado por el europeísmo. Con el mayor poder de convicción, manifiestan este lamentable estado de cosas las pobres facultades de que están dotados los *xon* contemporáneos. Según el juicio sin reservas de todos los indígenas, su saber no alcanza, ni lejos, a igualar la habilidad y la efectividad de sus antecesores. Tales expresiones, que cualquiera manifiesta abiertamente, no son consideradas por los aludidos como algo ofensivo para ellos mismos. Nadie del círculo de personas comunes espera hoy en día algo extraordinario por parte de los *xon*. En ambos bandos, la gente se ha acostumbrado a lo mediocre y se resigna a ello. Constituye el último límite de la indiferencia el hecho de que incluso los *xon* que actualmente viven ponderen numerosos actos sorprendentes de sus cofrades de otros días, y agreguen al mismo tiempo —sin sonrojarse siquiera— que ellos mismos carecen del necesario genio para tales pruebas de fuerza. Como explicación y expresión de disculpa sólo les queda decir: "¡Nuestro *wáiyuwen* ya no es tan fuerte como el que poseían los *xon* de antes!".

Sin embargo, los *xon* actualmente vivientes están de todos modos en condiciones de realizar algo digno de mención y de causar problemas a quienes los rodean. Es más: hoy deben limitar voluntariamente sus actividades en más de un sentido, por temor a la autoridad policial, pero, en compensación, se dedican con tanta mayor insistencia a actividades ocultas. Está demostrado que los hermanos BRIDGES tuvieron reiteradas y sensibles dificultades en su estancia, porque tal o cual *xon* amenazaba a sus coterráneos, o, a su manera, les causaba un daño real. Dadas estas rivalidades, por lo general no quedaba más remedio que echar de la colonia al revoltoso señalado; quien, a su vez, anunciaba sin tapujos que se vengaría a la distancia por la afrenta recibida. Por sus constantes amenazas contra otra gente, TENENESK fue definitivamente expulsado de esa estancia, por lo que se afincó junto al Lago Fagnano, donde se quedó definitivamente. Por último, yo mismo escuché las quejas de la gente contra el malvado MINKIOL y también presencié la venganza personal que el indígena MARTÍN se tomó en su persona (ver pág. 76). Entre sus contemporáneos, el viejo TENENESK constituía incuestionablemente la figura más impresionante de *xon*. Su físico fuerte, la inquieta movilidad de todos sus miembros, sus gestos algo furtivos y el fuego de una convencida confianza en sí mismo que salía de sus ojos: todos estos rasgos exteriores constituían ventajas apreciables, que le venían como anillo al dedo. Los que lo rodeaban le temían, pues superaba a sus adversarios en todas las habilidades, no se amedrentaba ante la violencia, y era totalmente inescrupuloso en

la elección de los medios, aun de los más peligrosos. Su edad avanzada, su vasta experiencia y el conocimiento profundo de las antiguas tradiciones y de las costumbres tribales aumentaban su aureola. ¿Pero cuáles eran los logros que aún podía obtener? Sólo acostumbraba hacerse cargo de la curación de enfermedades sencillas. Ocasionalmente nos hablaba de acontecimientos en la lejanía que había visto en sueños; a veces también se esforzaba por enviar su *wáiyuwen* hacia la mujer-luna. Pero, en estos últimos tiempos ya no intentaba causar daño importante a un enemigo. En cambio, se ocupaba aproximadamente cada diez días, durante muchas horas y después de medianoche, de dialogar con su *wáiyuwen*, lo cual podía deducirse de sus cánticos prolongados. Casi siempre eran acontecimientos del futuro, generadores de perjuicios para el pueblo de los selk'nam, los que proporcionaban el tema de sus esfuerzos. Así lo narraba a la mañana siguiente a sus vecinos. Sin lugar a dudas la situación actual le ha impuesto muchas y rigurosas limitaciones. Me contaron que, en sus mejores años de vida, había sido mucho más activo y que había sacado del medio a más de un selk'nam. En aquel entonces se hallaba en la época de mayor despliegue de sus fuerzas, pero hoy la edad lo ha hecho indiferente y lerdo. Pero sus compatriotas aún sentían temor hacia él.

Incomparablemente más bajo en la valoración de todos sus contemporáneos se encuentra HALEMINK, a quien la gente evita más bien por su astucia amenazante, que por sus facultades de *ron*. A nadie se le ocurre solicitar su ayuda en asunto de mayor envergadura. Él mismo se conforma con prestar ayuda, dado el caso, en dolencias que aquejan a los miembros más cercanos de su familia. Que actúe a menudo en sueños, eso apenas se comentó; no obstante, se decía que a veces suele cantar de noche. En lo posible, se evita su proximidad, porque es un tipo extraño, vive casi siempre en completo aislamiento de los demás y no es considerado individuo de fiar. No puede disimular la envidia y la rivalidad cuando se acerca a TENENESK, pues le resulta muy difícil aceptar su inferioridad, que, por otra parte, bien conoce. No obstante, él mismo se considera de grandes cualidades, y el juicio despectivo de la gente acerca de sus escasos recursos lo llena de amargo dolor.

Como era un hombre peligroso, MINKIOL fue evitado por toda la gente, y lo asesinaron en el invierno de 1921 (ver pág. 707). El viejo SAIPOTEN, que esquivaba temerosamente a ese inquietante *ron*, me confesó en una oportunidad: "Así, como es MINKIOL, así eran los *ron* de épocas anteriores. Todo el día reflexionaban acerca de la mejor manera de causar daño a la gente; nadie estaba a salvo de ellos. Por eso todos los hombres se mantenían lejos de ellos, ¡de la misma manera que todos evitan encontrarse con el malintencionado MINKIOL!"

KONYOL, ya muy anciano, ha dejado de ejercer totalmente su profesión de *ron*. Dicen que en sus años mozos había sido uno de los más activos. Se dice de él que poseía mucha bonhomía y estaba sumamente dispuesto a ayudar. Obtuvo cierta fama porque había pronosti-

cado las devastaciones que los odiados europeos causarían entre sus compañeros de tribu. A pesar de que él mismo se distinguió por su absoluto desprecio de la muerte en las muchas pequeñas luchas contra aquellos invasores, la desgracia general no pudo evitarse. Toda la gente habla con mucho respeto de él.

En cuanto se refiere a disposición de carácter y conducta exterior PACHECO KEITETOWH coincide en muchos aspectos con TENENESK, pero aquél supera a éste en popularidad. Ambos se parecen en poder y en habilidad, con la diferencia de que KEITETOWH conserva una mayor moderación y nunca enfrentó a los que lo rodean con actitudes amenazadoras. Aunque por naturaleza algo más bonachón, como hábil luchador ha vencido a la mayoría de sus adversarios en las competencias, y en las guerras entusiasmó a las primeras filas con su arrojo impetuoso. Más que a otros *xon* se lo ha llamado para curaciones de enfermos. Quienquiera era tratado por él, así se dice hoy por todas partes, se levantaba pletórico de salud a breve plazo. Pasó por insuperable entre sus contemporáneos por su habilidad en hacer diversos juegos de mano, como los suelen practicar los hechiceros. En este último decenio, sólo ha prestado servicios profesionales en contadas ocasiones, y los que lo rodean tampoco le han solicitado que lo hiciera. Pero desde la muerte de su hijo Kosmot, parece como quebrado por la pena y el dolor. En los primeros meses después del fallecimiento de ese hijo, pasaba casi todas las noche varias horas cantando. A la mañana siguiente narraba el contenido de sus sueños: por lo tanto, su actividad de *xon* alcanzó nuevamente un alto grado de activación. Durante mi visita a principios de 1923, o sea tres años después de la muerte de su hijo, sus cantos nocturnos se repetían sólo mensualmente. Pero nunca más pudo alcanzar la anterior alegría y placer de vivir.

De estos breves informes individuales se puede deducir esta regla general sustentada, además, por otros hechos: los hechiceros *selk'nam* siempre actúan con mayor movilidad cuando tienen una edad madura media. La vocación ya la sienten en sus años juveniles, a más tardar al final de su mocedad; y, en los últimos años de su vida, dejan casi totalmente de lado el ejercicio activo de su profesión.

Con estas breves semblanzas he tratado de presentar a casi todos los *xon* notables de la actualidad. De alguna manera, la comparación permite observar la distribución numérica de los hechiceros en la totalidad de la comunidad *selk'nam*. Diferencias de rango, basadas en las facultades y en las habilidades personales, existían seguramente en medida mucho mayor en las épocas anteriores, lo que resulta fácilmente comprensible, pues los representantes de este arte eran más numerosos. Con gran pesar, los restos sobrevivientes de la comunidad *selk'nam*, otrora sumamente numerosa, deben reconocer que incluso el saber y la fuerza de sus *xon*, antiguamente tan poderosos, están en plena decadencia ante el avance de los europeos.

5. Venganza del pueblo contra un hechicero desagradable

Aunque un *xon* cualquiera resulte ser poderoso como el que más, y sea temido por todos los que lo rodean, no puede permitirse una conducta agresiva más allá de todo límite. Porque, si el número de sus adversarios adquiere una magnitud considerable, y si entre ellos se hallan dos o tres *xon* valerosos que también clamen venganza, la comunidad se procura justicia por sus propias manos. El supuesto para tal proceder es la coincidencia de opiniones de una comunidad relativamente grande de familias, pues sólo la convicción del respaldo mancomunado da al individuo el valor necesario.

Es cierto que tales alzamientos populares son sumamente raros, pero de ninguna manera faltan en el pasado. Debo a la casualidad haber llegado a ser testigo de la venganza iracunda de todo el campamento del Río del Fuego contra la desagradable persona de MINKIOL. Sin lugar a dudas, este hombre era, según su disposición natural, un tipo peligroso. En eso se diferenciaba esencialmente de su padre KAUSEL, aunque también éste se había granjeado el desagrado de la gente por ciertas particularidades. Por más molesto que MINKIOL resultaba para los que lo rodeaban, siempre buscaba acoplarse a un grupo no demasiado pequeño de indígenas. En esto se manifestaba un extraño antagonismo con su padre. Puesto que la gente no podía deshacerse de él, evitaba muy ostensiblemente el trato con él; si se acercaba sin haber sido llamado, se enfrentaba con las miradas de desagrado y de rechazo más descorteses. Esta desconfianza, imposible de aumentar ya, que lo rodeaba por todas partes, parecía herirlo poco; es más, parecía confirmarlo tanto más en sus intenciones aviesas contra todos los que lo rodeaban. Todo su exterior ya me produjo un efecto poco satisfactorio, por no decir inquietante, desde nuestro primer encuentro. En ese entonces toda su vida anterior me resultaba completamente desconocida. Más tarde, también yo evitaba encontrarme con él, de la misma manera que se procura evitar a un hombre a quien se cree capaz de cometer las violencias más atroces.

Más de un caso fatal y repetidas desgracias han sido cargadas a su cuenta. Al menos él mismo ha hecho pasar ante los demás por obra suya tal o cual suceso triste, desbordante de malicia. A quien se atrevía a quejarse, lo solía hacer callar con amenazas de nuevas maldades. Ante el creciente descontento popular, no es de extrañar que MINKIOL también entrara en graves controversias con otros *xon*. TENENESK mismo se convirtió en su más encarnizado adversario. Los siguientes hechos adquirieron para él una forma amenazadora⁹: KAUKESMOL, el hijo de SAYUTEL, falleció en invierno de 1914, y este último responsabilizó de ello a MINKIOL. Al mismo tiempo, enfermó HALEMINK, que en aquel entonces aún estaba en buenas relaciones con TENENESK; ambos hombres echaron la culpa de esta enfermedad al mismo MINKIOL. Cuando la situación se agravó peligrosamente para

⁹ Todo esto ya me lo contó el padre ZENONE en febrero de 1919. Ver TONELLI: 119.

éste, buscó la protección y ayuda del misionero. Esta vez, el padre ZENONE logró calmar los ánimos caldeados: "e cosi quella volta (MINKIOL) sfuggì alla morte."

Pero el recelo y la aversión a él pronto encontraron nuevos motivos. A raíz de la esquila anual de ovejas, unas quince familias se habían reunido en la estancia de los BRIDGES, junto al Río del Fuego, y, entre ellas, también MINKIOL. Aquí fui testigo de la actitud de rechazo que los selk'nam adoptaron unánimemente frente a él. Un año antes, el indígena MARTÍN había perdido un niño de tres años de edad. Como causante de esta dolorosa pérdida, el padre nombró abiertamente a MINKIOL. Desde hacía cuatro meses, otra hija de MARTÍN sufría de una grave enfermedad intestinal. El hombre me pidió insistentemente ayuda, pero el estado de la criatura me pareció desesperante, y no había más remedio que prever el desenlace de un día para el otro. Ya me estaba preparando para cabalgar hacia el Lago Fagnano, cuando una tarde falleció aquella niña también de tres años, que yo había visitado esa misma mañana. Apenas se esparció por el campamento la noticia del fallecimiento de esa niña, el barullo y los gritos de un grupo grande de indígenas me sacaron de mis trabajos. Inmediatamente corrí hacia afuera. Pude ver que buen número de mujeres y algunos hombres rodeaban en actitud amenazadora la choza de MINKIOL. Todos gritaban y vociferaban con los puños levantados, como si se tratara de liquidar a un malhechor. Y ya salía tambaleante de aquella choza MARTÍN; ciertamente con el rostro bañado en sangre, pero con la expresión de quien se ha tomado buena venganza. ¿Qué había ocurrido en estos pocos minutos?

Apenas había dado el último suspiro la pequeña hija de MARTÍN, éste se apoderó de un pesado garrote y penetró en la choza de MINKIOL; pues "ningún otro", como decía en su dolor mezclado con furia, "tiene la culpa de esta muerte". MINKIOL había pasado todo el día en su lecho, pues se sentía indispuerto. Imprevistamente encontró frente a él al furioso MARTÍN, con su garrote levantado. Ya había recibido dos fuertes garrotazos, cuando, por fin, pudo incorporarse. Con esfuerzo supremo, MINKIOL se defendió y logró dar a MARTÍN un golpe que le cruzó la cara. Inmediatamente comenzó a fluir un fuerte chorro de sangre. Tremendos habían sido los golpes de ambos hombres; pero cuando las primeras gotas de sangre tñieron el piso, los dos se detuvieron y MARTÍN abandonó la choza¹⁰. Afuera, las numerosas personas presentes lo recibieron con ruidosas muestras de satisfacción.

MARTÍN se acercó directamente a mí esperando que le prestara cierta ayuda. Logré detener la sangre, pero para mayores intervenciones carecía de los medios necesarios; pues el hueso nasal estaba destrozado y el cartílago fuertemente deprimido hacia adentro¹¹. De la

¹⁰ Es ésta una conducta extraña de nuestros indígenas. En el momento que cae la primera gota de sangre, se termina inmediatamente la pelea y ambos contrincantes se separan.

¹¹ La herida se curó finalmente en forma espontánea. Al año siguiente volví a ver a MARTÍN; el dorso de la nariz mostraba en su parte media un profundo hundimiento, y estaba doblada mucho hacia la derecha.

choza de MINKIOL salían quejidos llorosos. Ese día no hubiera podido intentar siquiera penetrar en la choza para ofrecerle mi ayuda; pues hasta muy avanzada la noche continuaron los ruidosos improperios de la gente contra él. ¡Todos se mostraron muy conformes por la paga tan merecida que había recibido!

La noche siguiente había hecho desaparecer toda la excitación del día anterior: ¡nuestros selk'nam son ciertamente hombres del momento! Dando cumplimiento a un pedido del padre ZENONE, efectuado a la mañana siguiente, recién entonces me dirigí en su compañía a la choza de MINKIOL, para observar su estado. El día anterior la gente no me hubiera permitido verlo. (Ver pág. 77). Dos costillas del lado derecho estaban quebradas, lo que se podía observar claramente, ya que se había formado un gran hematoma azulado (ver GUSINDE [a]: 25). MINKIOL abandonó el campamento junto al Río del Fuego apenas pudo moverse; no hubiera podido permanecer allí por más tiempo.

El tiempo cerró también estas heridas, pero el odio de la gente contra MINKIOL no cesó. En las cercanías del Lago Fagnano, y en la primavera de 1920, enfermó el hijo de TALEMIOT, un muchacho de 12 años, y MINKIOL se ofreció para curarlo. Pero en lugar de mejorar, el muchacho falleció con inusitada rapidez. El astuto TENENESK comenzó inmediatamente a insinuar a los parientes del difunto ¡que el mismo MINKIOL había causado la muerte! Aquella familia, excitada, pensó en tomar grave venganza. Unos tres meses habrían transcurrido desde aquella desgracia, cuando, con total inocencia, K'NONIOL y CIKIOL invitaron un día a MINKIOL a salir de caza con ellos. Sin sospechar nada, éste aceptó la invitación. Los dos se habían puesto de acuerdo previamente acerca del camino y de la región donde consumirían su nefasto plan. Los tres montaban a caballo y llevaban escopetas. Al cruzar un arroyo, dieron disimuladamente una pequeña ventaja a MINKIOL: en un instante, sus balas perforaron por la espalda a MINKIOL y a su caballo, y el agua se llevó ambos cadáveres. El bosque cubrió con un manto de silencio sepulcral este suceso.

Los dos asesinos nunca han dicho una palabra acerca de su acción. Sólo al cabo de unos días, la esposa de MINKIOL se empezó a preocupar por la ausencia de su esposo, y más tarde también lo echaron de menos las demás personas. Cada una pensaba lo suyo, pero nadie decía palabra alguna. Meses después, incluso la policía de Río Grande notó que MINKIOL había desaparecido, lo que llamó poderosamente la atención; los funcionarios exigieron insistentemente explicaciones a CIKIOL. Pero éste ha negado hasta hoy tozudamente tener cualquier tipo de conocimiento del paradero de aquél. "No obstante", me decía aún en mayo de 1923, "la policía ha repetido sus ocasionales interrogatorios".

ZENONE ubica este suceso en el lapso entre diciembre de 1920 y enero de 1921, y agregó que "anche attualmente (1924) fra gl'Indi v'è per questa morte un grande fermento e difficilmente la morte di MINKIOL resterà senza vendetta" (TONELLI: 120). Sin embargo, no se intentó dar un contragolpe, porque nadie hubiera intercedido por MINKIOL. En una hora de sinceramiento, y bajo la obligación de un

riguroso silencio de mi parte, un indígena me reveló los acontecimientos arriba referidos. En cuántas ocasiones se habrán producido casos similares, es algo que nunca se podrá determinar ni aun aproximadamente, pues cada indígena calla todo lo que pudiera traerle consecuencias negativas. Me parece exagerada la apreciación de ZENONE, "sono pochi i xon che muoiono di morte naturale" (TONELLI: 119). Pero tales hechos eran la causa de largas reyertas entre los parientes de un fallecido y los integrantes de la familia de un *xon* que hubiera sido ultimado por aquéllos, acusado de ser el causante de esa primera muerte, pues —dado su carácter vengativo— el selk'nam no deja impune ningún agravio y ninguna derrota. Todo eso no se produciría si nuestros indígenas no asignaran el significado de un auténtico valor de realidad a la actividad de sus hechiceros.

b. Personalidad del hechicero

Recién el desarrollo de las extensas ideas acerca de la conformación física del *xon* nos permite acceder a la comprensión de su forma de actuar. Porque éste sólo aparece a los ojos del hombre común con una corporalidad que se asemeja a la nuestra; según la realidad, en cambio, es de estructura totalmente diferente. Sería un grave error si consideráramos a todas las personas dedicadas a la profesión de *xon* como seres humanos de disposición enfermiza o contranatural; por el contrario, son precisamente ellos los que demuestran ser gente de inteligencia superior al promedio, e incluso muy aguda, y de llamativa agilidad mental. Todo ello les asegura, casi automáticamente y en forma irresistible, una visible preeminencia entre todos los que los rodean.

1. La participación de ambos sexos

En esta profesión, los hombres prevalecen numéricamente en forma muy importante sobre las mujeres. Así como en la vida tribal externa la mujer nunca desempeña un papel destacado, tampoco ha alcanzado la nada desdeñable influencia de que gozan los *xon* de sexo masculino. Su disposición natural, es decir su físico, no sería tampoco suficiente para el cumplimiento integral de esa función, tal como es entendido y practicado en la realidad y fundamentalmente por todos los *xon* masculinos. Al margen de ello, la actividad de los *xon* femeninos queda reducida a un ámbito más pequeño.

a. Los *xon* masculinos

Sólo un hombre es, por lo multifacético de su ejercicio profesional, un *xon* pleno. Principalmente se ocupa de la curación de enfer-

mos, pero al margen de ello, también tiene en cuenta en sus sueños las actitudes inamistosas de otros grupos. Debe explorar las intenciones de los adversarios, para el caso que éstos proyecten tomar las armas; y, por último debe salvar y proteger al grupo que se pone bajo su custodia cuando la mujer-luna muestra una actitud amenazadora. El hechicero considera todos estos menesteres como su obligación profesional, que toma muy en serio. En tales ocasiones, una mujer queda totalmente en segundo término, aunque goce de la mejor reputación en relación al tratamiento personal de una persona enferma. Menos aún podría atreverse a trabajar en contra del *xon* masculino.

En la inmensa mayoría de los casos son los hombres selk'nam los que reclaman para sí los trabajos profesionales reservados a los *xon*; no surge otra cosa de la naturaleza de las misiones que se le encomiendan. Una mujer se dirige a un *xon* femenino casi siempre cuando la aquejan las dolencias habituales.

β. Los *xon* femeninos

De todos modos debe admitirse que la mujer *xon* no fue, en realidad, un fenómeno aislado, aunque sus obligaciones hayan quedado reducidas a la curación de enfermos. Todas las mujeres que ocasionalmente han acompañado o asistido a sus esposos durante sus cánticos, no deben ser incluidas en la lista de las *xon* verdaderas. De una manera totalmente natural, una mujer se convierte a veces en la asistente del canto de su marido. En el trato continuo con ella, el hechicero revela a su mujer mucho de aquello que vive en sueños, y ella toma parte de sus penas y de sus excitaciones, de sus emociones y de sus tensiones. De este modo ocurre que, casi inconscientemente, lo acompaña cuando el marido entona la melodía tantas veces repetida. Nunca olvidaré la impresionante imagen: cuando TENENESK, luego de graves sueños, entonaba su monocorde cántico que se prolongaba por varias horas, la buena de KAUXIA se acurrucaba cerca de él, apretada contra la pared interior de la choza, con semblante al mismo tiempo apesadumbrado y compasivo, acompañando a su esposo con voz queda en su canto. Sin desmayar perseveraba hasta que aquél se acostaba agotado. Esto se repetía al menos una vez cada tres semanas.

La verdadera convocación para esta función se realiza para las mujeres de la misma manera que para los hombres; ya sea a raíz de un *pešere*, o si, en el círculo de sus parientes más próximos, comienza de repente a emitir cánticos, inconscientemente, porque el *wáiyuwen* de un antepasado pasa a ella. También una indígena puede desear para sí, aplicando el procedimiento de práctica usual entre los hombres, el espíritu de un *xon* fallecido, para que éste se ponga a su disposición. Pero los indígenas me recordaron que era condición necesaria para la convocación de una mujer a la función de *xon* que solamente un hechicero masculino ceda excepcionalmente su propio *wáiyuwen* a una parienta cercana.

El ámbito de actuación casi exclusivo de un *xon* femenino es la curación de enfermos. Unas pocas mujeres han adquirido en este terreno gran celebridad. Aún mucho después de su muerte, la gente alaba los éxitos rápidos y seguros de sus tratamientos, que en todo se parecían a los de un *xon* masculino. La más conocida de los últimos decenios fue una anciana del grupo del norte, cuyo saber se ponderaba en toda la región. Con visible gratitud, HOTEX me contó sobre ella: "Cuando era así de grande (señalaba la altura de un niño de unos diez años), sentí fuertes dolores en el muslo izquierdo. Día a día empeoraba; yo gritaba continuamente. Entonces mi madre llamó a aquella buena *xon*, que vino inmediatamente. En seguida comenzó a cantar, puso su boca en el lugar afectado por el dolor y extrajo de él muchísima sangre. Los dolores cesaron muy pronto, y desde entonces nunca más sentí nada, y hasta el día de hoy puedo caminar perfectamente bien. Mucha sangre me extrajo aquella mujer, pero en mi muslo no se veía herida alguna. No se puede observar ni rastros de cicatriz ni de mordida. ¡Tal era la habilidad de esa mujer para curarnos, a mí y a otros!" Nos mostró en su pierna el lugar donde le había dolido, en el cual no se podía reconocer ningún tipo de cicatriz.

Con cierta reserva, algunos hombres admitieron aun que, en épocas antiguas, alguna mujer había llegado a ser tan poderosa, que estaba en condiciones de enviar su *wáiyuwen* hasta donde está la mujer-luna; y otra incluso pudo atraer un *há'hmen* y enviarlo a recoger información. A título de explicación, TENENESK me decía: "El saber de los *xon* femeninos también depende del *wáiyuwen* que le es propio; si ese *wáiyuwen* posee fuerza suficiente, está en condiciones de realizar todas esas cosas"¹².

Pero nunca se dice de los *xon* femeninos que hayan causado sufrimientos físicos a otros, ni que atormenten el alma de alguien amasando una bolsita de cuero, u otras cosas por el estilo. Pero más de una de estas mujeres estaban en condiciones de realizar alguna de las pruebas de fuerza usuales.

2. La disposición anímica del hechicero

La singular forma de actuar de los *xon*, que se origina en un ámbito de ideas fuera de lo común, exige un análisis de la disposición anímica de estas personas, si se quiere hacer comprensible para los demás, de alguna manera, su actividad y sus obras. No obstante, queda aún mucho de inexplicable para el juicio del europeo.

a. ¿Los *xon* están mentalmente sanos?

Nadie podrá dudar en lo más mínimo, que todos ellos, sin excepción, han sido y son personas de desarrollo sano y parejo. Demencia,

¹² También GALLARDO: 298 y TONELLI: 124 mencionan que los *xon* femeninos efectúan ciertas tareas profesionales según el ejemplo de los hechiceros.

perturbación del sistema nervioso, psicosis incluidas epilepsia e histeria, nada de eso conocen nuestros selk'nam ni siquiera de nombre. Ni uno de los muchos viajeros, investigadores, estancieros y misioneros menciona irritabilidad nerviosa o hipersensibilidad, ni ningún tipo de anormalidad mental. Todos los hechiceros son considerados como seres en pleno goce de sus facultades mentales, y completamente sanos¹³.

Si no bastara con eso, tanto una observación personal exacta, así como también el juicio de muchos informantes, y el estudio de la mitología selk'nam, me obligan a afirmar, además, que los *xon* fueron personas de nivel espiritual al menos medianamente alto. Precisamente los hombres espiritualmente desarrollados e inquietos de las diferentes épocas son los que han actuado como *xon*; pero nunca se ha sabido que un torpe o un tarado se haya aventurado en esta profesión. A través de todas las narraciones y conversaciones se oye coincidentemente, al mencionarse a los *xon* de otro tiempo, que éste o aquél había sido un individuo muy capaz, que los contemporáneos apreciaban su saber y experiencia, que sabían dar buenos consejos y eran hábiles en cualquier situación de la vida, y que la gente aceptaba sin chistar sus consejos y se subordinaba a sus propuestas. Cualquier hombre común sentía que los *xon* eran superiores a él. La mejor ponderación y la calificación más favorable que se asigna a un hechicero comienza casi siempre con las palabras: ¡Era un hombre capaz y sabía mucho! Si se tiene en cuenta conscientemente la forma de actuar y lo multifacético de sus obligaciones, no resultará difícil de entender que solamente personas de buen desarrollo mental pudieron lograr renombre en esta profesión.

Coincidente con ello —y confirmatoria de lo dicho— es la observación nada despreciable de que cada hechicero desarrolla su mayor actividad y movilidad precisamente en los mejores años de su vida. A partir de sus cincuenta años, su actividad decrece notoriamente, y desde ese momento sólo trabaja por costumbre. Seguramente nadie pediría auxilio a un *xon* anciano (ver pág. 704).

Una comparación superficial de algunas pocas personalidades destacadas confirma lo dicho: SAIPOTEN es una persona agradable, un viejo jovial y un interlocutor ameno; pero nunca se decidió a cometer hazañas dignas de mención. De talento apenas mediocre, nunca había pasado por su mente la idea de dedicarse a la profesión de *xon*. El mismo juicio valorativo es aplicable al viejo TOBIAS y a LOYUX, mayor aún que aquél. Una confrontación de estos tres con TENENESK, HALEMINK y KEITETOWH convence al más incrédulo: estos últimos son los más indicados para la función de hechicero; ¡sus miembros denotan movilidad, en sus ojos hay fuego, todos sus gestos atestiguan la presencia de un ágil espíritu emprendedor! Si se observaba más de cerca a MINKIOL, uno notaba en él la existencia del oscuro poder inquietante de un hombre peligroso. INXIOL, el hijo de TENENESK, era una triste

¹³ Soy consciente de la diferencia entre los *xon* y los hechiceros de, por ejemplo, la Siberia. Ver G. NIORADZE: *Der Schamanismus bei den sibirischen Völkern*, pág. 50 (Stuttgart 1925) y GUSINDE

figura al lado de éste. Su carácter bonachón dejaba ver una añadidura de insuficiencia mental, que trataba infructuosamente de disimular con ampulosas habladurías. Esta caracterización se podría ampliar más aún (ver pág. 703). Lo dicho hasta ahora confirma la regla que los *xon* selk'nam son todos ellos personas mentalmente bien dotadas.

β. ¿Creen ellos mismos en sus facultades?

En lo dicho hasta ahora ya está incluida una respuesta suficientemente clara, aunque hasta ahora sólo indirecta. Con total decisión debo rechazar la suposición que los *xon* sólo sean farsantes y embaucadores que, con sus juegos de mano, tratan de engañar a sabiendas a quienes los rodean. Ellos mismos actúan con total convicción y con una firme esperanza de éxito, tanto si se trata de causar daño como de crear ventajas para su cliente o su grupo. Tendría que engañarme a mí mismo si después de observaciones tan rigurosas, y de averiguaciones tan completas, quisiera dudar de la confianza absoluta de los *xon* —y de todo el pueblo selk'nam— en su arte¹⁴.

Muy a menudo he examinado precisamente a aquellos pocos hombres inteligentes, que, en no pocas ocasiones, se burlaban de algunas particularidades tribales en beneficio de cierto europeísmo, con el fin de conocer su fe en la efectividad de los *xon*. Ni uno solo de ellos ha expresado la más mínima duda al respecto. La absoluta convicción de todos los indígenas tiene su mejor expresión en la circunstancia de que todos, sin excepción, solicitan la ayuda de su *xon*, dado el caso.

Éstos, por su parte, tienen la firme voluntad de liberar al sufriente de su mal. Se sienten comprometidos a prestar ayuda. Por lograr eso, cada *xon* se esfuerza y trabaja con todos los medios a su disposición. Pone en juego toda su personalidad para lograr una curación. Si se observa al *xon*, aunque sea una sola vez, durante un tratamiento tan agotador, nunca más se tendrá que luchar contra la sospecha de que todo ese juego de gestos, todo ese canto, los contorneos del cuerpo y los múltiples manipuleos del hechicero sean sólo fantasmagoría, destinada a embaucar a los circundantes. En algunas ocasiones, algún indígena se dirigió también a mí pidiendo ayuda para la curación de algún sufrimiento físico; pero sólo después de que cada uno de ellos había tentado suerte con el *xon*. De este modo, y a guisa de complemento de la cura ya efectuada por el hechicero, yo tenía el honor de agregar a ella una tableta aquí y una pildorita allá.

Con no menos seriedad actúa el *xon* en todos aquellos casos en que envía a un enemigo al *kwáke*, cuando brega en sueños contra un grupo adversario, o cuando —por último— rechaza con especial es-

¹⁴ Sin ninguna reserva se pronuncia también GALLARDO: 299 a favor de este juicio. COJAZZI: 69 en cambio piensa en un cierto engaño intencional, y carga la cosa en cuenta de una "abilità istrionica", pero, no obstante, debe reconocer el valor real de algunas hazañas. Visto más de cerca, sólo son algunos pocos europeos —siempre dispuestos a una condena apresurada— los que injustificadamente señalan al hechicero como farsante.

fuerzo las amenazas de la mujer-luna excitada. Durante todas estas actividades sufre dolor y excitación anímica. Su cansancio llega a veces hasta el total agotamiento. Tal cosa sería incomprensible si él mismo no creyera en el éxito real de su actuación. Una vez alcanzada la meta, muestra sin ningún tipo de modestia su satisfacción, y espera al mismo tiempo de los demás el reconocimiento de sus éxitos. Pero, a la inversa, cae en un estado de depresión no menos profunda si en algún caso aislado debe desahuciar al enfermo y, al mismo tiempo, confesar su impotencia para vencer al mal y prestar ayuda.

No se crea que la perspectiva de un premio o recompensa impulsa al *xqn* a tomar sobre sus hombros tantos esfuerzos y sacrificios, pues son sólo pequeñeces lo que se le ofrece. Ni siquiera necesita estas bagatelas en la mayoría de los casos, y tampoco espera que se las obsequien.

Por experiencia propia debo señalar aquí que mis interlocutores me tachaban de desconfiado cuando me mostraba incrédulo o exteriorizaba leves dudas durante sus relatos acerca de los éxitos de los *xqn*. Intentaban trasmitirme su propia convicción, señalándome casi con reproche: "¡Pero si el *xqn* se esfuerza al máximo, trabaja hasta la extenuación, y al fin alcanza el objetivo! ¡Es cierto que el enfermo siente inmediata mejoría, o cambia el tiempo, o el sueño del *xqn* se verifica luego! ¡Todo sucede tal cual nos lo dicen los *xqn*! ¡Nosotros mismos lo sentimos y lo vemos!" Una larga conversación sobre este tema fue concluida por ČIKIOL con estas palabras: "Tú no quieres creer en verdad que nuestros *xqn* sean capaces de todas estas cosas. Pero todos nosotros sí lo vemos y lo sentimos; vemos cómo se produce y se desarrolla todo tal cual lo había predicho el *xqn*. Si fuera distinto, entonces tendríamos que verlo. ¡Nuestros *xqn* no mienten! Ciertamente, hoy ya no existen *xqn* tan grandes; ya todos éstos han muerto. Los pocos que ahora aún viven, fueron muy capaces en sus años mozos, pero en la actualidad están viejos y achacosos. Trabajan con mucha lentitud. En épocas anteriores todo eso fue muy distinto. Ah sí... cuando aún vivían los hermanos KAUSEL y NOMSEL, cualquier enfermo recibía rápida ayuda. Esos dos gozan aún hoy de gran estima entre la gente. Pero no debes creer que nuestros *xqn* de ahora no sean capaces de nada. Te digo todo con total franqueza. Tú lo sabes: MINKIOL fue un hombre malvado, peligroso, toda la gente lo odiaba: ¡Ése hoy ya no vive! También los demás *xqn* causan muchas maldades actualmente, pero todo se hace en secreto. Por eso hoy mueren tantos selk'nam, porque los poderosos *xqn* de antaño ya no viven, aquellos que, como NOMSEL y KAUSEL, hubieran descubierto e impedido la actividad oculta de *xqn* malévolos, que tienen ahora las manos libres. Ya no deben temer a los poderosos, a todos aquellos que hubieran estado en condiciones de desenmascarar sus ocultas fechorías. Sería inútil denunciarlos a la policía, porque no se puede probar la culpabilidad de ninguno de ellos con evidencia¹⁵. ¡En la actualidad, por lo tanto,

¹⁵ ČIKIOL había hablado varias veces con la policía de Puerto Río Grande al respecto.

nuestra situación es muy triste, porque los días de los *xon* grandes y poderosos han pasado irremediablemente!" También otros hombres y mujeres serios me mencionaron este estado de cosas como causa última de la desaparición del pueblo *selk'nam*.

Que los hechiceros mismos asignan todos los éxitos exclusivamente a su manera especial de actuar, se desprende también de las cavilaciones a las que se entregaba TENENESK por largo tiempo, con el fin de comprender los métodos de curación de los europeos. Bien sabía que en las estancias se expendían variados tipos de medicamentos. Él personalmente los había rechazado hasta entonces obstinadamente, aunque otros indígenas le hablaban del efecto favorable de estas medicinas. Como yo mismo tomaba, en casos sumamente raros, alguna aspirina, y a veces hacía con ella buenos favores a algún indígena, el viejo me pidió un día que suministrara "esa cosa blanca, *peṇá sǒ'osǎ*", tan misteriosa, también a su mujer. La buena de KAUXIA declaró apenas dos horas después haber quedado totalmente liberada del dolor de cabeza. Yo mismo ya me había retirado nuevamente a mi choza. TENENESK fue a visitarme y me dio la buena nueva. Pero no sólo eso lo traía, sino agregó: "Mi mujer se siente ahora realmente muy bien. Dame ahora 'aquella cosa blanca', yo también quisiera sentirme una vez realmente bien." Este día, por lo tanto, por primera vez parecía haber logrado dominar la desconfianza frente a los medicamentos europeos. ¡Probablemente por consejo de su esposa quería probar ahora él mismo su efecto! Con mucho gusto le entregué lo que deseaba, y el viejo se durmió profundamente desde las once hasta las cuatro de la tarde. Después, me declaró que debía darle de vez en cuando "aquella cosa blanca", pues "dormir tan bien con *peṇá sǒ'osǎ*", como lo había hecho ese día, le causaba una satisfacción que él quería repetir en otra ocasión.

Continuando con el análisis del efecto experimentado en su propio cuerpo, TENENESK se explayó en conjeturas y serias reflexiones acerca de la forma de actuar de aquella tableta. En primer lugar quería saber si nosotros, los *koliót ke xon*, encontramos el *kwáke* con la ayuda del *áteṅ* o del *wáiyuwen*, como lo hacen los *selk'nam ke xon*. Sobreestimando mis facultades, me espetó sin rodeos: "Sé que eres un *xon* capaz. ¡Te he observado, debes tener un *áteṅ* muy bueno!" Yo no estaba preparado para este desafío. Pero al viejo no le debía disgustar, y además quería descubrir la intención de su pregunta. Le contesté: "Ciertamente, nosotros los *xon* europeos también reconocemos al *kwáke* que está en el cuerpo de una persona que sufre; sólo que ese *kwáke* es muy distinto del vuestro. Por eso debemos tocar y escuchar, golpetear y observar, y también utilizar un pequeño tubo¹⁶. Debemos hacer todo esto porque la potencia de nuestra vista es mucho menor que la vuestra. Mira: así como lo hago yo mismo, también otros *xon* europeos utilizan anteojos; éstos los necesitamos también, porque vemos tan mal!" Esta explicación causó gran hilaridad al viejo, que lamentó la pobreza de nuestra habilidad: "¡Es imposible que seáis bue-

¹⁶ En algunas oportunidades utilicé un estetoscopio para revisar pulmones y corazón.

nos *xon*, si vuestros ojos son tan débiles! Un buen *xon* selk'nam está dotado de una potencia visual de largo alcance, ¡con su *yauáte*¹⁷ reconoce al *kwáke* desde larga distancia!”

Pero aún esperaba su respuesta la otra parte de esta pregunta: “Cuando un *xon* selk'nam quiere hacer desaparecer un mal, debe cantar y luego extraerlo del cuerpo con su boca. ¿Por qué nunca cantas cuando un enfermo se acerca a tu choza? Tú solo le das ‘esa cosa blanca’¹⁷ ¿Cómo eso puede atacar un *kwáke*?” Sólo supe contestarle: “La ‘cosa blanca’ va al lugar del dolor y el dolor cesa” El viejo ladino inmediatamente vio el punto débil de mi alegato: “¡O sea que el *kwáke* queda en el cuerpo del enfermo! Ahora lo sé: sin cantar, el *kwáke* no sale del cuerpo”... Sin distinción alguna, los indígenas se aferran fielmente a sus ideas tradicionales.

γ. ¿Qué es lo que lleva al individuo a dedicarse a esta profesión?

Y entonces surge la cuestión: ¿cuál es la verdadera fuerza impulsora que, de alguna manera, lleva a ciertas personas a actuar profesionalmente como hechiceros? Probablemente no se logrará un total esclarecimiento de este aspecto. De todos modos, cada *xon* se sabe subordinado a una influencia originada en una fuerza espiritual más o menos poderosa. Esta fuerza es el *wáiyuwen*, el espíritu de un *xon* fallecido, emparentado con él. Un individuo se convierte en *xon* solamente cuando un *wáiyuwen* extraño, diferente de la propia persona, comienza a actuar dentro de ella. En cada caso particular, comienza con su actividad profesional sólo cuando el *wáiyuwen* ha llegado nuevamente hasta él y se posesiona de su persona. Ciertamente existen ocasiones donde debe declinar ejercer su actividad con el fundamento que su *wáiyuwen* no se presenta. De acuerdo con esto, la persona del *xon* sería solamente el instrumento de que se sirve esa causa actuante extrahumana.

Además, cada *xon* sabe —y lo expresa ante otros— que al apoderarse un *wáiyuwen* de su ser, él mismo se desvanece; y de la misma manera, que él mismo, con su propia fuerza, no ejecuta ningún tipo de obra —todo lo debe hacer el *wáiyuwen* que actúa dentro de él—. El *xon* se somete incondicionalmente a la situación de total ausencia de voluntad frente a su *wáiyuwen*. Éste lo ha elegido, y bajo su tutela y dominio está ahora; toda su vida permanece en dependencia irrevocable del *wáiyuwen*. Adquirir conciencia de esto no es para el hechicero ni torturante ni afligente, sino, por el contrario, a ello se somete con total impasibilidad. Puesto que incluso ha perdido hasta cierto grado el derecho de determinación sobre su propio ser, nunca puede haber controversias entre él y su *wáiyuwen*. Ambos forman una unidad de trabajo ideal: este último, como la causa real de la acción; él

¹⁷ Aquí quisiera confesar que efectivamente entregué aspirina, que es lo que menciona el viejo a los indígenas como si fuese una panacea universal; era imposible llevar conmigo una selección amplia de drogas, como para proveer a otros de ellas.

mismo, como el instrumento desprovisto de voluntad propia. Este estado de cosas tampoco es modificado por la decisión propia de algunas personas que desean convertirse en *xon*; siempre debe apoderarse de ellos un *wáyyuwen*.

En otras palabras: resulta decisiva la vocación. La firme convicción del *xon* acerca de su vocación, confirmada por una fuerza extraña, también fundamenta su confianza en la efectividad de su accionar. No es su propio saber humano lo que está en juego cuando ejerce, sino las facultades de su *wáyyuwen*. Estas fuerzas son de diferente intensidad según el portador. Pero como para ellos no existe ni la cesación de su accionar, ni una disminución de su fuerza, consecuentemente la institución de los *xon* ha perdurado hasta nuestros días, y en sus efectos no ha sufrido mermas de consideración frente a épocas anteriores.

3. La conformación física del hechicero

En la concepción verdaderamente singular de todos los *selk'nam*, el *xon* es considerado como totalmente diferente de un hombre común en cuanto a su conformación corpórea, aunque la apariencia exterior no deje entrever nada al respecto.

a. ¿Cómo está conformado un *xon* plenamente desarrollado?

Esta descripción vale tanto para el hombre como para la mujer, que en combinación con su *wáyyuwen*, estén en condiciones de actuar profesionalmente, es decir, que deban ser considerados como *xon* bien capacitados.

Todo lo exterior del *xon* es para los que lo rodean sólo apariencia. De ninguna manera está conformado, como nosotros mismos, de piel y huesos, de carne y sangre, sino que posee solamente una superficie delgada, similar a la piel. Debajo de ella, todo su interior está relleno de una sustancia blanda, liviana. Esta sustancia se asemeja sobre todo a los suaves edredones, según una comparación efectuada por los indígenas mismos. El interior de un *xon* es considerado como totalmente seco, relleno completamente con esa sustancia blanda, parecida a los pulmones [de las aves recién nacidas]. Durante las curas de enfermos, el *xon* utiliza a veces una pequeña cantidad de esa sustancia, que extrae de su interior. A los ojos de toda la gente, el cuerpo de un *xon* tiene el aspecto del de un individuo cualquiera, pero la falta de todos los órganos interiores es su característica, y por las así llamadas venas no corre sangre. Para la explicación respectiva, me remitieron a *Kwáyyus*, que había sido ultimado por los *yámana*; pues cuando éstos le cortaron la cabeza, no manó sangre. De la misma manera se afirma que, cuando, por imprudencia, el *xon* se causa una lastimadura o es herido en la lucha, nunca fluye sangre. La epidermis del

xon sufre asimismo una transformación especial, es decir, en el sentido de que pasa a ser extremadamente tenue, blanda y fina. A nuestros ojos tiene la misma apariencia que la nuestra; pero de hecho es de tal extrema delgadez, que se le asigna máxima hipersensibilidad y suprema vulnerabilidad¹⁸.

Paralelamente con el proceso que transforma el ser corpóreo del *xon* en una sustancia edredónica, su propio *kášpi* pasa cada vez más a un segundo plano y es reemplazado por el *wáyyuwen*. Pero este reemplazo se realiza sólo hasta un punto tal que su propia alma sigue siendo la fuerza y el impulso espiritual que actúa en cuanto a las actividades vitales comunes; pero apenas comienzan las actuaciones propias del *xon*, entonces actúa y trabaja el *wáyyuwen*. En estas ocasiones, el *kášpi* propio abandona completamente el campo de acción en favor del *wáyyuwen*, o, al decir de los indígenas: "el *wáyyuwen* absorbe al *kášpi* del *xon* completamente, sin dejar resto. Desde ese momento actúa y trabaja el *wáyyuwen* exclusivamente, hasta que se retira de nuevo". Durante su ausencia, y sin su ayuda, el *xon* no ejerce actividad profesional alguna, ahora es la propia alma, quien gobierna las exteriorizaciones comunes y humanas de la vida.

Por lo general, el *wáyyuwen* permanece en las inmediaciones del *xon* y unido a él. Cuando el *xon* muere, el *wáyyuwen* interrumpe toda unión con el cuerpo de éste; sin embargo, permanece unido a su *kášpi* en forma muy estrecha. Esta unidad del alma con el *wáyyuwen* permanece mucho tiempo junto a la tumba del *xon*. El alma del hechicero, cuando este muere, no asciende hacia *Temáukel*. Me explicaron que "el *kášpi* del *xon* se convirtió totalmente en su *wáyyuwen*, que se queda junto a la tumba del hechicero; y allí permanece hasta que se combina con un nuevo aspirante a la profesión de *xon*".

El hechicero sólo aparenta entonces ser de la misma constitución física que un hombre común, pues su interior, recubierto de una capa semejante a una epidermis extremadamente tenue, está relleno uniformemente por una única sustancia, semejante a edredones blancos. "Nosotros lo sabemos solamente", decía la gente, "pero los hechiceros mismos se ven, uno al otro, exactamente de la manera como están constituidos en su interior." Todo el *xon*, tal cual vive, es considerado como liviano y elástico, y forma una unidad completa con su *wáyyuwen*. Gracias a esta extraña esencia, los hechiceros gozan de una movilidad sin impedimentos, y para ellos no existe limitación alguna por interposición de cuerpos sólidos o distancias; con su poder, es decir, su poder visual ("visión"), atraviesan cualquier objeto y cualquier espacio en línea recta.

β. Cómo se realiza la transformación

He podido averiguar la creencia completa de los indígenas acerca de la manera como se realiza la conformación interior de un hechicero.

¹⁸ Esta misma particularidad se asigna también a los *Yékamuš* de los yámana.

ro. Si alguien siente inclinación o vocación para el ejercicio de la profesión de *ron*, se presenta ante un representante maduro del gremio. El aspirante le pide a ese *ron* que le ceda el *wáyyuwen ké xas*. En virtud de esta solicitud, el *ron* se sienta en el suelo, inicia su canto, poco a poco comienza a hacer movimientos como de amasadura y de contracción en el propio cuerpo, continuando con ello hasta que, sumido en un estado de máxima excitación inconsciente, extrae de su cuerpo el *wáyyuwen ké xas* para transmitírselo al candidato. Esto se realiza de manera tal, como si dicho [elemento] fuera introducido en el interior del cuerpo del otro mediante un continuo frotamiento con las palmas de las manos. Ese "algo" tiene el tamaño de una cabeza de niño. No tiene, por así decirlo, peso alguno, es blando y blanco como los plumones más finos. En el momento de ser transferido al aspirante, no aparece realmente visible para la gente, aunque algunos logran verlo, pero sólo por su enorme fuerza imaginativa.

Una vez dentro del cuerpo del aspirante, comienza a actuar de inmediato. Inicia un proceso general de transformación, durante el cual la forma de ser actual del cuerpo es convertida en aquella sustancia blanda, tenue, liviana, edredónica, que por último llena todo el cuerpo. Esa transformación comienza en el vientre, continúa en el pecho, luego en la cabeza, y por fin en las piernas, de modo que los brazos son los últimos en sufrir este cambio. La transformación de los brazos exige, extrañamente, mucho tiempo, y se realiza con llamativa lentitud; nadie sabe decir cuáles son las especiales dificultades que es necesario superar allí. Junto con la transformación de los brazos, también se ha modificado la epidermis, y con ello ha concluido la transformación integral del cuerpo. El "poder de visión" empieza a obrar inmediatamente, abarcando todas las cosas y superando todas las distancias. La actividad del *yauáteje* tiene ahora la base necesaria.

El proceso de transformación mencionado suele durar de dos a cuatro años. En algún candidato se realiza más rápidamente, en otro con mayor lentitud. Decisivo resulta, en todos los casos, el *wáyyuwen ké xas* que el mismo aspirante ha pedido, es decir, el que ha obtenido de tal o cual *ron* perteneciente a su grupo familiar. Hacia la finalización del proceso de transformación interior, que va avanzando lentamente, el novicio se abandona con gran intensidad a un continuo soñar, que dura hasta que "la fuerza activa" de un hechicero fallecido se apodera de él. Esto puede ocurrir muy rápidamente. Si en determinado momento siente que aquel *wáyyuwen* esperado se ha apoderado de él y comienza a ejecutar los cánticos por su propia cuenta, entonces la autonomía de su personalidad, de la que gozaba hasta ese entonces, ha concluido: ahora es un *ron* pleno. A partir de entonces ya no actúa él mismo, sino que es su *wáyyuwen* quien actúa a través de él y en él.

Para los demás *selk'nam* que rodean al candidato la continua transformación de su interior no resulta visible. Los *ron* en cambio la ven mediante su poder de visión. El aspirante, por su parte, se ve a sí mismo en su transformación solamente cuando el *wáyyuwen* se apodera

de él, lo cual ocurre —como es sabido— una vez concluida la transformación.

Los *xon* no sólo pueden observar recíprocamente el estado modificado de su propio interior. También conocen con exactitud el lugar por donde uno de ellos anda, porque cada *xon* está envuelto, por decirlo así, en una gran claridad, claridad que aparece como una mancha luminosa en la sombra de la noche.

No pude avanzar hasta lograr una exacta determinación del *wáxyuwen ke xas*. Ante este planteo renunciaron incluso mis informantes más capacitados. Se trata de la materia singular que rellena por completo el interior del cuerpo de un *xon* y que —a guisa de sustrato, de fundamento— ha de posibilitar al *wáxyuwen* su presencia. Es decir, parece algo así como “el recipiente para el *wáxyuwen*”, según la traducción literal de la correspondiente expresión indígena, igual, por otra parte, en las definiciones de todos mis informantes.

c. La actuación profesional de los hechiceros

Las múltiples ocupaciones de los *xon* dan a entender que, para el ejercicio de su actividad profesional, no están sujetos ni a ciertos lugares ni a determinadas horas o momentos. Por lo general están o acurrucados junto al fuego de su choza, o tendidos en el lecho. Raras veces un *xon* actúa fuera de su vivienda. No pude observar que para su actuación necesitará el fuego como condición esencial¹⁹.

Las curaciones de enfermos propiamente dichas, las realiza el *xon* a cualquier hora del día o de la noche, es decir, siempre que alguien reclame su asistencia. Para sus actividades privadas [de hechicero] se reserva preferentemente las horas tranquilas desde medianoche hasta el amanecer; pues el silencio sepulcral que reina a esa hora fomenta enormemente su intensa concentración espiritual.

Delante de su choza, ningún tipo de señal exterior, a la manera de un letrero, caracteriza a su morador como *xon*; como por ejemplo es el *rélhue* (= pilote tallado en forma de escalera) el que indica a cualquier araucano la vivienda de un *máči*. De la misma manera, tampoco utiliza una vestimenta especial, excepción hecha del *pó'oyu* y de la pintura en la cara durante el ejercicio de su profesión. En la vida cotidiana, nada diferencia al *xon* de sus paisanos.

1. Algunas aclaraciones de conceptos

Las ideas y conceptos ya mencionados a menudo no siempre pueden ser aclarados totalmente. Sin embargo, los indígenas los conocen y los diferencian con suficiente claridad. Estos conceptos ya contienen, de por sí, muchos elementos esenciales de la conformación básica de la institución de los hechiceros entre los selk'nam.

¹⁹ No así los hechiceros de los yámana, que efectúan sus curaciones o se abandonan a sus cantos exclusivamente junto al fuego de la choza.

α. El kwáke

Cualquier sufrimiento o indisposición física, el dolor en sí o la hipersensibilidad, y sobre todo la depresión anímica y la falta de ánimo, los estados de ansiedad e intranquilidad interior, como son casi exclusivamente a consecuencia de ciertos sueños, todo ello es condicionado en su origen por el *kwáke*. Éste es considerado como una materia, como un pequeño objeto, un cuerpo extraño, que ingresa en el cuerpo de una persona y se hace sentir allí. La comparación preferida es la que asemeja el *kwáke* a una punta de flecha. Ellos dicen que el *xon* malévolo arroja el mal de la misma manera como el *selk'nam* dispara su flecha. En forma recta, pero invisible para la gente común, dicho mal vuela hacia el cuerpo de la persona y, al igual que una punta de flecha, penetra en él hasta un determinado punto, que pronto comienza a doler.

El *kwáke*, supuesto corpóreo y material, se comporta y actúa a veces a la manera de un pequeño ser viviente²⁰. Si ahora el *xon* quiere proporcionar alivio a alguien que sufre, dirige sus esfuerzos a la remoción del *kwáke* enclavado en el lugar del cuerpo que genera el dolor. Lentamente es atraído hacia la superficie del cuerpo y, por último, extraído a través de la epidermis. Como es succionado fuera del cuerpo con la boca, el hechicero lo escupe rápidamente, pero no en cualquier parte, sino siempre en sus propias manos. Sólo la sangre que chupa "al enfermo" antes o después la escupe en el suelo a su lado, a veces también al fuego. Cuando tiene el *kwáke* sobre la palma de la mano, entonces apoya la cara interior de la muñeca contra su barbilla y con un fuerte golpe de aire lo sopla fuera; inmediatamente después gira la mano extendida y mediante un rápido movimiento del brazo hacia adelante le da a aquél un fuerte empujón. Todo eso sucede siempre con la mano izquierda, que, de inmediato, se dirige hacia adelante y separa los dedos. El brazo derecho, en cambio, cuelga libremente.

En caso de desearlo los circundantes, el *xon* permite observar el *kwáke*. Dentro del cuerpo de la persona que sufre, tiene una extensión mayor o menor; a veces ocupa sólo la cabeza, o el vientre, o un brazo, a veces todo el interior del cuerpo. No obstante, su volumen no es proporcional a la intensidad o localización del dolor sufrido. El enfermo mismo no sabe decir nada exacto al respecto, pero sí el *xon*, que es quien ve todos los detalles. Apenas el *xon* ha logrado llevar el *kwáke* —no importa el tamaño que éste tenga— a la superficie del cuerpo, aplicando el tratamiento usual, dicho *kwáke* comienza a achicarse; porque sólo como objeto minúsculo puede emprender el camino fuera del cuerpo. Una vez afuera, readopta rápidamente el tamaño original.

A partir de entonces se parece en la mayoría de los casos a un cururo, y con esta forma casi todo el mundo ya lo ha visto alguna vez. En algunos casos se parece a un pichón de ave, incapaz aún

²⁰ Son insuficientes las descripciones de COJAZZI: 87 y TONELLI: 117, 123.

de volar, y envuelto aún en su primer plumaje; y en casos raros se parece a una lagartija. En ocasiones es sumamente elástico y puede estirarse, como una cinta de goma, a gran longitud, más o menos hasta la envergadura de los brazos. A veces escuché decir: "El *kwáke*, arrojado por un *xon* contra una determinada persona, se asemeja a una punta de flecha, que penetra en el cuerpo, y en determinado lugar se ubica y se adhiere, de modo que el ser humano siente dolor. Dentro del cuerpo se comporta generalmente como un animal viviente, como cururo, rata o escarabajo, como lagartija, perro o pichón de ave. Pero este tipo de animales se compone de la misma sustancia que el propio *xon*, o sea se parece a los edredones. Este mismo aspecto tiene a veces el *kwáke* cuando es extraído del cuerpo del enfermo. En no pocas ocasiones aparece también como una punta de flecha".

Sosteniendo en su mano el *kwáke*, el *xon* lo presenta a la gente que lo observa, para que lo reconozca. Pero se trata con seguridad sólo de un ver sugestivo. El *xon* dice a la gente: "Aquí en mi mano está el *kwáke*, ¡se parece a un cururo!" Entonces los circundantes mantienen fijos los ojos en la mano de éste. "Por eso ellos ven entonces al *kwáke*, aunque en realidad no resulta visible para los ojos del selk'nam común, ¡sino sólo para el *q̄tey* de los *xon*!" Con estas breves palabras, TOIN resumió, una noche, el resultado de una larga charla. Es decir, sólo como consecuencia de su imaginación excitada y de una autosugestión es que los circundantes pueden ver realmente al *kwáke*, bajo tal o cual forma sugerida por el hechicero²¹.

Mis informantes rechazaron decididamente la existencia de un engaño consciente a la gente por el *xon*: "El *xon* extrae el *kwáke* del cuerpo del enfermo, no de otro lado. Nosotros lo observamos muy atentamente. Además, el enfermo se siente más aliviado porque ha sido liberado del *kwáke*. ¡El *xon* nos dice exactamente cómo sucede todo en realidad!"

Al succionar el *kwáke* del cuerpo, cada *xon* escupe mucha sangre. Esa sangre procede del enfermo mismo, según la convicción de toda la gente. Yo, por mi parte, no creo estar equivocado si atribuyo esta saliva cargada de sangre a la fuerte acción de succionar del hechicero, que, por supuesto, puede ser inconsciente. El pueblo, al menos, piensa consecuentemente: el *xon* está completamente seco en su interior propio; por lo tanto la sangre proviene del enfermo. El hecho de que cualquier *kwáke* sea chupado a través de la epidermis, y que al enfermo se le extraiga sangre sin que se le formen heridas o cicatrices, constituye el logro especial de los *xon*. Que no produce mordeduras al enfermo, lo debo confirmar por observaciones propias. "No podemos explicar todo el proceso", dice la gente, "pues no sabemos cómo trabajan nuestros *xon*. Tienen gran poder, y hay que cuidarse de ellos. Si nos engañaran, lo hubiéramos observado hace mucho; ¡entonces no tendríamos que tener cuidado de ellos!"²²

²¹ Con esto queda sin fundamento la interpretación de GALLARDO: 300, que habla de una "habilidad extrema de... verdaderos prestidigitadores". Ver al respecto también el juicio en la cita N° 14.

²² Cuando COJAZZI: 69 y TONELLI: 118 hablan de un indudable engaño por

En contadas ocasiones, el *kwáke* aparece como fuego fatuo. Una noche, cuando ya era muy tarde, volvía con un pequeño grupo de hombres hacia el campamento. Habíamos ido a cazar. Mientras vadeábamos un pantano, se vio repentinamente entre los juncos y arbustos bajos aparecer una mancha clara. Nos detuvimos. Todos los hombres susurraron involuntariamente: "¡Un *kwáke*!... ¡Si supiéramos de dónde viene y a quién fue enviado por un *xon*!" Después pude oír aún: "A veces se ve de noche un *kwáke* bajo la forma de una mancha de luz, fuerte o débil. Descansa cuando un *xon* lo envía a un lugar muy lejano." La materialización del agente de la enfermedad se expresa aquí muy claramente.

El *xon* hace desaparecer rápidamente el *kwáke* extraído de un enfermo, soplándolo muy lejos. Su destrucción es muy peligrosa y se evita cuidadosamente. Se dice: "Si se matara un *kwáke*, se produciría una grave enfermedad general." El *kwáke* penetra en la mayoría de los casos en el cuerpo de una persona a través de la boca. La misión del *xon* sigue siendo descubrir, mediante su poder de visión, el lugar del cuerpo donde se localiza. Una vez que fue extraído y despedido, sigue consistiendo, como hasta entonces, de aquella sustancia liviana, edredónica, y puede moverse con gran rapidez a enormes distancias. En alguna parte se queda entonces, pero nadie sabe decir algo concreto al respecto.

β. El wáyyuwen

Según variados comentarios, el *wáyyuwen* aparece conformado de la misma manera que un *kwáke* o el contenido corpóreo de un *xon* acabado plenamente, es decir, materializado; baste pensar en el *wáyyuwen kę xas*, que un especialista viejo transmite a un novicio. Pero una incomparablemente mayor probabilidad corresponde a la interpretación inversa, que lo designa como algo espiritual. Pues, en no pocas ocasiones, se expresa que *wáyyuwen ni xon kę kášpi* = el *wáyyuwen* es el espíritu, o mejor dicho, que es el alma de un hechicero fallecido. Para las explicaciones que siguen creo deber atenerme exclusivamente a la segunda de las interpretaciones; aunque es posible que yo mismo no haya entendido correctamente la primera de las versiones, o que mis informantes se hayan expresado con poca exactitud. De todos modos, al *wáyyuwen kę xas* le cabe la enorme importancia de iniciar la transformación en el interior del cuerpo del candidato, y mantenerla en marcha hasta su total culminación. Sólo entonces ha terminado el ámbito de actuación del *wáyyuwen*.

Las siguientes palabras resultan muy exactas: "el *wáyyuwen* es el *kášpi* (el alma) de un *xon* fallecido", o sea que es un nuevo principio de acción que ocupa el lugar del alma del *xon*. Consecuentemente, tie-

parte de los hechiceros, no puedo en modo alguno adherirme a esta opinión, pues con seguridad superabundante puede demostrarse que aquí no existen engaños conscientes.

ne la característica de un otro "yo", es decir, de un *sosías*; pues se anida en el aspirante y "absorbe su alma", para actuar desde entonces en lugar de ella. Por consiguiente, durante la ejecución de los trabajos profesionales es el espíritu de otro *xon* la verdadera fuerza actuante, la que extrae o expide un *kwáke*, mata a un hombre o apacigua a la mujer-luna, la que en todas estas actividades suministra el impulso para el canto y sólo se sirve de la voz del *xon*. Si el *xon* desea entrar en actividad, debe previamente a ello, establecer una comunicación con el *wáiyuwen*; y ello, sin tener en cuenta las ocasiones en que este último toma directamente la iniciativa por sí. El *xon*, por su parte, se abandona a sus sueños. Mientras tanto, el *wáiyuwen* se acerca. Cuando se ha aproximado suficientemente, el *xon* le habla y entra en tratativas con él, presenta sus deseos y transmite sus pedidos, que aquél realiza.

No queda bien claro qué es realmente lo que en particular el hechicero novicio recibe junto con el *wáiyuwen* de un *xon* fallecido. Su propia alma mantiene la independencia para la actividad autónoma en los quehaceres diarios, pero asimismo se ha convertido en una unidad con su *wáiyuwen*. Pero sí puede asegurarse completamente lo siguiente: El verdadero principio de acción es exclusivamente el *wáiyuwen*, y el alma propia del *xon* vivo pasa, por así decirlo, a segundo plano. Cuando los quehaceres profesionales están suspendidos, el *wáiyuwen* se mantiene a corta distancia del *xon*. Cuando uno necesita al otro, el *wáiyuwen* se reúne con el *xon*, por lo general bajo una fuerte excitación física de este último; pero nunca actúa sin él.

Extrañamente, se dice que durante la vejez el alma propia del *xon* colaboraría más de cerca con el *wáiyuwen*, como si ya se hubiera acercado y unido a él. En ello veo la razón para una cierta indeterminación en las declaraciones de mis diversos informantes, quienes no podían decidir si al aspirante que continúa la cadena sólo pasa el *wáiyuwen* propiamente dicho, o también —y junto con él— el alma propia del *xon* fallecido últimamente, que parcialmente ya colaboraba con aquél. En este sentido, el término *káspi* se utiliza muy a menudo como concepto colectivo y significa [en tal caso] el *wáiyuwen* unido al alma propia del *xon* vivo. Cuando los selk'nam quieren expresar que un candidato se ha convertido en *xon* capacitado para ejercer, dicen algunos que el *wáiyuwen*, y otros que el *káspi* del *xon* fallecido, se ha hecho cargo del novicio. Pero con total coincidencia dicen que "al morir, el *káspi* de un *xon* no sigue el camino de *Kenós*. No sabemos dónde permanece. Allí donde queda aguarda hasta que un nuevo aspirante se apodere de este *káspi*." El *wáiyuwen* se mantiene permanentemente en las inmediaciones del *xon* y acude a él cuando el *xon* lo llama. A veces se hace esperar mucho tiempo, e incluso en algunas ocasiones no concurre. El *xon* dice entonces: "Mi *wáiyuwen* no viene, está muy lejos de aquí".

De este modo, el *wáiyuwen*, es decir el *káspi* de cada *xon*, se evidencia como el resumen de su energía y de su fuerza, de todas sus facultades de actuar y de realizar, que desarrolla en su propio cuerpo, o —dado el caso— envía al exterior, para que esta fuerza trabaje y

actúe fuera de su cuerpo. Mientras realiza la misión encomendada, se comporta en forma totalmente humana. Dos *zon* adversarios combaten una verdadera lucha con ayuda de sus respectivos *wáyyuwen*. Con gran habilidad, cada uno de ellos sabe esquivar las flechas dirigidas a él, pero el más débil es por último blanco de una flecha. A veces es herido tan gravemente que pronto muere. Despreciando la propia herida mortal, vuelve en cada caso junto a su *zon*, aunque la herida sea extremadamente grave. No existe la muerte en el sentido de que el *wáyyuwen* quede tendido en el suelo en el acto. Al regresar el *wáyyuwen* de la lucha con el adversario, el *zon* reconoce inmediatamente su estado; si fue herido o dañado gravemente, el *zon* mismo siente inmediatamente cansancio y postración, de su boca y su nariz mana abundante sangre —lo que por cierto no es visible para los que lo rodean—; extendido en su lecho, se encoge cada vez más y en pocas horas o pocos días está muerto. Cuando el propio *wáyyuwen* está herido sensiblemente, no hay salvación posible para el *zon*.

Pero esa herida mortal sólo tiene como consecuencia que se disuelva la unión entre cuerpo y alma. Mientras el cadáver es sepultado, el *kášpi* del *zon* recién fallecido, convertido en una unidad con el *wáyyuwen*, permanece en las cercanías de la tumba y espera la oportunidad de entregarse a un nuevo aspirante. Cuando éste haya desarrollado su poder de visión, y comience a observar más de cerca al *wáyyuwen* que se le entrega, puede reconocer las heridas y las flechas, que le habían causado la muerte. Pronto, en ese mismo sueño, se pone a escupir las flechas, y con el *wáyyuwen* así liberado comienza él mismo a ejercer su profesión como *zon* en toda su plenitud.

Por último encontré la opinión poco frecuente de que, con el transcurso del tiempo, un *zon* puede apropiarse de varios *wáyyuwen*. Se convierte en una unidad con todos ellos y los utiliza. Llama de entre ellos, de los distintos puntos cardinales, a aquel que resulta más apropiado para servir a sus necesidades especiales. Se considera siempre como el más poderoso de todos sus *wáyyuwen* el que es oriundo del mismo punto cardinal que el propio *zon*. Pero me decían que si el padre del *zon* joven es oriundo del sur y la madre del este y ambos progenitores actuaron como *zon*, entonces los *wáyyuwen* de los dos resultan ser los más poderosos de todos los que están a su disposición. Por último, por regla general, se considera más fuerte el proveniente del sur, frente a los oriundos del este o del norte.

γ. El há'hmen

A pesar de que el *há'hmen* aparece esencialmente como algo subsistente por sí mismo, me parece personalmente sólo una forma especial del *wáyyuwen*. El *zon* hace uso de él exclusivamente en la guerra. Visto más de cerca, actúa como un mensajero, explorador y observador, enviado por el *zon* contra un grupo enemi-

go. Pero un *há'hmen* sólo está a disposición de un *xon* poderoso, y para él lo está en forma incondicional. De qué manera el *xon* se apodera del *há'hmen* para lograr sus objetivos, cuál es la causa originaria de aquel ser, y muchas otras particularidades, nada de eso me supo explicar la gente.

Los hombres se imaginan al *há'hmen* como un animal del tamaño y de la conformación física de un guanaco. Su piel se parece, en su mayor parte, a la epidermis del hombre, pero no me supieron designar los lugares especiales del cuerpo. A veces tiene en todas partes el pellejo uniforme de un ser humano o de un guanaco, en otras oportunidades se asemeja a un zorro o a un cururo. Pero siempre llama mediante un relincho a la manera de un guanaco, relincho que a veces oyen las personas comunes.

Antes de que los hombres vayan a la lucha, y sin que importe si ellos son los agresores o se ven obligados a la defensa, el *xon* debe averiguar la situación en el campo enemigo y tratar de obtener el resultado probable de la empresa guerrera. En primer lugar, se abandona a sus sueños y —en el ínterin— llama a su *há'hmen*. Cada *xon* tiene el suyo propio, aunque dicen que algunos colegas más poderosos tienen varios de ellos a su disposición. Sin demora, el *há'hmen* se presenta y es enviado por el *xon* hacia el grupo enemigo. Se dirige allí con toda rapidez. Para este traslado utiliza casi siempre el atardecer o la oscuridad de la noche, para evitar en lo posible ser observado. Una vez llegado a destino, busca un lugar adecuado, escucha las conversaciones de la gente, espía sus planes y busca disminuir desde ese mismo momento —aunque sea en algo— la fuerza de los guerreros. Su obligación primera es regresar urgentemente. Mientras el *xon* continúa con sus cánticos o con sus sueños, el *há'hmen* le comunica todo lo que ha logrado averiguar: cuántos hombres se han reunido, cuántas armas poseen, en qué lugar acampan en ese momento, cuál es el camino recorrido hasta entonces, cuál el rumbo que piensan tomar, a qué distancia se encuentran aún, de qué hablan y cuáles son sus intenciones; qué convinieron y qué planearon. Por último se expresa acerca del resultado de la lucha, indicando con precisión cuáles hombres caerán de cada bando, y cuáles serán los detalles de la empresa. Según resulte la cosa entonces para uno u otro grupo, —puesto que los contrarios también han obtenido sus informaciones de la misma manera—, se inicia la lucha o el grupo se retira. Fuera de estas cuestiones bélicas, el *há'hmen* no es utilizado para nada; entonces permanece, invisible para la gente, en las cercanías de su *xon*²³. De tales *há'hmen* existen muchos en la Isla Grande, y entre ellos no tienen relación alguna. Permanecen inactivos hasta que el *xon* se sirva nuevamente de ellos para hacerles cumplir sus encargos.

²³ LUCAS BRIDGES (a): escribe en forma diferente: "Hamn is a ghost. Ordinary men cannot see it, but doctors can. Ordinary men can hear it. It comes with tidings of fights or deaths and hovers (howes?) about at night round the Ona camp. Men have been somewhat hurt with it, yet the nearest description of it is that it looks like flour and shows the hearts of those who have died". Otros viajeros no supieron narrar nada al respecto.

δ. El *čānem*

De la misma manera que el *kwáke* y el *há'hmen*, también el *čānem* debe considerarse como materialización del poder de un *xon*. La diferencia está en que aquéllos se asemejan más a un animal o un ser viviente, en tanto éste representa, en la mayoría de los casos, un objeto inanimado. Según su forma, el *čānem* se asemeja, o bien a una franja de humo, o a una nube de niebla, y a veces también a un bulto extremadamente voluminoso; raras veces, a un guanaco grande y gordo.

Como nube o como guanaco es visible para cualquier *selk'nam* común; pero ninguna señal exterior permite descubrir su verdadera naturaleza. Se podría describir adecuadamente al *čānem* como la intención aviesa de un *xon*, corporizada, que es enviada hacia el adversario bajo las formas indicadas, para que actúe contra él. Este adversario se encuentra ahora en un extremo peligro. La misión más urgente de un *xon* amigo es ahora juzgar la seriedad de la situación y preparar una defensa inmediata. Todo eso debe suceder aunque la víctima elegida por el *xon* enemigo aún no sospeche nada de lo que se cierne sobre ella. De otra manera, ese hombre no puede en modo alguno reconocer el peligro en que se encuentra. Considerará a aquel guanaco como un animal común, lo matará y lo consumirá, o aspirará el aire cargado con la niebla al respirar. Dentro del cuerpo del desprevenido, el *čānem* comienza inmediatamente su obra de destrucción.

Comparado con el *kwáke*, resulta el *čānem* considerablemente más peligroso y efectivo. Aquél se manifiesta como malestar y dolor, como sufrimiento o enfermedad, por lo que la curación es posible de alguna manera en cualquier caso. Pero si un *čānem* ha penetrado en el cuerpo de un hombre, ya no hay liberación posible de él, ni aun a través del *xon* más poderoso. Es inevitable la rápida muerte de una persona así atacada. Justamente con respecto al *čānem* se afirma categóricamente que un *xon* debe percatarse rápidamente de su aproximación, para proteger a sus amigos contra este golpe del enemigo, y salvarlos. Los hechiceros ponen a prueba sus fuerzas precisamente a través del uso de este elemento tan peligroso.

ε. El *yauátejn*

Esta palabra es una contracción de *wáiyuwen* y *átejn*. A menudo se utiliza *átejn* solo. El indígena entiende bajo este concepto el poder de visión espiritual del *xon*. Pero esto no es sólo la facultad de captar la imagen luminosa de cualquier objeto, sino también la posibilidad de asir e influir de hecho sobre objetos corpóreos o sobre el *kášpi* de una persona. La gente se imagina este poder como un ojo que, saliendo del cuerpo del *xon*, se desplaza en forma rectilínea hacia el objetivo elegido, pero manteniéndose siempre en comunicación material con el cuerpo del *xon*. Es como si se estirara a la ma-

nera de una tira de goma —los indígenas mismos utilizaron esta comparación—, portando en la punta libre el órgano visual en sí. Después del uso, vuelve a recogerse, como las antenas de los caracoles, o como los ojos saltones de los cangrejos.

Un *yauáteya* así es puesto en movimiento por la voluntad del hechicero, hasta que éste haya logrado la meta pretendida. Llegado a su destino, y siempre guiado por el *xon*, comienza a ejecutar la obra destructiva en el *káspi* de la víctima, conforme con las intenciones de aquél. Logrado el objetivo, el *áteya* regresa. Se mueve con llamativa lentitud, tanto cuando se estira como cuando se encoge. El "hilo" que se forma —con otras palabras no me resulta posible describir la unión entre el poder de visión y el *xon*— es en todos los casos, sumamente delgado y fino, y ningún selk'nam puede verlo. La distancia alcanzada durante su desplazamiento está en relación directa con la fuerza del *xon*, fuerza que puede incrementarse mediante muchos ejercicios.

Mediante este poder de visión, el *xon* también se procura información sobre individuos que viven lejos del lugar. Para el *yauáteya* no existen obstáculos ni límites; atraviesa todo, con el fin de moverse en línea recta hacia la persona en la cual ha puesto la mira. Algunos indígenas lo comparaban con los prismáticos que llevaba conmigo.

5. El sueño

Para un *xon*, sus sueños son de importancia fundamental. La palabra sueños se refiere a aquellos estados de cierta ausencia de ánimo, como los que trae consigo una concentración intensiva sobre una representación determinada, o la convicción autosugestiva de la presencia del *wáyyuwen*. La gente considera asimismo como sueño aquella ausencia de ánimo del *xon* que se produce durante una curación de enfermos o durante el traslado de su *yauáteya* a un punto lejano.

El hechicero designa este "ponerse-en-estado-de-soñar" como *yewin* = cantar, porque, mediante el canto, atrae a su *wáyyuwen* hacia sí. La visión de formas fantásticas durante el verdadero dormir, es designada por el *xon* como cualquier hombre común, con la palabra usual *kaškór*.

Solamente en un estado de semiconciencia los *xon* pueden actuar profesionalmente, nunca cuando están en el goce pleno del estado de vigilia; porque sólo en aquel caso actúa en ellos el *wáyyuwen* o el *há'hmen*. Si tienen proyectada alguna actuación, entonces se abandonan al sueño a cualquier hora del día. En otra oportunidad comienzan a cantar inmediatamente, hasta que el *wáyyuwen* se haga cargo de ellos y les revele las diferentes imágenes de los acontecimientos actuales, que son interpretadas por los *xon* de alguna manera como realidades o sucesos de acontecer futuro. De dónde les vienen en general estas imágenes, nadie lo pregunta. Por lo tanto, para enterarse de novedades o de situaciones futuras, los *xon* deben colocarse en un esta-

do de sueño, y, logrado esto, todo lo que alberga el presente o el porvenir adquiere forma y se les hace cognoscible.

Ven en detalle todo aquello que es dable esperar para ellos mismos, para su entorno inmediato, y para grupos más alejados, y, además los peligros que provienen de enemigos malintencionados; después los medios por los cuales se pretende causarles daño y el estado de los preparativos para ello; si los hombres tendrán en el futuro inmediato mayor o menor suerte en la cacería, o si se producirá una epidemia. Por último, si el ataque a su grupo ya no puede ser detenido, y cómo concluirá la lucha, y otros aspectos similares. Todos estos acontecimientos a esperar, no pueden ser ni detenidos ni suprimidos por el *xon*. Su misión consiste en disminuir, en lo posible, los efectos sobre su propia persona y sobre los que lo rodean, o prepararlos convenientemente para lo inevitable que se acerca. Para ello debe tomar de inmediato medidas de defensa y adecuados cuidados. Sus sueños lo alertan y lo incitan a la atención y a la defensa.

Inmediatamente después de despertar sobresaltado, comienza con su canto. En primer lugar quiere tranquilizar su espíritu exaltado y desprenderse del estado de ánimo tan desagradable y torturante; o bien, según el caso, llamará lo más rápidamente posible a su *wáiyuwen*, para adoptar con su ayuda una posición de defensa conveniente y segura. Cuando, por último, se produce un gran agotamiento, el *xon* se abandona al sueño. Durante estas horas, y, en general, en todos los casos de su actuación profesional, a su alrededor debe haber rigurosa tranquilidad y silencio, para que nada lo moleste o lo interrumpa.

El *xon* puede ponerse en el estado autosugestivo mencionado a cualquier hora del día o de la noche. Alguna vez se lo oye cantar de noche, a las dos de la mañana, otra vez a las once del mediodía; hoy lo hace al amanecer, y mañana al anochecer. Por su voz se da a conocer a todos sus circundantes en un amplio radio. Los vecinos se las arreglan inmediatamente de modo tal que no se produzca ninguna molestia para él, pero sin interrumpir de manera alguna sus ocupaciones. Porque no pasa semana alguna sin que el *xon* comience, en algún momento, con su canto. En esta enumeración no están incluidas las veces que actúa en la curación de enfermos.

Los objetivos de sus sueños, a los que el *xon* asigna importancia y que convierte en contenido de sus reflexiones posteriores, son sin excepción cosas desagradables. Pasa por encima de las visiones favorables, felices, tenidas en sueños; las elimina, no las considera, las trata como si no fueran más que trivialidades de las que no se debe ocupar. Pues el *xon* es preponderantemente pesimista y derrotista; enredado en cuestiones de celos y deseos de venganza, aparece siempre cargado negativamente y se percata sólo de las cosas sombrías. Por esa razón cualquier sueño desagradable lo saca violentamente de su equilibrio anímico.

Los procesos, tales como pasan ante él en sueños, los evalúa como un espejismo llevado al presente, que refleja las intrigas de sus colegas enemigos. Cuando dice que "los sueños malos provienen de otros *xon* malevolentes", quiere decir: "En sueños veo

las malas intenciones y la actividad perjudicial de mis enemigos personales y de los adversarios del grupo que me rodea." Con este significado también deben entenderse los frecuentes reproches: "¡Aquel *xon* de allí (mencionado por su nombre), tiene la culpa de lo mal que he soñado!", es decir, en la medida en que él elabora planes cuyas consecuencias perjudiciales el soñador ha reconocido²⁴.

η. El canto

El *xon* llama a su *wáiyuwen* o a su *há'hmen* mediante el canto. Como consecuencia directa, puramente natural, de este canto monótono proferido en alta voz, unido a la violenta concentración de todas las fuerzas espirituales, debe surgir necesariamente un agotamiento que se asemeja a una semiinconsciencia. En su fantasía excitada giran entonces caóticamente las imágenes más variadas, la atención fijada al principio (del canto) en un objeto determinado, hace que éste sea una y otra vez centro de la vorágine de imágenes. Se crea así un estado de autosugestión, una especie de *autohipnosis*, estado en que el *xon* cumple su actividad profesional.

O bien el *xon* se pone a cantar después de un sueño para llamar a su *wáiyuwen*, o cuando desea abandonar el estado de plena conciencia, para iniciar una actuación profesional. Cuando se trata de gente del gremio ya entrada en años, el *wáiyuwen* no se hace esperar mucho, sólo de treinta a cuarenta minutos; los principiantes y los hechiceros jóvenes deben ocuparse del asunto por más tiempo. Sin embargo, a cualquier hechicero le sucede de vez en cuando que, a pesar de largos esfuerzos, no se presenta el esperado estado de ausencia anímica autosugestiva. Esto se lo comunica sin tapujos a los circundantes: "Mi *wáiyuwen* no se presenta. ¡Está muy lejos de aquí!" Inmediatamente cesa con el canto y deja de hacer sus movimientos solemnes. Cuando, después de una pausa, se siente otra vez activo y fuerte, reanuda su canto. Dice entonces: "¡Ahora llamaré a otro *wáiyuwen*!", siempre que tenga más de uno a su disposición. Tal vez alcance ahora su meta.

En la mayoría de los casos se oye al *xon* entonar sus cantos después de medianoche o al alba. La uniformidad monótona de este canto ya me resultaba siempre muy molesta después de no más de diez minutos. Como simple oyente se siente que los nervios adquieren una irritabilidad en la que dentro del propio cerebro todo se desordena. La melodía usual sólo presenta escasa modulación alrededor del mismo tono básico, y no se producen diferencias de amplitud en la voz apenas de intensidad media. El tema es invariablemente el mismo, únicamente el timbre de las vocales pasa ora algo a lo cerrado, ora algo a lo abierto. El ritmo de fraseo pulsante está condicionado

²⁴ Varios mitos son, por así decirlo, una explicación práctica de lo que se dice en este párrafo. Ver página 614, donde se han recopilado, en un apartado especial, los relatos que tienen por objeto la actividad de los hechiceros.

por la circunstancia de que, después de cada inspiración, se inicia con renovada intensidad el mismo tema. Un texto determinado no existe para la misma melodía, sólo se escuchan series tales como: *lolololo...*, *hoiyoioiyoioi...*, *yeiyeiyeiyei...*. La melodía que cada *xon* ha hecho suya se diferencia sólo muy levemente de la de sus restantes colegas de profesión. Pero a cada uno de ellos le posibilita la transición al estado de ausencia de ánimo. Y cuando, como él dice, al cabo de un rato ya no es él mismo el que canta, sino se trata de su *wáiyuwen* quien entona el canto en su lugar, para lo que él sólo proporciona su voz, necesaria para la exteriorización, entonces comienza su actuación como *xon*.

Mientras dura este canto, que sigue más o menos en forma automática, el *xon* pronuncia frases cortas y habla acerca de cosas que en ese momento cruzan su mente. En la mayoría de los casos, tales breves locuciones se refieren a algunos hechos de la mitología y de la propia vida del *xon*, pero también a sucesos que importan a la comunidad. Estas frases, fragmentarias, son sólo indicios, que no transmiten un saber ordenado. Sin la más mínima coherencia se suceden una a otra. Como ejemplo, citaré lo que escuché una vez que TENESK cantaba: "KAUSEL fue un *xon* muy capaz y un buen hombre, hace mucho que está muerto. - Mi padre era considerado como el mejor cazador por todos sus parientes. Nunca regresaba sin botín. - Cuando yo era todavía un niño, ¡oh, cuán numerosos eran entonces los selk'nam! Hoy en día somos sólo muy pocos. - Todos mis hermanos han muerto, y yo mismo ya soy viejo. - Mi *wáiyuwen* es muy fuerte, desde muy lejos me trajo noticias. ¡Ahora está agotado y cansado!"... Durante otra sesión de canto, pude enterarme de lo siguiente: "Todos los antepasados eran muy poderosos, algunos de ellos eran *xon* muy capaces. *Krañ* es el más fuerte de todos. - Nosotros, la gente del sur, sabemos cómo sucedió todo antiguamente (en la era mitológica). - Éste aquí es el territorio de los selk'nam. Antiguamente vivían aquí los *hōwenh*. - *Kwányip* vino del norte. Siempre llevaba consigo un gran rebaño de guanacos. Él fue quien mató a *Cáskels*. - *Cánem* fue una mala mujer. - Mucho daño causan nuestros *xon* cuando se sirven de un *čānem*. - Muchos *selk'nam* fueron muertos por los *xon*." Estas palabras mal pronunciadas y por lo tanto en su mayor parte incomprensibles se van diciendo sólo aisladamente durante el canto monótono, en forma tal que nadie les presta atención. De todos modos, no contienen nada notable.

Una vez que su *wáiyuwen* se retira, el *xon* permanece a veces aún por espacio de otra hora en el estado de extravío anímico. O bien se desploma totalmente agotado, se despabila repentinamente y deja de cantar, o bien se adormece cantando, conciliando un profundo sueño. Cuando despierta, exige, ya en estado consciente, una hora o una hora y media de tranquilidad sin interrupciones. Después acostumbra comer algo. Sólo en caso necesario comunica a la gente sus visiones. Por lo general dice únicamente a los que lo rodean: "Mucho tuve que trabajar, mi *wáiyuwen* me ha narrado cosas terribles... estoy muy cansado..."

Cuando canta su melodía, está sentado como siempre en su lecho, con las piernas recogidas, y el cuerpo algo inclinado hacia adelante. El cuerpo se mueve a guisa de péndulo de un lado a otro, lentamente. Durante este movimiento, los ojos orientados hacia abajo permanecen fijos en el mismo punto y los brazos cuelgan libremente. Todo este comportamiento, que se establece durante el cantar y el soñar, unido a una suficiente ejercitación en la concentración de todas las fuerzas anímicas, son totalmente suficientes para producir el estado autosugestivo del *xon*, descrito más arriba.

En algunas oportunidades se oye decir que "el novicio desea para sí el canto de un *xon* famoso ya fallecido; él ha obtenido el canto de otro *xon* (ya fallecido)". Estos giros significan que un *wáyyuwen* se ha asociado al principiante. Este *wáyyuwen* continúa el canto que el *xon* había iniciado por sí mismo, cuando éste cae en estado de inconsciencia.

El canto y el sueño son la base y el ámbito de actuación en que el *xon* coloca exclusivamente cada una de sus actuaciones profesionales.

2. Proceso y pormenores de una curación

Más que para cualquier otra ocasión, el hechicero es solicitado por su gente para ayudar en un caso de dolencia. En muchas oportunidades pude observar el proceder usual en estos casos, y por lo tanto común a todos los *xon*. Nadie sabía quién había introducido esta forma de proceder entre los hechiceros, pero subsiste, como me han dicho, al mismo tiempo que la propia institución de los hechiceros, y no ha sufrido cambios esenciales.

a. El "estar enfermo"

Resultaría difícil evitar aquí volver nuevamente al tema de una determinación exacta del concepto "estar enfermo", para hacer comprensible el buen éxito de la terapia aplicada por los *xon*. Tan misteriosos, como algunos los relatan, no son por cierto los procedimientos empleados, aunque alguna cosa quede sin explicación.

Kwákeṭan es, en el sentido más estricto de la palabra, la denominación para "sentir dolor", "estar indispuerto", "estar enfermo". Pero a nuestro selk'nam le importa poco diferenciar con precisión el dolor físico del sufrimiento anímico: cualquier malestar, sobre todo este último, le causa una disposición de ánimo desagradable. Preferentemente este malestar, esta depresión, la indisposición anímica, es lo que designa con la palabra *kwákeṭan*, o enfermedad. Sin embargo, en el uso común o cotidiano, predomina el concepto más amplio de *kwáke*. Pero éste, tomado como efecto o resultado, y en relación con las ideas expuestas más arriba, quiere decir lo mismo

que *kwákeṭan*²⁵. La actuación profesional de un *xon*, en general, se llama *ksóimxen* = extraer el *kwáke* de una persona que sufre, o mandar una enfermedad a alguien, enviar un *čānem* o un *há'hmen*, etc. *Kátmeten*, *kátmečen* tiene un sentido restringido que significa el tratamiento de un enfermo según los procedimientos habituales de los *xon*, para extraer el *kwáke*; y, en sentido figurado, ahora también los procedimientos de curación de un médico europeo mediante el suministro de medicamentos. En cambio *kepáxen* significa la aplicación de ayudas comunes en caso de lastimaduras, etc., como las puede prestar cualquier persona.

Por consiguiente, no son los fenómenos patológicos, las enfermedades infecciosas o los accidentes lo que llevan a la gente a consultar al *xon*; son, en cambio, más bien casos de consulta la depresión psíquica luego de sueños desagradables, los estados de desánimo y desgano temporarios, la sospecha o temor provocados por las amenazas provenientes de ciertos grupos enemigos, los estados de angustia producidos a continuación de intercambios tajantes de palabras, de habladurías y chismes —como suelen difundirlos terceros—, sensaciones generalizadas de decepción, de pesimismo y de adversidad en la cacería, perturbaciones del equilibrio anímico y mal humor. Con esto se han enumerado los casos más comunes de *kwákeṭan*. Viendo esta enumeración, de ninguna manera debe pensarse en psicosis o grave sobreexcitación nerviosa, pues por suerte nuestros resistentes indígenas aún no conocen tales males. Ellos saben diferenciar muy bien si sólo se trata de un daño físico, o si el humor del paciente se deteriora a causa de una carga anímica general. Durante las frecuentes indisposiciones estomacales pasajeras, por ejemplo, nadie va a ver al *xon*. Pero quien, en cambio, se despierta por la mañana, luego de haber dormido mal por pesadillas, no tiene ánimo de trabajo ni alegría de vivir como de costumbre, va pronto a consultar al *xon*. Muchas veces, antes de hacerse tratar por su padre, INXIOI decía a los que lo rodeaban: "Me siento muy desanimado. Temo que pronto me ocurrirá algo durante la cacería, no puedo descuidarme en lo más mínimo... ¡Tengo la impresión de que algunos blancos me acechan!"²⁶

No extrañará entonces que, bajo los supuestos señalados, la influencia del *xon* resulte beneficiosa, precisamente porque la sugestión es decisiva. Si, además, y desde hace unas pocas décadas, es llevado a la choza de sus vecinos atormentados por las enfermedades introducidas por los europeos, ello es parte de sus obligaciones profesionales, pues también el padecimiento físico deprime el espíritu del enfermo y el humor de los que lo rodean. Ello significa que el *xon* al menos siempre tiene un efecto tonificador y renovador, aunque el proceso de deterioro del cuerpo ya no pueda detenerse.

²⁵ Otros viajeros de la Tierra del Fuego acentuaron poco o nada esta diferencia conceptual. Ver BEAUVOIR (b): 48, 127; y TONELLI: 116.

²⁶ Efectivamente corría peligro de ser atacado por europeos, porque en San Pablo, y defendiendo a su esposa, había matado a dos trabajadores chilenos ebrios. Sus temores se intensificaban durante las excursiones, causando un desaliento pronunciado.

β. Preparativos

El verdadero tratamiento suele estar precedido, en cada ocasión, por ciertos preparativos. En la mayoría de los casos, la persona que sufre concurre por iniciativa propia a la consulta con el *xon*, o un familiar de aquél lo llama. Apenas se enfrentan el paciente y el *xon*, los ojos del *xon* se fijan rígidos e inmóviles, como clavados, en una determinada parte del cuerpo del enfermo. Al cabo de unos pocos segundos, le dice: "¡Ya lo sabía, estás enfermo!" O también: "Mi *wáiyuwen* ya me lo ha dicho, ¡la noche pasada te enviaron un *kwáke!*"

En algunas ocasiones, bastante frecuentes, y a cualquier hora, el *xon* mismo pide que se presente una persona determinada. Cuando ésta llega, le dice con total seriedad: "Hoy he visto en sueños como un *xon* malvado te ha mandado un *kwáke*, lo veo alojado en tu cuerpo. ¡Siéntate aquí, te lo extraeré de inmediato!" La persona desprevenida deja que el *xon* haga con ella lo que cree necesario, y luego se levanta del suelo, aliviada visiblemente.

Durante su actuación profesional, el hechicero lleva puesto el *kóčel* que le compete, aquí llamado *po'ojn*. Se elige para ello el pedazo de pellejo del pecho de la garza gris nocturna²⁷. Una vez arrancadas las plumas más grandes, se da a la pieza una forma triangular mediante el recorte de los lados. El hechicero lleva puesto su *po'ojn*, así como el adorno común de la frente, de la misma manera que los demás hombres; pero el suyo es un tercio más grande que el *kóčel*²⁸ común.

γ. La curación

Veremos ahora algunas consideraciones acerca del desarrollo de una curación. La misión principal de los *xon* es proporcionar alivio a los que sufren, y es en este aspecto de su profesión donde actúan más frecuentemente²⁹.

El enfermo debe estar ubicado directamente al lado del hechicero. La "acción a distancia" con fines curativos no existe. Esto resulta sumamente notable; el *xon*, en cambio, está capacitado para producir a cualquier persona, por más alejada que se encuentre, un *kwáke* u otro tipo de daño mediante su *wáiyuwen*. En la noche del

²⁷ "Huairao", *Nycticorax obscurus*. Los hechiceros yámana también eligen para sus adornos exclusivamente plumas de esta garza nocturna.

²⁸ Posiblemente los hechiceros de la parte norte de la Isla Grande tengan "un triángulo de cuero de cisne blanco" (SEGERS: 70), pues allí el cisne blanco de cuello negro es muy abundante. No pude confirmar la especie.

²⁹ Creo poder dejar de lado los incompletos informes anteriores. El más explícito es de Cojazzi: 67. Ya expresé mi opinión acerca de lo dicho por GALLARDO: 300. BORGATELLO (b): 164, 208 no pasa de frases hechas. Algunos datos aislados se encuentran en AGOSTINI: 289, BARCLAY (a): 70, BORGATELLO (a): 198 y (c): 62, DABBENE (b): 259, FURLONG (d): 225, LAHILLE (d): 374, LISTA (b): 130, TONELLI: 118, y otros.

11 al 12 de mayo de 1923, TENENESK había cantado desde las dos de la mañana hasta las siete. Al amanecer, me había levantado del lecho, pero no me atreví a comer en su choza el acostumbrado asado matutino; pues él ahora dormía. Por eso me dirigí a la choza de INXIOI, donde los cuatro hombres acurrucados alrededor del fuego me relataron todo lo ocurrido. Reproduzco aquí las palabras de VASCO, que merecen en parte ser consideradas como una exposición fundamental acerca de este tema: "Ayer, al anocheecer, un muchacho trajo la noticia de que METETEN, el hermano de TOIN (ambos son sobrinos de TENENESK), había enfermado al poco tiempo de llegar a Puerto Río Grande, proveniente del Río del Fuego. El viejo se sobresaltó. Comenzó su canto durante la noche, llamó a su *wáiyuwen* y le encomendó obtener noticias exactas. El *wáiyuwen* se puso en camino y regresó pronto. Le dijo al viejo: '¡METETEN enfermó gravemente!' El *wáiyuwen* tiene la facultad de observar si el mal es de naturaleza liviana o grave. El *xon* tiene la posibilidad de enviarlo a cualquier parte, y el *wáiyuwen* le obedece de inmediato. Es cierto que el hechicero posee un fuerte poder de visión, con el que reconoce si una persona ha enfermado, pero si su intención es curarla, la persona enferma debe ser traída a su lado, y sólo entonces puede determinar dónde se aloja el *kwáke*.

Según queda dicho, el *wáiyuwen* regresó, y dijo a TENENESK: '¡METETEN está enfermo!' Pero también había visto que ese *kwáke* no había sido enviado por otro *xon*, sino que ya había estado alojado desde hacía mucho tiempo en su cuerpo³⁰. Esto intranquilizó a TENENESK. Hoy a la mañana, apenas concluyó con su canto, dijo: Si METETEN estuviera aquí en el campamento, lo liberaría de su mal, pero así no es posible; está demasiado lejos'.

Presta atención: a todos nosotros nos parece como si el *xon* trabajara muy duro. Pero eso sólo es apariencia. ¡Nosotros sabemos exactamente cómo sucede todo! Es cierto que el *xon* hace muchos movimientos, se esfuerza y se cansa. Pero en realidad es el *wáiyuwen* quien trabaja; nosotros lo sabemos. El *wáiyuwen* sabe si puede ayudar al enfermo. Si reconoce que no puede con el mal, se lo comunica al *xon* y el *xon* detiene sus esfuerzos. De lo contrario, sigue trabajando. El *wáiyuwen* se retira al cabo de un tiempo, y el *xon* descansa. El enfermo se siente mejor."

Quisiera incluir aquí el sorprendente epílogo de este suceso. Este mismo día, TOIN debía emprender el largo camino y traer hacia el campamento a su hermano. Muy mal tiempo, incluso durante los tres días siguientes, hizo imposible el viaje. Para gran sorpresa de todos, el 18 de mayo, o sea una semana después del sueño del viejo, apareció en el campamento del Lago Fagnano el mismo METETEN. Cuando la gente le preguntó, perpleja, por su aparente enfermedad, aquél se mostró muy sorprendido. Repetía una y otra vez que desde hacía muchas semanas no sentía dolor alguno, ni había hecho ninguna cabalgata hasta Río Grande. La noticia traída por aquel muchacho se basaba en un error... A pesar de esta embarazosa contradicción, nadie hizo a

³⁰ Desde hacía tres años METETEN se quejaba de dolores de la región lumbar, probablemente consecuencia de sus esfuerzos en la anual esquila de ovejas.

TENENESK el más mínimo reproche. Él mismo, aparentemente, había olvidado totalmente su sueño, y ni siquiera se mostró sorprendido.

El *xon* nunca practica una curación fuera de la choza. El enfermo se acurruca entre las piernas esparrancadas de aquél, dándole la espalda. El *xon* recoge sus rodillas, de modo que la distancia entre ambas cabezas es de menos de un metro; e inmediatamente comienza con su canto. El enfermo mantiene su posición de sentado o recostado durante todo el tiempo. Desde el comienzo, el *xon* se comporta como si hubiera perdido los sentidos. Canta sin cesar, para llamar a su *wáiyuwén*. Toda su atención está dirigida hacia adentro, parece como alejado del mundo exterior. A ratos la intensidad de su canto se incrementa y los movimientos pendulares del cuerpo se aceleran, para reducirse luego otra vez gradualmente. Repentinamente, un temblor recorre todo el cuerpo del *xon*, el canto adquiere mayor intensidad y rapidez; por momentos cae en una tremenda excitación. ¡Este es el instante en que se hace presente su *wáiyuwén*! El *xon* está sumamente contento, pero su alegría sólo se expresa indirectamente, por la agitación de todo el cuerpo. Ahora es el *wáiyuwén* mismo el que continúa con el canto. ¡Con el esfuerzo reunido de ambos, la obra comenzada debe llegar a buen fin! El *xon* se comporta como enloquecido, su torso se mueve salvajemente de un lado hacia otro, a ratos se alza un poco y se coloca en una "posición de rana", de modo que las inclinaciones de su cuerpo adquieren el máximo de amplitud y las contorsiones se realizan en todas direcciones. Los brazos se mantienen más o menos apretados al cuerpo. Durante este estado de actividad extremadamente excitada busca, como a tientas, la mejor posición, la más adecuada para él mismo frente al enfermo. Cuál es la parte del cuerpo que le duele a éste, ya lo había dicho anteriormente. Si se trata de una dolencia en el pecho o en el vientre, el hechicero se ubica algo adelante y hacia el costado del enfermo; si es necesario extirpar dolores en la espalda, se mantiene en cuclillas detrás de éste. En el lapso que sigue, hace que el enfermo a veces se recueste extendido en el suelo, y a veces se levante en posición erguida, todo ello siempre con una suave presión de sus manos planas, y sin cesar los movimientos del cuerpo ni el canto.

Comienza entonces la acción directa sobre el *kwáke*. En su estado de ausencia de ánimo, sumido en sus sueños, observa la localización de la enfermedad en el cuerpo. "¡Está ubicada muy profundamente!", exclama, a veces, durante el tratamiento. Atraer el mal hacia la superficie es la meta de la terapia que se inicia, y los distintos movimientos caracterizan el proceso con inequívoca claridad.

Supongamos que el *kwáke* esté ubicado en el vientre. El enfermo, totalmente desnudo, está recostado de espaldas cuan largo es. A su lado está el *xon*, sentado o en cuclillas. Pone en actividad sus manos abiertas, planas, efectuando con ellas movimientos circulares de rotación contraria; pasa las manos con suave frotación por todo el vientre, comenzando por los costados y acercándose lentamente a la línea central. El tipo de movimiento dice claramente que el *kwáke* que se encuentra dentro del cuerpo debe ser empujado y

El canto se detiene, el *xon* vuelve prácticamente en sí y mantiene los ojos vidriosos dirigidos fijamente al *kwáke* que tiene en sus manos. Dice ahora: "Aquí está el *kwáke*... ¡Parece un cururo!" Pero también utiliza otras comparaciones. Inmediatamente lo despide con un soplo, para que no cause nuevo daño; salvo que antes de hacerlo lo muestre a los circundantes o éstos deseen verlo.

Con esto ha concluido el tratamiento. En su estado de total agotamiento, el *xon* se tumba en el lugar donde se encuentra. Toma su capa, se envuelve en ella, y se dispone a dormir inmediatamente. El enfermo se levanta y siente con toda seguridad una mejoría en su estado.

Éste es, en lo esencial, el desarrollo de una curación de enfermos; desarrollo que tuve varias veces la oportunidad de observar. Algunas diferencias no esenciales de un caso a otro están condicionadas por la particularidad del hechicero y del enfermo, por el tipo del mal y por el estado de ánimo que el hechicero evidencia en el momento. La melodía es la misma para todos los *xon*; cada uno de ellos produce también, en total coincidencia con sus colegas de profesión, esos extraños sonidos de cloqueo y de fricción. A veces uno u otro hechicero gesticula presa de una llamativa excitación, o se mueve saltando alrededor del enfermo, todo según la momentánea disposición anímica. Sin embargo, tales paroxismos son excepciones.

Agrego aquí algunas informaciones complementarias. No todos los sufrimientos físicos tienen su origen en un *xon* malintencionado. Solamente cuando un *xon* envía un mal, se lo denomina en general *kwáke*. Pero cualquier tipo de indisposición, sufrimiento o molestia puede atacar "por sí mismo" a una persona: un mal de esta índole se llama *pák'eĭ*. De dónde viene, de qué naturaleza es, eso y otras cosas por el estilo importan poco o nada a la gente común. En la vida diaria, ellos, por su parte, tampoco diferencian los males según su origen; pues, en realidad, todos se manifiestan de la misma manera. Solamente el poder de visión del hechicero puede diferenciarlos por su origen o causa. Por ello se explica entonces por qué la expresión *pák'eĭ* casi nunca se emplea en el lenguaje coloquial.

El *kwáke*, que en el cuerpo del enfermo ocupa completamente una cavidad corpórea o toda la cabeza, es reducido a un tamaño mínimo por el canto y los movimientos de amasadura del *xon*. Fuera del cuerpo, readquiere rápidamente un tamaño grande y adopta diferentes formas. El *xon* lo ve con la ayuda de su ojo espiritual. Si alguno de los circunstantes "ve algo", es la fuerza imaginativa excitada la que le permite ver eso como realidad (ver pág. 720). Durante una curación de enfermo el fuego de la choza no debería producir llamas, sino solamente brasas. El *xon* prefiere trabajar en la penumbra.

En todos los casos, el *xon* extrae durante su tratamiento "alguna cosa" del cuerpo del enfermo³¹. Que éste se sienta verdaderamente

³¹ Al respecto, todos los anteriores informantes coinciden. Uno de los primeros, BARCLAY (a): 70, ya escribía: "After a time an arrow-head, a piece of long sinew, or a pointed stick is brought to light and shown as the cause of pain." Selec-

mejor después de la curación, se puede atribuir sin vacilar a un efecto preponderantemente sugestivo.

El *zon* nunca practica un masaje en el sentido que nosotros damos a la palabra. En raras ocasiones, "cuando el *kwáke* es muy rebelde (cuando el mal se repite) o está localizado muy profundamente" (en tanto haya sido causado por un *zon* muy poderoso), el hechicero cree poder asegurar el éxito de sus esfuerzos practicándose en sus propios brazos algunas heridas o rasguños superficiales con piedritas o, en la actualidad, pedazos de vidrio. De estas heridas toma pequeñas cantidades de sangre y las esparce sobre las partes afectadas por el dolor en el cuerpo del enfermo. Pero esta sangre no se considera como sangre verdadera.

En el uso de sus manos nunca aplica ningún tipo de violencia ni fuerza muscular verificable. Al friccionar con las manos, o durante los "movimientos de amasamiento", durante los cuales, en muchas ocasiones ni siquiera toca al enfermo, quiere producir un efecto extracorpóreo, si se puede decir así. En todos los casos es su *wáiyuwen* la fuerza efectiva, y los movimientos de sus manos solamente tienen el carácter de un acompañamiento. Podría hablarse de un "masaje mágico", y también GALLARDO: 302 busca refugio en una perífrasis. Sin embargo, yo mismo he visto que el *zon*, en su excitación salvaje, produce temporariamente una fuerte presión con las manos; es más, incluso levanta y acuesta nuevamente al enfermo. Pero esto no se realiza para lograr un éxito mediante esta efectiva aplicación de fuerza³². En algunos casos, el *zon* mismo escupe mucha sangre, que, según la opinión de la gente, extrae del cuerpo de la persona enferma. Según mi ya mencionada suposición, esta sangre proviene de la cavidad bucal del *zon*, en virtud de sus fuertes movimientos de succión. Él, por su parte, no se da cuenta de esto, y de ahí el asombro de la gente, pues en el lugar sometido a tratamiento no aparecen ni mordeduras ni cicatrices³³.

Las mujeres, en casos de enfermedad más bien ligera, buscan primero la ayuda de un *zon* femenino. Si los esfuerzos de ésta no llegan a tener éxito, recién entonces se confían a un hombre. En todos los casos se trata de un pariente o de un amigo de confianza a quien la enferma recurre.

Empero, ¿los *zon* mismos tienen conciencia de la causa y del origen de su éxito, que, según nuestros conceptos, se debe exclusivamente a causas anímicas? Con seguridad que no. Con firmeza señalan que todo su trabajo se basa en la colaboración del *wáiyuwen*. Están

cionando, cito aun a BORGATELLO (a): 198, (c): 62, COJAZZI: 68, GALLARDO: 303 y TONELLI: 118.

³² En este sentido debe rectificarse lo informado por otros viajeros. Así cuando GALLARDO: 302 dice: los hechiceros "estrujan a los enfermos... llegando hasta a subírseles encima, morderlos, arañarlos, hacerles pequeñas incisiones con vidrios o piedras, todo ello con el objeto de producirles dolor..." Algo similar escriben BARCLAY Y BEAUVOIR (BS; 1896).

³³ Es totalmente erróneo cuando GALLARDO: 302 habla de "heridas producidas... estrujamientos más enérgicos... pellizcos... mordeduras fuertes, incisiones..." y cosas por el estilo.

subordinados inexcusablemente al dominio de las ideas heredadas de sus mayores acerca del origen y la desaparición de los sufrimientos.

δ. Si el mal regresa

¿Cómo se comporta el hechicero si, al cabo de un tiempo, y no obstante haber aplicado un tratamiento adecuado, el mal regresa? Una recaída no le causa intranquilidad alguna, ni tampoco al paciente. Si se trata de un mal "que viene solo", cuyo origen nadie conoce, y al que tampoco se asigna una malignidad especial, una nueva aparición del mal no extraña a nadie.

Pero si el *xon* cree necesario suponer la existencia de un *kwáke*, entonces declara sin ambigüedades: "¡Aquel *xon* (al que designa por el nombre) ha enviado nuevamente el *kwáke*!" Desde luego dice el nombre de una persona cuya aversión contra el enfermo es conocida o se sospecha por ciertos indicios. De esto se derivan serias complicaciones y enemistades. De ninguna manera es menester suponer siempre intenciones maliciosas por parte del *xon*, quien actúa en total coincidencia con las concepciones allí imperantes, aprovechando las relaciones del momento existentes entre los individuos.

Si la enfermedad tiene un desenlace fatal, se desata la sed de venganza de la parte perjudicada, que, por lo general, todavía es incitada por el mismo *xon*. Éste nunca funda el regreso del mal en su propia incapacidad personal, pues nunca se desacredita a sí mismo. Su disculpa es que "varios *xon* se han unido para trabajar contra mí. — Aquel *xon* malintencionado, que siempre fue enemigo de nuestra familia, pone en mi camino muchos obstáculos; así me lo ha dicho mi *wáiyuwen*. — Ahora he reconocido a nuestro oponente: ¡Ese *xon* ha enviado de nuevo un *kwáke* extraordinariamente fuerte!" Puede ser que el enfermo quede curado al cabo de la segunda o de la tercera curación. Pero si se produce su muerte, se suceden actos de venganza de uno y otro lado. Aquí se manifiesta la nefasta influencia de la institución de los *xon* sobre la seguridad del individuo y la comunidad: ¡los *xon* son revoltosos y perturbadores por profesión!

Pero si un *xon* poderoso se hace cargo del enfermo, nombrando a un colega más débil como causante del mal, entonces el primero obliga a este último a retirar el *kwáke*, empleando, para lograrlo, el método ejemplar de KAUSEL, mencionado más arriba. Un *xon* que se ve desenmascarado y puesto en una situación difícil, aun si no es consciente de su culpa, se abandona pronto al canto y al soñar, para tranquilizar a los adversarios excitados. Por doquier se dice entonces: "¡Ese *xon* malévolo ha retirado el *kwáke*!" La autoridad, la consideración del otro *xon* aumenta, en tanto el culpable se mortifica amargamente, se mantiene oculto por muchos días a causa de su vergüenza, y prepara solapadamente su venganza. Se comprende entonces cómo la enfermedad y la recaída de alguien pueda generar una serie interminable de discordias y conflictos.

3. El daño a otro

Los *xon* emplean todas sus fuerzas —en primer lugar— para dañar a sus enemigos personales, pero esto lo hacen en el mayor secreto, con el fin de no ser descubiertos antes de tiempo. Celos, orgullo herido, derrota en las competencias o en la guerra, murmuraciones y calumnias, simple aversión, envidia y la propia disposición desafortunada de carácter son para él demasiadas veces el motivo para considerar a un colega profesional como enemigo y tratarlo como tal. A esto se agregan encargos especiales de quienes le rodean. Sea quien fuere el que quiera vengarse efectivamente de su adversario sin descubrirse, encomienda tal cosa a un *xon* de su confianza. Es suficiente señalarle la persona odiada y esperar el resultado de sus esfuerzos. La manera especial de perjuicio originada a una persona, tal como la realiza el *xon*, no se puede detallar en forma completa, pues radica en la misma naturaleza del asunto.

a. Cómo produce el *kwáke*

Si el *xon* quiere afectar a una persona con un *kwáke*, calla rigurosamente su intención a todos los que lo rodean. Se dedica a sus sueños y a su canto. Mientras tanto, da instrucciones a su *wáiyuwen*, que se dirige inmediatamente hacia la víctima elegida, para hacer penetrar el *kwáke* en el cuerpo de ésta.

En no pocas ocasiones, dirige el *kwáke* a un adversario sólo a través de su *q̄teju*, o sea en forma más bien inmediata. Me decían que "se estira como un hilo de goma, adquiriendo gran longitud, hasta que alcanza a la persona que debe ser perjudicada, y le aplica el *kwáke*. A continuación se retira lentamente". Afirman que el *kwáke* se aloja por lo general en el extremo anterior, como una punta de flecha [en su astil]. Este poder de visión está, además, en condiciones de observar el desarrollo del trabajo destructivo realizado por el *kwáke*. Por eso el *xon* sabe cómo la víctima elegida se agota poco a poco y cuándo muere, pues es él quien envía el *kwáke*, lo guía y lo acerca a la meta final fijada.

Los indígenas describen todo este proceso en forma gráfica: el *kwáke* revuelve y socava dentro del cuerpo de su víctima, comenzando por las manos y los pies, acercándose lentamente al centro, hasta que también éste queda destruido. Se tiene la idea de un "revolver", de un desfibrar o triturar las partes del cuerpo, de modo que éste queda, en cierta forma, pulverizado y seco interiormente. La víctima misma solamente tiene la sensación general de una descomposición gradual, pero el *xon* puede observar el proceso progresivo de destrucción. La muerte se produce en el momento en que el *q̄teju* estrangula al *káspi* localizado en lo más recóndito del cuerpo, en su último refugio. Con particular satisfacción observa el *xon* este proceso, guardando riguroso secreto. Si quiere acelerar la muerte, elige un *kwáke* especialmente fuerte. Por último, su víctima sucumbe.

Cada *xon* tiene a su disposición personal cierta cantidad de *kwáke*. Los muchos *kwáke* que vagan por todas partes de la Isla Grande no molestan a nadie y no desarrollan ninguna actividad propia. Los indígenas se imaginan a estos *kwáke* como sentados, por lo general, en las inmediaciones del *xon*. Cuando éste lo demanda, acuden con mayor o menor prisa. Se le asigna una cierta libertad propia de movimientos. Me parece inexacto hablar del *kwáke* como de una persona. Se trata más bien de una amplia independización de la fuerza de un *xon*, pues, cuando la víctima cae muerta, el *kwáke* regresa a donde está aquél.

En cada caso, el *xon* actúa, por supuesto, a través de su *wáiyuwen*. Pero de qué manera se produce en detalle la cooperación entre *xon*, *wáiyuwen* y *kwáke*, no me fue posible determinarlo más explícitamente.

β. Cómo opera con el *čānem*

El proceso recién descrito se repite cuando el *xon* desea dañar a una persona cualquiera mediante un *čānem*. La diferencia entre éste y el *kwáke* se explica por la considerablemente mayor malignidad del *čānem*; se lo tiene por extremadamente fuerte y efectivo. Una víctima atacada por un *čānem* se desploma muerta en brevísimo tiempo, salvo que el mismo *xon* retire a tiempo aquella cosa.

Extrañamente no está en manos de otro *xon*, por más poderoso que éste sea, liberar a su vez a cualquier persona de un *čānem* que otro hechicero ha enviado contra ella. Pero si el primero, en virtud de su influencia más importante, quiere salvar a la infeliz víctima, debe obligar al causante del mal a realizar los actos correspondientes, es decir, obligarlo a que él mismo retire al *čānem* puesto en marcha por él. Se habla de algunos casos en los que la intervención del *xon* más poderoso se inició demasiado tarde. Los indígenas se encuentran en peligro tanto mayor, ya que el *čānem* concluye su obra mortal en menos de tres días.

Más arriba (ver pág. 726) ya se mencionó bajo qué forma ofensiva se enfrenta a su víctima. Por lo tanto se puede considerar al *čānem* como la puesta en marcha de la fuerza destructiva más poderosa que el *xon* activa en sociedad con su *wáiyuwen*. En la Isla Grande hay varios de ellos. Se cree que su cantidad se corresponde exactamente con la de todos los *xon*. Cada uno de éstos, según dicen, tiene a su disposición un solo *čānem*, porque éste evidencia un efecto infalible.

γ. Cómo causa la muerte

El *xon* aún dispone de otro medio hábil para causar la muerte, que recuerda a la conocida magia analógica. Pues si planea la muerte de un adversario, entonces se preocupa por obtener cualquier

objeto de tamaño minúsculo, que haya pertenecido a la víctima. Le basta un cabello, un pedacito de cuero del abrigo de piel, una esquirla de la punta de flecha, un huesecillo del adorno, un hilo de junco correspondiente a la canastilla. Particularmente deseables son un cabello o un trozo de uña. En raras ocasiones es el *xon* mismo el que se procura estos objetos. O bien comisiona para ello a otro, o es el mismo comitente el que le trae lo necesario, junto con la comisión. Tales pertenencias se obtienen de la víctima elegida con total disimulo. Las mujeres dignas de confianza son más apropiadas para ello, y se prestan a estas sustracciones por consejo de los hombres. Se utiliza la oportunidad de una visita o la ausencia de la persona, para sustraer a escondidas algo que haya estado en íntimo contacto con ella.

Con un trozo de cuero blando, el *xon* hace una bolsita o un saquito de unos 3 cm² de superficie. Dentro de ella coloca el objeto obtenido; si se trata de un cabello largo lo arrolla cuidadosamente. El saquito se cierra fuertemente con una costura. Exactamente en el centro hace un agujerito y, a través de él, desde el lado liso, pasa un fino hilo de tendón trenzado. Algunos hombres opinaban que éste servía para sostener el saquito, otros en cambio veían representada en él la intención del *xon* de herir lo más íntimo de su víctima. Tanto la una como la otra interpretación tienen su justificación.

Con mucho secreto comienza su trabajo con el saquito. Desea, y está convencido de que todo lo que hace con el saquito sucederá de la misma manera a aquel individuo. Lo estruja y lo muerde, lo aprieta y tira de él, lo arroja al suelo o contra la pared de la choza, lo pisotea con ambos pies y lo hinca con el talón en la tierra, lo coloca en la ceniza caliente, lo expone repetidamente al humo y lo arrastra con la mayor lentitud posible a través de las llamas, lo pone por último sobre hielo y nieve o lo sumerge largo rato en el agua. Mientras hace todo esto, mantiene vívidamente en su conciencia la imagen de la persona: pues a ella es a quien quiere maltratar de la misma manera, atormentarla, debilitarla y cansarla, paralizar su resistencia y socavar sus energías vitales. Su intención es que quede totalmente agotada, y caiga al suelo exhausta de muerte. En el saquito descarga su odio más iracundo y su furor más desmedido. Por el hecho de haberse apropiado de un objeto perteneciente a ese individuo, éste queda a su merced, sin defensa alguna. El hechicero alcanza su meta escasamente en medio mes³⁴.

La gente tiembla ante acciones de esta clase intentadas por un *xon*. Con gran temor cuidan que los objetos que les pertenecen, sobre todo cabellos y partículas de uña, nunca caigan en manos de personas poco dignas de confianza. Por estas ideas dominantes, la gente se siente constantemente amenazada. Sin embargo, el poder y la maldad de los *xon* eran aún mucho más grandes en épocas anteriores. Los saquitos o bolsitas mencionados no tienen nombre propio. El *xon* los mantiene ocultos con escrupuloso cuidado; no permite verlos

³⁴ A las insuficientes afirmaciones de BORGATELLO (c): 63 y COJAZZI: 70 no se puede dar crédito.

nunca y se dedica a sus peligrosos quehaceres sólo cuando se sabe no observado.

Muy similar a esta forma de actuar es otra, para la que ni siquiera se necesita un objeto cualquiera que haya sido tocado por la persona en cuestión. En sus sueños, el *xon* elabora una pequeña cosa cualquiera; dicho de otra manera: en su imaginación concibe este objeto con la mayor concentración. Lo estruja, lo amasa, lo comprime, lo frota también con guijarros o palitos, como si el objeto fuera a ser totalmente disgregado. Al cabo de un tiempo, porque también cuando está despierto repite el amasamiento y el despedazamiento, este objeto es trasladado mediante el *yayátejn* al cuerpo de la víctima. Allí se asienta en un lugar adecuado y comienza con su obra destructiva, todo lo cual es observado continuamente por el hechicero.

En cierto sentido, este procedimiento es más ventajoso para el *xon*, pues no debe ocuparse en lograr los objetos adecuados provenientes del contacto con sus víctimas, y menos aún existe aquí el peligro de ser convicto por un tangible 'cuerpo del delito'. Pero el método exige un tiempo de espera más prolongado, para alcanzar la meta prevista. Un *xon* experto debe trabajar aproximadamente un mes, otro menos experimentado el doble de tiempo o más aún, según la fuerza particular de que disponga.

δ. Cómo causa daño a los presentes

Además de los dos métodos de actuación a distancia mencionados, el *xon* sabe también causar disimuladamente grave daño a alguien presente. Para ello no necesita ni el contado directo, ni tener un objeto que provenga de ese individuo; su presencia real, efectiva, es suficiente.

Hay, por ejemplo, varios individuos reunidos para comer. Si el *xon* observa entre ellos a su enemigo, levanta disimuladamente del suelo un guijarro minúsculo, o un palito, lo aprieta entre sus dedos, lo hace rotar y lo comprime con todas sus fuerzas durante unos diez minutos. Y luego, "mediante su poder de visión, lo introduce dentro de la persona" que en ese momento come algo. Eso sucede como si ese objeto le hubiera sido colocado directamente sobre el trozo de carne y fuera tragado junto con ésta por la víctima. Poco después, el hombre comienza a sentir un cansancio, primero liviano, y, al cabo de cierto tiempo, por fin, llega al agotamiento mortal.

A otro enemigo, que en ese momento coma algo de carne —es condición esencial que el *xon* pueda observarla—, le extrae con su *yayátejn* mucha sangre. Es como si se la chupara. Esta pérdida provoca el debilitamiento. La persona atacada nota un gradual decaimiento y muere sin haberse enterado de la causa exacta. ¡Se comprenden ahora los recelos de la gente, cuando hay sentado, en rueda con ellos, un *xon* poco digno de confianza!

Si varios hombres están reunidos en una choza, y si entre ellos hay alguno a quien el *xon*, también presente, tenga entre ojos, el *xon* espera pacientemente hasta que aquél salga al aire libre, a través de la

baja abertura de la choza. En ese momento, adopta en su fantasía una actitud tal como si fuera a disparar varias flechas contra el hombre que se aleja. Con su poder de visión las hincan profundamente en el cuerpo de la desprevenida víctima, la cual, poco a poco, siente un debilitamiento y a los pocos días cae muerta³⁵.

Este procedimiento es utilizado por el *xon* no sólo cuando quiere sacar de en medio a sus propios adversarios. Cualquier *selk'nam* que desee vengarse de su enemigo, se busca un *xon* complaciente, le señala la persona en cuestión y deja todo el resto en manos de aquél. Si el *xon* lo depide con la promesa: "¡Ya eliminaré a ése (enemigo)!", esto le basta, pues tales palabras son una garantía para él. Tarde o temprano, el *xon* cumplirá su promesa.

ε. Cómo utiliza su poder de visión

Por último, el *yauq̄tejn* alcanza en algunos pocos [hechiceros] muy poderosos una fuerza tal, que pueden matar a una persona valiéndose exclusivamente de él. Los juicios de mis informantes sobre este punto se diferenciaban muy poco. El *xon* se dedica a sus reflexiones y —mientras tanto— mira a su enemigo, repetidamente desde todos los ángulos, como si lo atravesara con la mirada. Esto es, como me decían, igual que si le hubiera disparado muchas flechas. Al cabo de pocos días, el individuo se desplomaba cansado, al borde de la muerte. Otros decían: "El *yauq̄tejn* se prolonga hasta aquella persona, atrapa su *kášpi* que trata de escapar revoloteando atemorizado por todo el interior del cuerpo, y lo estrangula hasta dejarlo moribundo; poco tiempo después, se acabó la vida."

Depende de la arbitrariedad de cada *xon* delimitar de alguna manera y por sí mismo el resto de vida que le quede al adversario o al enemigo, desde el momento de aplicar el daño mortal hasta la efectiva muerte. En parte desea solazarse con los desesperados esfuerzos de la víctima, y en parte también quiere evitar que las sospechas recaigan sobre su propia persona.

Entre los indígenas está generalizado el siguiente concepto: si el *kášpi* de un ser humano ha sido herido mortalmente por un *xon*, la disolución no se realiza inmediatamente. Por el contrario, primero se manifiesta cansancio, que aumenta poco a poco, hasta llegar al total agotamiento. Entretanto, pueden pasar días y semanas. No obstante, cada *xon* posee la facultad de causar la muerte inmediata de su víctima. Los indígenas se representan al *kášpi*, el alma, como un objeto viviente, que goza de gran movilidad dentro del cuerpo. Sólo él está sujeto a la muerte. Por eso, los *xon* tratan de atraparlo con su *yauq̄tejn*, e intentan estrangularlo o al menos herirlo tan gravemente como para que se

³⁵ L. BRIDGES narró esto en una carta del 11 de febrero de 1899 de la siguiente manera: "The Ona doctors profess to be able to see through a man and cause his death by putting an arrow inside him, which arrow he cannot see, but which nevertheless kills him by and by" (MM: XXXIII, 87: 1899).

desangre. El *káspi* trata de salvarse de la proximidad del poder de visión del *xon*, saltando rápidamente de un lugar a otro dentro del cuerpo. Pero no le es dado escapar fuera de los límites de éste, por lo que, a la larga, es atrapado y herido mortalmente.

La permanente intranquilidad y preocupación de la gente se basa entonces en las concepciones aquí relatadas, y está por cierto totalmente justificada. Por su parte, los hechiceros han contribuido mucho a que así suceda. Si, por ejemplo, había muerto una persona, en no pocas ocasiones un *xon* astuto se apersonaba secretamente a uno de sus propios amigos, cuya enemistad con el difunto le era conocida, y le decía: "¡A ése yo mismo lo maté!" Con tales informaciones, el *xon* fomentaba ciertamente su propia imagen, pero todo el gremio como tal se tenía que granjear así, a la larga, la grave desconfianza de la población. Y así sucede en realidad.

4. Su forma de actuar durante conflictos y guerras

Deben considerarse aquí las rencillas entre las familias o entre linajes pequeños, compuestos de gentes unidas por lazos de sangre. Muy a menudo son los *xon* mismos el motivo inmediato de una pelea. Si, por ejemplo, fallece una persona, la sospecha se dirige hacia un *xon* que, con sus secuaces, se hubiera mostrado enemistoso contra el fallecido. Si los parientes más próximos no se atreven a clamar abiertamente venganza, el *xon* los incita a ella y anima al grupo para que luche.

Por lo general el *xon* no debería dejar que las cosas llegaran a un extremo tal que uno de sus parientes fuera muerto por el enemigo. Su obligación es tomar a tiempo las providencias necesarias. Pero, no obstante, más de un *xon* logra ultimar a un individuo. Cuando se produce un caso de fallecimiento repentino, o cuando la víctima es un adolescente, los indígenas se excitan tremendamente y piensan inmediatamente que un *xon* ha sido el causante. "When a man dies suddenly or in the prime of life, the doctor of the party finds out by magic who killed him. The deceased's near relatives are told, and they hasten to be avenged on the supposed murderer by shooting him. Men who die of old age are not avenged" (L. BRIDGES, en MM: XXXIII, 87; 1899).

Respaldo por los parientes más próximos, el *xon* se asegura una buena cantidad de seguidores, cuando incita a la gente abiertamente contra su malintencionado colega. Rápidamente, y con gran decisión, se reúnen algunos hombres para llevar a cabo la campaña de la venganza. A menudo el *xon* utiliza, al margen de la habitual pintura facial, un adorno en la cabeza, que se parece a una diadema. Para fabricarlo, utiliza una franja de piel de zorro, de unos veinte cm de ancho, que se pliega a lo largo, de modo tal, que la superficie cubierta de pelo quede hacia afuera. Los bordes longitudinales se cosen entre sí y, en ambos extremos, se sujetan algunos hilos, mediante los cuales se ata alrededor de su cabeza el adorno, de un ancho aproxi-

mado de una palma. La costura longitudinal queda hacia arriba. Entre los puntos se colocan de ocho a catorce plumas de halcón, lo que convierte el adorno realmente en una diadema. Se dice que también se han utilizado las plumas de la lechuza grande³⁶.

Con la incitación a la venganza, el *xon* sólo ha dado el paso inicial de sus obligaciones. Ante todo deben averiguarse ahora los planes y movimientos del adversario. Acurrucado en el lecho, el hechicero se dedica al canto, llama a su *há'hmen* y lo envía a explorar el campo enemigo, provisto de recomendaciones especiales. Mientras espera su regreso, canta con voz excitada, fuerte, salvaje, bailotea rápidamente y en forma cada vez más desenfrenada alrededor del fuego de la choza, da también saltos en alto, reparte iracundos golpes a diestra y siniestra, y en fin, se comporta como si hubiera perdido los sentidos. Repentinamente cesa estas violentas exteriorizaciones y se recuesta en el lecho. Los cánticos se continúan bajo la forma de un suave susurro. Durante esos minutos, el *há'hmen* le informa de todas las observaciones efectuadas en el campamento enemigo, y después, el hechicero cae en un profundo sueño. El canto mencionado, que se efectúa por la causa descrita y que se repite también durante la lucha, se llama *há'hmen ke yéwin* (*yewin*) = la canción del *há'hmen*. Cualquiera *xon* lo interpreta sin modificación alguna.

Al despertar, el *xon* comienza a influir sobre los que lo rodean más de cerca. En la mayoría de los casos los incita a la lucha, pero a veces también desaconseja iniciar el combate. Me contaron que, en algunas oportunidades, ciertos grupos emprendieron la lucha a pesar de la resistencia de su *xon*, y cayeron vencidos, lo que aumentó su ascendiente entre la gente.

Aun antes de comenzar la lucha, el *xon* busca debilitar al enemigo mediante el *há'hmen*, que, a menudo regresa al lugar donde se halla el *xon* para informarle y recibir nuevas fuerzas. Por eso, el *xon* sigue con la mayor exactitud todos los movimientos y empresas del adversario. Así pues, cuando los hombres van al encuentro del grupo enemigo, porque así se lo aconsejó el *há'hmen* a su *xon*, éste debe tratar de lograr tanto más asiduamente el debilitamiento de los adversarios. Les causa un cansancio general: sus brazos pierden vigor, con flaqueza tensan la cuerda del arco, las flechas salen sin efecto y caen al suelo a escasa distancia. En los hombres mismos, el ardor bélico no quiere prender con suficiente vigor. Cuanto más poderoso es el *xon*, tanto más profundo es el debilitamiento que logra. Todo ello sucede mientras los dos bandos se acercan. Él mismo queda a veces en el campamento y observa desde allí el transcurso de la lucha.

En otras oportunidades, el propio *xon* sale en compañía de su grupo. Pero en este caso ya ha paralizado de antemano toda la fuerza del adversario, y por eso la lucha sigue el curso previsto. La salvaje ira del *xon* y su diligente actividad estimulan a sus seguidores.

De época reciente me mencionaron dos ejemplos de este tipo. TE-

³⁶ En el museo de los padres salesianos en Punta Arenas se guarda un adorno para la cabeza de este tipo. Esta pieza, excepcionalmente hermosa, la he reproducido en el volumen dedicado a tablas.

NENESK narraba cómo un día el administrador de una estancia ubicada junto al Cabo San Pablo, un dálmata, se acercaba a su campamento. El hombre tenía la intención de matar a varios perros de los indígenas, que habían causado mucho daño entre sus ovejas. Apenas los indígenas lo vieron, pusieron inmediatamente en antecedentes a su *xon*. El *xon* empezó a sonar, y mediante su canto encomendó varias misiones a su *há'hmen*. Sucedió entonces que aquel hombre apuntó con su rifle y trató de disparar; apretaba constantemente el gatillo, ¡pero las balas no salían! Así lo había dispuesto el *xon* con su *há'hmen*.

Cuando el propio TENENESK estaba aún en sus mejores años, fue atacado una vez por algunos blancos. Alcanzó a ver que uno de los blancos quería cargar su rifle con balas. Tuvo tiempo suficiente de enviar contra éste su *há'hmen*. Cuando el hombre quiso colocar las balas en la recámara, las balas saltaban fuera una y otra vez, como si el resorte interior no funcionara bien. Como todos los intentos fracasaron, TENENESK logró por fin liberarse y escapar a tiempo. Como afirmó enfáticamente, había enviado contra ese europeo un *há'hmen* muy fuerte.

Se cuenta que aproximadamente por el año 1900, se habían acercado dos grupos antagónicos. Eso ocurría al nordeste de Puerto Haberton. El grupo que provenía del norte era oriundo de la región junto al lago Fagnano. El *xon* que los acompañaba envió su *há'hmen*, que le contó, luego de su rápido regreso, que el enemigo ya se encontraba muy cerca y demostraba tener una gran superioridad, por lo que ellos mismos serían vencidos; al comienzo de las hostilidades, no más, caería el hermano de HALEMINK, e inmediatamente escaparían todos los demás hombres, dado el gran número de sus enemigos. Sin tapujos, el *xon* comunicó esta información a los que lo rodeaban. Algunos hombres decían: "Mejor nos retiramos a un escondite; ¡es preferible esperar una oportunidad mejor!" Pero el hermano de HALEMINK estaba más que nadie decidido a luchar. Con entusiasmo contagioso alentaba a los demás, y como proveniente de una sola boca se escuchó la resolución: "¡Lucharemos, y tal vez venceremos!". Tomada esta decisión, se siguió hablando y discutiendo mucho aún. El tiempo pasaba y algunos proponían otra vez retirarse. Mientras tanto, el enemigo se había acercado peligrosamente, y ya resultaba imposible evitar la lucha. Y así comenzaron las hostilidades. Efectivamente, el hermano de HALEMINK fue el primero en caer de entre sus filas, a pesar de que era sumamente fuerte y se había cubierto bien. Su muerte quitó a todos el valor y se retiraron. Perseguidos por el enemigo, muchos de ellos fueron todavía ultimados.

Otra información: hace algún tiempo, entre la gente del norte, dos grupos antagónicos se preparaban para la lucha. Mientras llevaban adelante sus preparativos, uno de los *xon* envió su *há'hmen* como explorador. Teniendo en cuenta las respuestas que traía cuando regresaba, el *xon* aconsejó a su gente desistir de la lucha. Pero el grupo mantuvo su primera decisión. Entonces, el hechicero les dijo: "En este caso trataré al menos de salvarme; ¡no os acompañaré!" Estas palabras irritaron más aún a algunas cabezas calientes, y lo apostrofaron de cobarde. Haciendo caso omiso, el *xon* se quedó en su choza.

Los demás salieron a la lucha, y ni uno solo de ellos regresó. Puesto que el *xon*, por consejo de su *há'hmen*, se había retirado, fue el único que sobrevivió.

Si algunos grupos de familias se reúnen para formar una hueste, los *xon* correspondientes aúnan también sus esfuerzos. Cada uno de ellos procura causar daño al enemigo aplicando el mismo procedimiento. Esta es una de las pocas oportunidades en que varios *xon* colaboran para alcanzar el mismo fin.

5. La facultad de influir sobre el tiempo

Los *xon* fundamentan poseer una verdadera facultad para modificar las condiciones del tiempo mediante referencias a determinados antepasados, entre los que se encuentran —de épocas recientes— *Moyā* y *Kaykóšl* (ver pág. 697).

La convicción que los indígenas tienen de su poder se basa en repetidas experiencias. En no pocas ocasiones el *xon* dice en son de advertencia a su grupo: "¡En el término de dos o tres días vendrá lluvia!" Prestando atención a este consejo, la gente cubre mejor sus chozas, sujeta los postes sueltos; las pieles que tal vez están extendidas al aire libre se ponen a buen recaudo. La tormenta se presenta en el momento indicado por el hechicero. Si una lluvia intensa ha durado mucho tiempo, la gente pide a su *xon* que la detenga, y éste les hace la firme promesa: "¡Pasado mañana vendrá buen tiempo!" Esto ya les causa placer desde ese mismo momento, y hacen sus planes para salir a cazar o de excursión. Las palabras del *xon* se cumplen con seguridad.

Para realizar este trabajo, los *xon* se abandonan a sus sueños y se ponen en contacto con el *wáyyuwen*. Pero nunca se observan ceremonias llamativas o movimientos determinados. No me fue posible determinar de qué manera específica opera su influencia sobre el tiempo en cada caso. Ellos mismos sólo decían que "un *xon* poderoso tiene la facultad de llamar a los vientos favorables, para que se lleven la lluvia o la nieve", y otras expresiones por el estilo. En otra oportunidad escuché decir que "cada *xon* mantiene buenas relaciones con los antepasados que tuvieron gran poder sobre el tiempo, y los invoca cuando entra en acción."

El efecto de la intervención es de diferente grado, según la intensidad de las facultades del *xon*. BORGATELLO (c): 64 dice que: "Il potere di esorcizzare il tempo costituisce una delle attribuzioni più importanti dei Kon, e varia di efficacia secondo il potere dei singoli stregoni" (ver GALLARDO: 341 y TONELLI: 116).

En este aspecto, los *xon* actúan ante todo por expreso pedido de la gente. Cuando pronostican la inminencia de mal tiempo, no debe desecharse la suposición de que, en este caso, tengan en cuenta su experiencia natural o una observación constante, sin que de ello sean realmente conscientes.

6. Conducta ante la mujer-luna

Este asunto es de una particularidad especial. Toda la gente tiembla ante la mujer *Krā* cuando ésta tiene un color rojo subido, porque así aparece cuando está en estado de ira desmedida. Ese color, que muestra abiertamente a todos, proviene de la sangre de las infelices víctimas devoradas por ella. Cuando se produce un eclipse de luna, la gente se siente no menos atemorizada, pues entonces se esconde para sorprender a algunos hombres y atraparlos para su comida³⁷. Por eso resulta sumamente difícil, jugarle una mala pasada a la mujer-luna, pues es una *xon* muy poderosa, y los hechiceros de la Tierra del Fuego buscan tener las mejores relaciones con ella. Según su aspecto exterior, el grado de su excitación es diferente. Si aparece de color rojo pálido, revela en parte su insatisfacción con el pueblo selk'nam, y, en parte también, su intención de enviar pronto una enfermedad general. Un color rojo subido es una señal que significa que la mujer-luna ha devorado nuevamente a un ser humano.

Cuando tales alteraciones en el aspecto de la mujer-luna se hacen visibles, todos los *xon* se aprestan rápidamente con el fin de enviar hacia ella sus *wáyyuwen*. En especial desean averiguar quién es la víctima que aquella peligrosa mujer ha elegido esta vez. En tanto que esto sucede, la mujer-luna mantiene su vieja costumbre de tapar con su amplio manto a la infeliz víctima, mientras la devora. La cubre de manera tal que, de todo su cuerpo, sólo se observan los pies, pues sabe que ahora se le aproxima una numerosa cantidad de *wáyyuwen*. Los *wáyyuwen* reconocen a la víctima por los pies, aún visibles bajo el manto, y regresan con la noticia. El infortunado individuo será cadáver en un plazo no mayor de dos años. No me fue posible aclarar totalmente estas ideas. Me decían que "la mujer-luna también puede ultimar a la gente, lo mismo que nuestros *xon* a través del *yayátem*. Si estos últimos (los hechiceros) han herido de muerte al *káspi* de alguno, ese individuo se consume lentamente y al cabo de cierto tiempo muere. *Krā* hace lo mismo, pero ella es más fuerte aún".

Pero de ningún modo la mujer-luna permite que esos numerosos *wáyyuwen* se le acerquen demasiado. En las épocas en que está excitada, debe contar con la presencia de varios *wáyyuwen*. Por esta razón coloca alrededor de su figura muchas varas largas, pero no puede impedir que los *wáyyuwen* se asienten sobre esas varas y observen mientras devora a su desgraciada víctima el tiempo necesario para descubrir quién es. Ella, sin embargo, trata por todos los medios a su alcance de dificultar todo lo posible la presencia de los *wáyyuwen* en sus inmediaciones. La gente cree que el terreno que la rodea es de una consistencia fangosa, como un tembladeral, comparable con las zonas pantanosas abundantes en la Tierra del Fuego. Las varas están en la superficie, pero a la menor carga se hunden. Consecuentemente, los *wáyyuwen* deben saltar de una vara a otra, en

³⁷ Algo similar informan AGOSTINI: 290, BORGATELLO (c): 68, GALLARDO: 349 y TONELLI: 117.

un constante vaivén, eligiendo siempre la que se encuentre suficientemente a flote, y abandonándola cuando se hunde. Me explicaron el mecanismo comparándolo con el pasar por un camino de troncos tendido sobre terreno movedizo. Eso significa pues que los *wáiyuwen* deben ballotear alrededor de la mujer-luna hasta que regresan a la tierra.

Las noticias que traen consigo son recibidas siempre con gran temor, porque contra las arbitrariedades de la mujer-luna no hay remedio posible. El hombre que ella devora muere sin perspectivas de salvación, e inevitablemente está perdido cualquier *xon* cuyo *wáiyuwen* sea consumido por ella. En ambos casos transcurren a lo sumo dos años hasta el fallecimiento de la víctima. Evidenciando un temor muy justificado, los *wáiyuwen* ballotean medrosamente en las cercanías de aquella mujer.

Apenas la mujer-luna cambia su color hacia el rojo, cualquier *xon* sabe que sus colegas envían hacia ella sus *wáiyuwen*, y se apresura a hacer otro tanto. Todos los *wáiyuwen* se encuentran allá arriba y saltan continuamente de una vara a la otra, hasta que a las pocas horas vuelven para informar con exactitud a su respectivo *xon*. Un *wáiyuwen* fuerte ciertamente puede ascender hasta donde está la mujer-luna en cualquier momento; pero es aconsejable elegir sólo las oportunidades en que ella se encuentra muy por encima del horizonte, es decir cuando se mueve alrededor del cenit. Las siguientes palabras parecían una seria advertencia a tener en cuenta, para tomar todas las precauciones del caso: "Si la mujer-luna está baja, cerca del horizonte, sea en el este o en el oeste, el *wáiyuwen* corre grave peligro si se acerca a ella".

Si las relaciones entre el hechicero y la mujer-luna son favorables, el *wáiyuwen* recibe siempre un obsequio durante sus visitas ocasionales, lo que se considera como testimonio de su amistad. La mayoría de las veces, ella le entrega una hermosa piel, un *kó'el* o un *pó'om*, y a veces también un atado de ramas o de pasto. El *wáiyuwen* recibe el objeto y lo lleva hacia su *xon*, que lo muestra a los que lo rodean. De todo ello los indígenas obtienen la plena conciencia tanto del poder de su *xon*, que puede enviar su *wáiyuwen* a distancia tan grandes, como de las favorables relaciones que mantiene con la peligrosa mujer-luna lo cual les resulta muy tranquilizador. El "ver, mostrar, observar" de los obsequios enviados por la mujer-luna debe interpretarse en el sentido de las representaciones de los *xon* en general: él mismo, con su *yayátem*, ve los objetos [interiormente], y, porque él lo dice, también los circundantes "observan" tales cosas a través de su creencia o por sugestión.

Pero cuando la mujer-luna se ha enemistado con un *xon*, no le entrega ningún regalo, sino, por el contrario, le arroja un pedazo de piel embebido en sangre. El *wáiyuwen* sabe interpretar acertadamente tal conducta, es decir, que allí arriba es mal visto. Deja el pedazo de piel donde haya caído, y regresa presuroso a donde está el *xon*. También él extrae de todo esto la conclusión de que la mujer-luna lo ve con malos ojos. De ahora en adelante se mueve con el mayor cuidado. Un

xon caído en desgracia es devorado por la mujer-luna al poco tiempo.

A pesar de ello, aparentemente la mujer-luna debe aceptar algunas limitaciones en su conducta arbitraria, limitaciones éstas impuestas por un *xon* muy poderoso. Como me contó TOIN, en 1922 el viejo TENENESK había enviado nuevamente su *wáiyuwen* a la mujer-luna. Pero ésta no sólo lo trató mal, sino que, además, lo mandó de regreso sin obsequio alguno. El viejo consideró esto como una ofensa y decía para sí: "¡Ya me pagará por esto!" Al cabo de un mes, aproximadamente, equipó a su *wáiyuwen* con gran esmero y cuidado, y armó a su *yauñteym* con muchos poderes, todos los cuales podían ser disparados a la manera de flechas. Apenas la mujer-luna se percató de la presencia de este *wáiyuwen* tan fuertemente equipado, se mostró muy amable y le entregó algunos obsequios muy bonitos para el *xon*. TENENESK habló con gran orgullo de su éxito ante toda la gente de su linaje.

Probablemente sólo son las ventajas exteriores lo que lleva a todos los *xon* a tratar de vivir en buenas relaciones con la mujer-luna. La mitología no ofrece ningún justificativo para una relación mutua más estrecha. "¡Así como cada *xon* se cuida y trata de evitar rencillas con su colega poderoso, también trata de hacer otro tanto con la mujer-luna, que es extremadamente peligrosa!" Por regla general, el *xon* se queda a solas en su propia choza, dedicado a sus cánticos y a sus sueños, cuando envía su *wáiyuwen* hacia la mujer-luna.

En comparación con la mujer-luna, se considera al hombre-sol *Krān* como un *xon* mucho más poderoso. La relación de los hechiceros con éste es la de una reserva extremada y reverente. En casos aislados, también él monta en violenta cólera contra los hombres, lo que expresa a través de un subido tono rojo o por un eclipse. La gente se acurruca llena de temor en sus chozas y espera los acontecimientos en total silencio. Nunca, empero, los *xon* enviarían su *wáiyuwen* hacia él, "porque se quemaría, ¡tan poderoso es el hombre-sol!"

7. Pruebas de fuerza especiales

Por cierto que no es cuestión de ejercicio profesional, si, de vez en cuando, el *xon* presenta a los que lo rodean alguna hazaña extraordinaria; pero ello está destinado a aumentar el prestigio de la propia imagen. Para evitar cualquier malentendido, señalo expresamente que las pruebas aquí descritas tienen un indudable carácter de realidad, estas pruebas de fuerza son hazañas comprobables objetivamente. Los indígenas mismos diferencian con indudable claridad tales pruebas del actuar específicamente profesional de los hechiceros mediante su *wáiyuwen*, *yauñteym*, *há'hmen*, etc.

Durante las "pruebas de fuerza" sólo se manifiestan la habilidad y destreza, las facultades puramente humana del *xon*. Tales hazañas se llaman simplemente *kaym āken kar āličen* = llevar a cabo algo especialmente hermoso, lo cual es sólo una expresión de carácter general.

Una prueba muy apreciada también en épocas anteriores fue repetida hace poco por el viejo ADAM³⁸. Colocó dos o tres flechas, puestas muy cerca una de otra, con la punta de piedra sobre el hombro, a escasa distancia detrás de la clavícula. El indígena empujó las tres flechas —al mismo tiempo—, lenta pero firmemente de modo tal, que las puntas atravesaron la carne y salieron nuevamente entre las costillas, hacia el lado de la cadera. Otro hombre le ayudaba a guiar desde atrás las flechas, tironeando suavemente de ellas. Por lo tanto, las flechas atravesaron en toda su longitud la región clavicular y dorsal superior. Sólo muy raras veces fluía un poco de sangre. Esta prueba se consideraba más o menos como la prueba máxima en sí.

De algunos *xon* de épocas anteriores se dice que se paraban con ambos pies en un fogón cubierto de brasas de carbón de leña; sólo por breves intervalos levantaban uno u otro pie, cada tanto, apoyándolo después nuevamente. No se producían heridas por quemaduras. Otros se ponían con los dedos un gran trozo de brasa de carbón en la palma de la mano, cerrando luego los dedos en forma de puño. Al menos un minuto mantenían la mano así apretada, sin que luego se observara daño alguno al abrir nuevamente los dedos.

Las siguientes muestras de habilidad, dadas en número mucho mayor de casos, no llamaban tanto la atención. A través de los músculos del brazo o de la pierna, mantenidos flácidos, se hace pasar una flecha, desde la cara interior hacia la exterior del miembro, de modo que aquélla atravesase el miembro desde la punta hasta las plumas. A veces, por ejemplo, después de un buen éxito durante la cacería, el *xon* elegía a un hombre cualquiera del grupo, aplicaba al hombro de éste la punta de una flecha, y la hincaba lentamente en el cuerpo del hombre, hasta que emergía por la espalda. Durante este proceso, la persona no sentía dolor, ni fluía sangre. Esta hazaña se consideraba como mérito del *xon*.

Por la mera presión de la mano, alguno que otro hechicero lograba que le manase mucha sangre del cuello y corriese por el cuerpo. Este flujo se detenía a voluntad. Una vez limpiados los coágulos, no se observaban ni heridas ni cicatrices.

Un poderoso *xon* de épocas pasadas había sido vencido por su adversario en la lucha. Su derrota le causó una extraordinaria vergüenza, pues su imagen, su reputación, había sufrido tremendo daño entre todos. Para recuperar su prestigio, hizo "aparecer su *çânem*": junto a la clavícula, y por debajo de ésta, surgió repentinamente mucho pus, como si se hubiese punzado un gran forúnculo. El *çânem* apareció como pus amarillo-verdoso. Los que lo rodeaban no podían creer lo que sus ojos veían.

Tales pruebitas también pueden ser ejecutadas en perjuicio de otros. Solamente con pasar suavemente la mano por el vientre, un *xon* podía causar la esterilidad permanente de una mujer. Cuando una perra estaba en trance de tener cachorros, pero el propietario

³⁸ Este indígena de enorme talla, conocido ampliamente, debe haber muerto alrededor de 1915. BORGATELLO (c): 177 lo ha retratado.

del animal no deseaba en esta ocasión una camada, llamaba a un *xon*. Éste frotaba el vientre suavemente con la mano, y lograba que los cachorros ni siquiera nacieran, o nacieran todos muertos.

El hechicero cura, ocasionalmente, también a un perro enfermo. Puesto que tal animal es sumamente valioso para el indígena, lo lleva rápidamente al *xon* cuando su estado permite diagnosticar serias perturbaciones. Según el mismo método válido también para los seres humanos, se extrae el *kwáke*, que debe haber sido enviado por otro *xon* malintencionado, que de esta manera quiere enojar o causar daño al dueño del animal³⁹.

Ya se cuenta entre las hazañas de menor valor lo que una noche nos mostró TENENESK. Después de haberse descubierto totalmente el torso y los brazos, puso tres guijarros del tamaño de una cejeza sobre la palma de la mano derecha extendida. Con los ojos fijos rígidamente sobre ellos, exhaló repentinamente un golpe de aire —como un soplado—, abrió alegremente los ojos y los guijarros habían desaparecido de la mano totalmente inmóvil. Todos sacudían la cabeza, sorprendidos. El viejo repitió el juego. Esta vez observé más detenidamente aún, pues yo mismo había recogido los guijarros del suelo y se los había puesto en la palma de la mano, y otra vez realizó el mismo juego con idéntico resultado. No había posibilidad alguna para actos de prestidigitación o engaño.

En casos aislados, también los *xon* femeninos estaban en condiciones de realizar tales pruebas. INXIOI contaba acerca de su madre, que era una *xon* muy solicitada: "Cuando los vecinos se habían reunido, y mi madre quería darles un entretenimiento especial, se preparaba para realizar una prueba. Se despojaba de todas sus vestimentas excepto del cubresexo, extendía totalmente un brazo, primero uno, luego el otro, y dejaba que alguien pusiera sobre la palma de la mano dirigida hacia arriba algunos objetos pequeños: como conchas de caracol, guijarros, palitos, hongos *Cyttaria*, etc. Sin realizar el más mínimo movimiento, fijaba solamente la mirada con rigidez en esos objetos y éstos desaparecían repentinamente. A veces dejaba caer el brazo, a veces no lo hacía, pero todos estos objetos volvían a estar sobre su mano extendida al cabo de poco tiempo. Para eliminar desde el inicio cualquier sospecha, en cada caso se descubría totalmente el cuerpo, dejando puesto sólo el cubresexo".

Como prueba de fuego para un *xon* se considera la hazaña de provocar la varadura de una ballena. En épocas antiguas había algunos hombres a quienes se atribuía esta facultad, pero, de los últimos decenios no me supieron nombrar a nadie⁴⁰. De un *xon* de épocas pasadas se cuenta que un día, manifestó —extrañamente— ante su grupo: "¡Pronto me matarán en la playa!" Señaló la región del Cabo Po-

³⁹ Yo también (ver pág. 682) he encontrado la creencia mencionada por GALLARDO: 299, de que "entre los zorros hay doctores que tienen el poder de mandar enfermedades a los perros y hasta de hacerlos morir".

⁴⁰ En los últimos años, y por una explotación mucho mayor, la cantidad de ballenas ha sufrido una sensible merma. Hoy es muy raro que uno de esos monstruos marinos sea arrojado a las playas fueguinas. Los indígenas lamentan muchísimo esta merma, sin conocer empero la causa real.

licarpo. "Bien sé quién me matará. Sin embargo, haré que al cabo de un mes, y en el mismo lugar, sea arrojada a la playa una ballena grande." Poco tiempo después, y tal como lo había dicho, ese *zon* murió repentinamente. Y, en efecto, al cabo de un mes varó junto al Cabo Policarpo una ballena excepcionalmente grande. La gente se alegró mucho y se acordó de lo que aquél había pronosticado.

Sea cual fuere la forma en que se pretenda interpretar las pruebas mencionadas, yo mismo no me siento capaz de ofrecer una explicación satisfactoria. Sólo quisiera repetir que no hay razones para dudar del valor de verosimilitud de esas pruebas y actos de destreza producidos por los *zon*⁴¹. Hablar de engaño intencional es, como ya se ha dicho varias veces, muy cómodo, pero seguramente injusto frente a los hechiceros mismos.

8. La retribución para los hechiceros

Resulta extraño lo que BORGATELLO (c): 62 afirma respecto del *zon*: "Egli si fa però pagar bene il suo lavoro." Según la concepción que cada *zon* tiene de su actividad, la ejerce como una obligación, pues tales cuestiones le competen simplemente. Nunca es guiado por la esperanza de una retribución por sus servicios, sino por el deseo de ayudar a sus parientes y amigos, de serles útil. La errática vida nómada de nuestros indígenas no permite una acumulación de bienes, que en realidad significarían para ellos una carga muy molesta.

En casos muy aislados, alguien hacía llegar al *zon* que le había hecho un favor, un obsequio, como armas, un manto de pieles, un trozo de piel, un bolso de cuero, un trozo de pedernal. Pero esto sucedía siempre con gran reserva, pues el dador no podía revelarse como comitente o cómplice del *zon*. No existía ningún tipo de obligación para efectuar una contraprestación bajo la forma de obsequios.

Este estado de cosas arroja una luz muy favorable sobre la verdadera seriedad y el contenido de verosimilitud de la forma de trabajar de los *zon*. No es la codicia lo que los impulsa, pero sí muchas veces la ambición.

Debo rectificar una información insostenible de BORGATELLO (c): 63, quien escribe que, diagnosticada una enfermedad incurable, "il Kon è infalibile profeta, perchè se l'ammalato no muore da sè, in poco tempo, è ucciso dal Kon stesso che lo strangola abilmente, oppure qualche membro della famiglia per consiglio del Kon, allo scopo di alleviargli i dolori." Nunca se practicó el estrangulamiento de un miembro de la familia. Esto no sólo me lo confirmaron BRIDGES y las vivas protestas de los mismos indígenas, sino que las reglas sociales de éstos excluyen por principio el asesinato de un pariente. Quien deseaba matar a un enemigo, se servía de la ayuda secreta de un *zon* digno de confianza. La víctima casi siempre pertenecía a otro grupo familiar.

⁴¹ Dejo de lado las contradicciones en que incurre COJAZZI: 69 al referirse a las habilidades aquí mencionadas.

Un acto de este tipo estaba siempre gobernado por la sed de venganza. Cuando los parientes que habían sufrido el daño se enteraban del verdadero estado de cosas, se exigían castigos mediante asaltos y guerras. También llama la atención que ningún otro misionero, excepto BORGATELLO y BEAUVOIR (b): 209, mencione el estrangulamiento de los parientes gravemente enfermos. El padre ZENONE me señaló sin limitación alguna que él mismo nunca había observado indicio alguno de esta supuesta costumbre⁴².

Por último no quisiera descartar que los *xon* aprovechen para sí su saber natural, la observación de la naturaleza, y una experiencia diaria, para realizar sus obligaciones profesionales, pero esto no lo hacen por viveza mañosa, sino más bien por sensibilidad y compenetración inconsciente de todo lo que sucede alrededor de ellos y por combinación de tales vivencias con sus imágenes fantasiosas.

d. Determinación y preparación de los que tienen vocación

Sólo muy raras veces una aptitud especial para la profesión de *xon* se manifiesta en forma directa ya en los años de la niñez. Las niñas nunca han sido seleccionadas a tan temprana edad para aquella profesión. Como regla puede decirse que alguien deja entrever su inclinación hacia la profesión de *xon* con la suficiente claridad sólo después de concluidos los años de la adolescencia, y las mujeres más tarde aún.

1. La vocación

La decisión en la elección de la profesión proviene, en cada caso, del propio aspirante. Nunca se ejerce presión sobre él, y tampoco se conoce algo así como una verdadera elección, como lo sería, por ejemplo, la cuestión de la sucesión en los casos de caciquismo bien desarrollado. No es necesaria la pertenencia del *xon* a determinado grupo familiar; cada uno de ellos posee, de hecho, un hechicero, y a veces hasta un segundo y tercero. Por lo tanto no sería nada grave si un linaje más o menos grande no poseyera, durante varios años, un hechicero ligado a él por lazos de sangre; pues en la vecindad cada uno puede buscar ayuda y curación, según sus necesidades. Ninguna persona es comisionada por la comunidad para ejercer el oficio de *xon*, ni puede hablarse entre los *xon* de nuestros selk'nam de una iniciación en la profesión determinable en el tiempo y rodeada de solemnidades especiales⁴³.

⁴² AGOSTINI: 290 probablemente sólo repite las afirmaciones de aquellos dos misioneros, pero no cita experiencia propia. Véase mi posición al respecto en página 452.

⁴³ Las afirmaciones contrarias de TONELLI: 122 se basan probablemente en averiguaciones insuficientes o inexactas, o en informaciones poco fidedignas.

a. Vocación extraordinaria

Con toda razón se considera una vocación extraordinaria si en la primera juventud algún muchacho ya proporciona "por sí mismo" algunos indicios de su aptitud para la profesión de hechicero. Esto sucede muy raras veces, por lo que la gente se asombra mucho a causa de la predeterminación de ese muchacho, y espera algo especial del actuar posterior de éste.

Esa vocación se reconoce porque el muchacho canta repetidas veces durante el sueño, o también durante el día. En jornadas siguientes, este canto se repite también en estado de semisueño, o mientras está en la choza en cuclillas junto al fuego, o mientras vaga por el bosque. Se notan en él períodos de autoabandono, olvido de sí mismo en los que parece perdido en sueños. Cualquiera que llegue a verlo, dice: "¡Este será un *zon*!"

Por suerte pude observar directamente un ejemplo de convocación de este tipo. Unas pocas semanas antes de mi llegada al campamento de los indígenas, o sea a comienzos de 1923, la gente había observado cómo el nieto de MINKIOL cantaba a menudo y por largo rato en sueños. Más tarde lo hacía también en un estado en que se le creía despierto. Todos los presentes coincidían: "Este chico promete llegar a ser un poderoso *zon*. Toda la fuerza de MINKIOL pasará a él, pues con tan pocos años ya canta". También a mí me llevaron disimuladamente a su cercanía. Yo sólo escuchaba su canto apagado, monótono, que carecía de la más mínima variación. Mostraba en cambio un leve crescendo y disminuyendo rítmico. Esto duró una buena hora. Interrumpiendo repentinamente su canto, el muchacho volvió prácticamente en sí, como si hubiera despertado sobresaltado de un sueño.

Tenía unos ocho años de edad. No se observaba en él nada enfermizo o anormal, ningún signo de enajenación mental o irritabilidad nerviosa. Por cierto era muy retraído en sus juegos con otros chicos. Debo juzgar su conducta como de un entorpecimiento algo tímido; pero dudo de que esto me hubiera llamado la atención si no hubiera conocido su historia y su estado anímico. En la vida diaria, sobre todo en el seno de la familia, se había tratado hasta entonces al muchacho sin particularidad alguna. Pero desde entonces, los adultos respetaban instintivamente la vocación a la profesión de *zon* que manifestaba. Lo hacían a través de cierta actitud reservada hacia el muchacho. Quisiera creer que si un ser humano se ve impulsado finalmente a un aislamiento casi total, este autodesarrollo obligado debe llevarlo indefectiblemente a ser un sujeto original.

Si el padre o el pariente más próximo, con quien un muchacho así convive, es él mismo un *zon*, influye entonces sobre él con su propio actuar. No se conoce un adiestramiento planificado. El novicio sólo observa al viejo maestro, presta atención a las eventuales manifestaciones de aquél sobre su particular forma de actuar, y observa el trato del maestro con su *wáiyuwen*; mira lo que hace durante las curaciones de enfermos o los exorcismos del tiempo, y, en una palabra, lo acompaña en todas sus obligaciones profesionales. El candidato só-

lo aprende porque mira como actúa el maestro, es decir, copia el procedimiento de éste. El muchacho mencionado más arriba muy pronto se mudó a la choza de TENENESK, ¡para aprender junto a éste!

Pero un pariente nunca intentará apartar de su profesión a un muchacho claramente destinado al ejercicio de la función de hechicero. Nadie desconoce que ni el uno ni el otro pueden esperar de esa función ventajas exteriores; pero se consuelan pensando que la convocación se realiza de una manera "extraordinaria", a la que el elegido no puede sustraerse. En este tipo de elección, el mismo espíritu de un *xon* fallecido ha tomado directamente la iniciativa, pues él fue quien ha buscado con suficiente anticipación y por decisión libre un sucesor para su *wáyyuwen*.

β. Vocación disimulada

Por decir así, existen varias diferencias que caracterizan a una vocación disimulada. Aquí es el deseo del aspirante individual el que actúa, de alguna manera, como determinante sobre el espíritu de un *xon* emparentado con él, del que quiere apropiarse y que se le acerca al cabo de variados esfuerzos o largas esperas.

Suponiendo que el propio padre ejerza la profesión de *xon*, solamente el ejemplo de éste despierta inconscientemente también en el hijo un cierto placer por la misma actividad. El padre se abstiene totalmente de incitarlo o animarlo, puesto que para la aptitud y la vocación son decisivas ciertas influencias que nadie puede forzar. Al principio sólo es la actividad exterior la que incita a la imitación; pero poco a poco se despierta también el gusto por tal actividad. Sólo entonces el joven se ocupa también mentalmente de ese nuevo destino de su vida. Sigue pasando el tiempo, y ha despertado en el muchacho un deseo más intenso, que lo lleva inconsciente y gradualmente a iniciar su canto. Si ahora, por ejemplo, aparece en los sueños del muchacho un *xon* emparentado con él, que se le muestra amable; si, además, invita al soñador a unirse a él, y si, en períodos subsiguientes, su imagen aparece con mayor frecuencia y vivacidad, tales fenómenos se interpretan en parte como aptitud, en parte como vocación. Los que lo rodean le asignan este sentido determinado, indudable, y la sensibilidad autosugestiva del mismo muchacho está ya dispuesta para todo lo que sigue. El novicio se muestra más pensativo, y concentrándose en sus propias vivencias anímicas, se hace más y más introspectivo. Pasa muchas horas dedicadas a la meditación, en las que permanece en total inmovilidad dentro de su propia choza o en sitios tranquilos del bosque. Preponderantemente sigue reflexionando sobre las últimas imágenes que tuvo en sueños. Reaviva en su memoria continuamente la ya querida imagen del *xon*, y entre ambos se cumple ahora un intenso intercambio de comprensión mutua y de estrecha colaboración. El candidato es cada vez más sensible para las sutiles emociones de su alma, cada vez más sagaz en su comprensión del mundo

de los sueños. Pero con ello se facilita la apropiación de la imagen, vivamente deseada, del *xon* fallecido, su amigo.

Estos esfuerzos dedicados a la interiorización pueden durar meses. Por último, expresa ocasionalmente una vivencia especialmente fuerte: "En sueños he visto a mi pariente (dice el nombre de éste), ¡él será mi *wáyyuwen*!" Con más intensidad aún continúa dedicándose a su reflexión concentrada. Evita cuidadosamente cualquier distracción exterior, se mantiene muchas horas diarias inmóvil y silencioso sentado en su lecho, ocupado con aquella imagen de sus sueños. Muy a menudo se abandona gustosamente al canto, y dice por último: "El *xon* me ha dado su canto".

Ahora sólo falta la otra cosa necesaria, es decir, la facilidad de pasar, en el tiempo más breve posible, del estado de conciencia a las representaciones en sueños. "¡Ahora debo seguir trabajando, para lograr que el *wáyyuwen* acuda rápidamente cuando yo lo deseo!" Por esta razón, el novicio sigue dedicándose también en lo sucesivo a sus fantásticas visiones y meditaciones. Se esfuerza realmente, se obliga a sí mismo, para producir en su imaginación cada vez con mayor vivacidad la figura de su sosias, para sentirse en un intercambio directo con él, para perder la propia conciencia en favor de la del otro. La autoflagelación o las torturas no se usan, pero, en su lugar, el candidato busca durante varios días la quietud de un riguroso aislamiento y, en esos casos, apenas toma algo de alimento. También me decían que "un candidato así, con su esforzada reflexión, mantiene alejado por muchos días el sueño nocturno. Para no ser vencido por él, ¡se coloca en su lecho en posición erguida, en cucullas!" Por último se debe producir una vivencia conmovedora, y el novicio dice: "¡Ahora ha llegado el *wáyyuwen* que he deseado!"

Pero no han faltado individuos que han tenido que abandonar sus esfuerzos "porque el *wáyyuwen* deseado no se presentaba". Así pueden pasar de dos a cinco años desde que comenzó la preparación, para que un novicio pueda iniciar la verdadera actividad profesional, que comienza siempre en el círculo de sus parientes más cercanos, quienes luego refieren a sus vecinos las cualidades que posee.

Con firmeza me manifestaron que sólo puede llegar a ser hechicero quien haya tenido entre sus antepasados un *xon*. Con esta condición empero cumple —probablemente— cualquier *selk'nam*. Sin embargo el verdadero carácter hereditario de la profesión del *xon*, del que hablan DABBENE (a): 74 y TONELLI: 122, no existe. La festividad del *Pešére*, durante la cual ciertamente se procura obtener nuevos candidatos para la profesión, aunque en primer lugar está destinada a ser una asamblea festiva de los *xon*, se describirá en detalle más abajo, incluso en todo su desarrollo (ver pág. 762).

2. La preparación especial

Si el aspirante recibe la confirmación de su aptitud para ser hechicero, porque el *wáyyuwen* de alguno de sus mayores se le ha asocia-

do por primera vez en una vivencia interior, entonces esta autoconciencia le causa gran alegría y satisfacción. De ahora en más se sabe al servicio y en dependencia de aquel espíritu, con el que procura conformar relaciones cada vez más íntimas. El tiempo dedicado a ello lo considero como una preparación más directa del aspirante para el ejercicio efectivo de la profesión de *xon*.

a. Adaptación profundizada

En el desarrollo del aspirante se produce un profundo cambio a partir del día en que por primera vez resulta consciente del *wáyyuwen* actuante en él. Los esfuerzos que continúa haciendo tienen, a partir de entonces, la finalidad de lograr una compenetración más profunda en la nueva relación recién comenzada con el espíritu de aquel *xon* fallecido. La gente dice: "Ahora debe trabajar mucho y soñar mucho tiempo, y en lo principal cantar ininterrumpidamente, para que su *wáyyuwen* se presente más a menudo y permanezca más tiempo con él." En realidad eso significa, ni más ni menos, que el candidato se recoge aún más a meditar, evita cualquier distracción causada por lo que lo rodea, se dedica en silencio y soledad a su propio Yo, dominado exclusivamente por el único pensamiento dedicado al *wáyyuwen*. La gente dice que "comienza a trabajar con su *yauñteyn*, hasta que también tiene la visión de lo que ocurre lejos." El propio poder de visión espiritual debe aumentar a tal punto, que el novicio esté en condiciones de percibir el *wáyyuwen* de otros *xon*. Al poco tiempo intenta entrar en comunicación con ellos. Alcanzados también estos progresos, se propone observar los efectos de sus fuerzas a distancia, logrados mediante el *yauñteyn*.

En esta época de preparación directa, el novicio recibe a menudo instrucciones de un especialista ya establecido. Este le dice, por ejemplo: "Sigue trabajando, hasta que observes mi propio *wáyyuwen*." El principiante pasa de cuatro a diez semanas dedicándose con todos sus esfuerzos a la tentativa de lograr la meta indicada. Más adelante, habla con el maestro acerca de su éxito, y éste le contesta por lo general: "He visto a tu *wáyyuwen* cuando se acercó al mío. ¡Ahora esfuérzate en alcanzar también a otros!" De este modo, el candidato logra poco a poco familiarizarse con todo el procedimiento. Una cierta instrucción por parte de un conocedor avezado —que está lejos de ser un adiestramiento metódico, sino que se limita a unas pocas indicaciones— debe existir, porque de lo contrario no podría explicarse en modo alguno la total y exacta coincidencia en materia de procedimientos que han alcanzado los *xon*. Cada candidato realiza por sí solo los esforzados ejercicios.

No falta por cierto una finalización para el período preparatorio, lo que, de algún modo se puede observar, pues éste concluye junto con la transformación de todo el interior del cuerpo del candidato. Éste no necesita comunicar nada de eso a los demás *xon*, puesto que éstos han observado exactamente todo su devenir. Todos ellos

saben —sin necesidad de referirse concretamente al hecho— que sus filas han sido aumentadas en un nuevo miembro del gremio, y que a partir de ahora habrá que contar con él. Todo esto se realiza mediante conocimiento autosugestivo.

β. Pruebas individuales

Pero el novicio no es liberado totalmente de la instrucción proporcionada por el viejo maestro, al menos no públicamente, aunque en su vida privada puede mantenerse completamente independiente. Aún debe rendir pruebas individuales de su propio saber. Tuve la impresión de que esas pruebas se han convertido en algo así como una obligación general. Al menos ninguno de los *xon* que comienzan a ejercer pueden rehuir las, porque la envidia y los celos de algunos colegas velan estrictamente por el cumplimiento de estas obligaciones.

Por regla general, se comienza alejando lo más posible un objeto mediante el *yauq̄tejn*. No se celebra un acuerdo especial entre los dos hombres (maestro y novicio) para la realización de esta prueba, pues los *xon* observan fácilmente el quehacer de cada uno de sus colegas con su ojo espiritual. El procedimiento tiene un estricto carácter visionario, o sea que se realiza exclusivamente en el mundo imaginario. El novicio quiere rendir una prueba del alcance de su poder de visión. Toma en su mano un pequeño objeto y la cierra. Un tiempo observa rigidamente su mano, la abre muy lentamente, y "arroja con la visión" lo más lejos posible al objeto, tan lejos como alcanza su *yauq̄tejn*. El otro *xon* busca generalmente adelantarse a ese objeto, y vence a su adversario por su mayor velocidad. Pero también puede ser intención del maestro acercarse lentamente al objeto arrojado por el alumno, y que está en alguna parte. Llegado al lugar en cuestión, lo toma con su *yauq̄tejn* y lo trae de regreso al lugar de partida. El novicio se da cuenta entonces que ha sido vencido por la magnitud del saber de su maestro.

A veces, la iniciativa parte del anciano maestro en persona, en cuanto éste toma un objeto para arrojarlo a gran distancia. Ahora es el novicio el que procura salvar con su *yauq̄tejn* esa gran distancia. Siguiendo el rastro del objeto arrojado, se esfuerza en alcanzar el lugar donde ha quedado. Al principio es difícil que alcance al objeto, tanta es la distancia a que ha sido arrojado por un *xon* capaz. Pero, para demostrar la longitud del camino recorrido por él mismo, el *yauq̄tejn* tal vez traiga consigo una rama o una piedra que el objeto arrojado haya tocado en su recorrido, contra el cual haya rebotado, o con el que se haya rozado⁴⁴. ¡Ciertamente se le asignan características muy humanoides!

Pero si el candidato alcanza con su *yauq̄tejn* el punto donde se encuentra el objeto arrojado por su maestro, lo golpea fuertemente

⁴⁴ Estas palabras denotan la particular concepción de los indígenas, en el sentido de que aquel poder de visión de los hechiceros, extraído de su cuerpo, se comporta de igual manera que cualquier ser material.

con los pies, o pisotea con estrépito el lugar en cuestión. Con esto quiere lograr que el poder de visión del maestro también se traslade nuevamente a ese lugar, donde él mismo se queda sentado en el suelo, esperando. Ambos se encuentran en ese sitio, y el novicio ha sido aprobado en el examen. Pero, en lugar de eso, el aspirante puede recoger por sí mismo el objeto, y llevarlo consigo hasta donde está su propietario. Sin embargo, el viejo *xon* tal vez determine ahora que se ha traído una piedra, o un palo, o un hueso, o un trozo de piel totalmente común, pero no el objeto arrojado por él. Esto significa que el *yauá-teru* del novicio ha perdido el rastro, no obtuvo ni identificó al objeto deseado, y con eso evidenció no haber alcanzado el objetivo propuesto, venciendo la distancia necesaria. La decepción del aspirante no es poca, cuando se le declara culpable de tal error. Pero en ello reconoce la limitación de sus propias facultades, y valientemente se dispone a realizar nuevas pruebas de fuerza. Por otra parte, al maestro no le queda más remedio que ir él mismo —es decir, va su fuerza—, a buscar el objeto y traerlo del lugar en que cayó.

Tales pruebas de fuerza las ejecutan, ocasionalmente, los maestros competitivamente. Ambición y celos, también sed de venganza u orgullo herido, son muchas veces los motivos que los impulsan. Al novicio, en cambio, no le queda más remedio que seguir soñando, y aumentar con el canto sus fuerzas. Esta prueba se llama simplemente *xon ke yān* = la flecha del hechicero, porque el misterioso objeto es arrojado por el *yauá-teru* de éste a la manera de una flecha que pasa en raudo vuelo.

Otra prueba, de tipo similar, es denominada *xon ke čānem* = la fuerza del hechicero. Mediante el poder mencionado, el hechicero es puesto en condiciones de inflarse a sí mismo de modo tal que alcanza un volumen considerable. Cualquier mal que le sea enviado por otro *xon* mientras se encuentra en este estado, no puede acercarse a él ni penetrar profundamente⁴⁵. Si se trata de proteger a otra persona de los ataques de un *xon* malintencionado, entonces ese bulto inmenso se coloca entre el *xon* enemigo y la víctima de éste. El *xon* salvador cierra literalmente el camino al *xon* malevolente. Lo importante de ello —y aquí se evidencia el poder de un hechicero en el pleno ejercicio de su función— es que el *xon* reconozca la intención del colega enemigo y él mismo se hinche notablemente “poniendo en juego” toda su fuerza. Lograda esta hinchazón, el hechicero se ubica transversalmente, y aparece como un bloque enorme de piedra, o como una elevada colina, a veces también como animal, y, en la mayoría de las oportunidades, como un guanaco gigante. Mantiene la típica posición de este animal al pastorear, con la cabeza tocando el suelo. Parece ahora una pared, la que el mal arrojado por el adversario no puede penetrar, y menos aún atravesar.

⁴⁵ El indígena coloca el asiento de la energía vital en el interior más profundo de la persona. Mientras cualquier influencia maligna proveniente del exterior no penetra con suficiente profundidad en el interior, no se produce daño alguno, porque —por así decirlo— no alcanza el punto central de la vida.

En sus sueños, el *xon* ya establecido ve entonces un bulto así, que está en alguna parte, y cierra el camino a los demás. Sólo si él mismo pone mayor fuerza le será posible empujar a un costado aquel bulto enorme y liberar el camino de obstáculos, con el fin de alcanzar, a su vez, a la víctima —que hasta entonces había hallado protección tras ese bulto—. El novicio también ensaya tales hazañas. Los demás colegas profesionales participan de la competencia y todos observan su resultado.

Esta prueba se pone peligrosa cuando el poder reunido del *xon* se presenta bajo la forma de un guanaco. Este animal se desplaza en el momento oportuno al lugar donde vive el adversario. Si éste es un *xon* capaz, se percata inmediatamente de su aproximación; se ve amenazado y se dispone inmediatamente a la defensa. Si la fuerza propia es suficiente para ello, mata con sus flechas al animal. Pero no come la carne, pues ésta le daría la muerte, a él y a toda su familia... ¡Como se ve, nuestros indígenas piensan en formas concretas!

Pero si el adversario carece de las necesarias facultades, entonces no reconoce en sus sueños aquel *čānem* que se acerca. A la mañana siguiente observa cerca de su choza un guanaco grande y gordo, que le parece más manso que de costumbre. Sin sospechar nada, el hombre mata aquel animal. Se alegra mucho por el botín obtenido con tanta facilidad y tanto él como toda su familia comen de la carne. Pero al hacerlo, todos se condenan a morir. Con todo esto, un *xon* poderoso demuestra su mayor saber a un colega más débil. Pero la prueba del *čānem* se aplica muy raras veces, quizá por sus efectos desastrosos.

Si —finalmente— el novicio ha aprobado con buen éxito una serie de pruebas, se fortalece la conciencia de sí mismo, y confiado en su propio saber, comienza sus actuaciones profesionales. Los demás *xon* deben, a partir de entonces, contar con él como competidor y adversario ocasional.

e. La reunión festiva

La celebración del *Pešére* podría denominarse 'la asamblea festiva de los hechiceros'. Durante mi cuarto viaje tuve oportunidad de asistir a ella. Sólo duró cinco días, tiempo demasiado breve comparado con la duración de otras épocas. Lamentablemente, en la actualidad no se halla la cantidad conveniente de *xon*, y, además, el terco de HALEMINK perdió durante la ceremonia las ganas de seguir participando. No obstante, he averiguado todo lo esencial. Varios años habían pasado ya desde la última celebración de esta reunión, lo cual se explica por la muy avanzada disolución de toda la vida tribal de los selk'nam.

1. Motivo y finalidad

Con facilidad se reconoce como finalidad principal del *Pešére* la de una reunión festiva, alegre, convocada por varios o muchos *xon*.

Pero, con esta celebración, se relaciona también el objetivo parcial subordinado de obtener nuevos adeptos para la profesión de hechicero.

Un grupo mayor o menor de *xon* celebra la reunión. Como espectadores participan parientes y familias amigas. Alguno de los hechiceros más influyentes siente ocasionalmente la necesidad de una reunión social o de competencias con colegas. Charlando con algunos de ellos, trata de ganarlos para sus fines; otros más se adhieren, y pronto se hallan dispuestos entre cinco y quince *xon*.

Esta vez nadie espera otra cosa que encontrar a los *xon* mismos como dominadores de la situación. Uno de los más poderosos actúa en forma más o menos determinante sobre los demás participantes, aunque no da órdenes ni obliga a nadie. La participación es libre para cualquier *xon*. La necesidad de organizar reuniones sociales o de obtener honras públicas ya es, para muchos, suficiente motivo de participación. Incluso desde regiones muy alejadas se acercan algunos colegas, siempre que se encuentren en buenas relaciones con este grupo.

Cuanto mayor es el número de participantes y de presentes, tanto más animada es la reunión y tanto más impresionante parece la fiesta. En algunas ocasiones muy raras había entre los presentes personas que podían influir muy rápidamente sobre todos los participantes, de modo que la gente común a veces caía en trance y comenzaba a aullar y a llorar fuertemente, o seguía con gran atención todas las actuaciones de los *xon*.

Luego de convenir lo necesario, todas las familias se trasladan al lugar adecuado. Allí se levanta una choza especial de forma cónica y de suficiente amplitud, en cuyo centro se encuentra el hogar, y alrededor, contra la pared interior, los lechos. Como base de éstos se utiliza desbrozo. No hay ningún tipo de pintura o de adorno. A pocos pasos de distancia de esta choza del *Pešére* se encuentran las viviendas, erigidas una al lado de la otra, sin orden alguno. Cualquiera tiene acceso irrestricto a la choza grande, pues no hay secretos de ninguna especie. De día es poco visitada; pero de noche, en cambio, durante las primeras horas, se reúne aquí toda la gente. Según la organización antigua de los festejos, la gente pasaba aproximadamente todo su tiempo en la choza grande. Al menos la totalidad de los hombres se quedaba allí, mientras durante las horas del mediodía las mujeres y los niños realizaban sus quehaceres en su propia choza. Durante el verano, cuando el clima favorable lo permitía, se acostumbraba encender, por consejo de los *xon*, una enorme hoguera fuera de la choza grande. Todos los participantes se agrupaban alrededor de ella. El desarrollo de la ceremonia no sufría por ello alteración alguna.

Después de instalarse en las chozas, se tiene cuidado de obtener, antes de comenzar la celebración, una buena cantidad de guanacos para el sustento diario. Los guanacos deben ser animales hermosos, gordos, pues aquí se acostumbra servir sólo la mejor carne. Queda en manos de algunas mujeres asar la carne para todos los presentes, lo que hacen en una chocita erigida especialmente a tal fin. Se evita cocinar en la misma choza grande, "con el fin de no interferir

en la animación general reinante allí". A su debido tiempo, esas "cocineras", ayudadas por otras mujeres y muchachas, traen a la choza de reunión los grasosos pedazos de carne asada.

Gracias a este ordenamiento, la gente goza en la choza del *Pešére* de la ininterrumpida posibilidad de participar de todos los movimientos de los *xon* y —ante todo— acompañarlos en sus danzas y cantos. Si surge la necesidad, algunos hombres jóvenes deben ir de caza. La gente común se siente muy bien durante esta reunión, aunque las horas de regocijo se alternen con momentos de gran seriedad.

2. Desarrollo de la celebración

A excepción de motivos ocasionales, los presentes pasan todo el día en la choza del *Pešére*. Pero, como actores, sólo entran en escena los *xon* masculinos.

Así como los indígenas comunes se presentan vestidos con sus habituales mantos de piel⁴⁶ y los hombres, además, con el *kóčel* que les corresponde, los *xon* usan con toda ceremonia su *pó'or*. Durante todo el tiempo del festejo renuevan diariamente su pintura facial, que consiste en una raya transversal roja debajo de la nariz, desde el lóbulo de una oreja hasta el otro. Además, un punto blanco del tamaño de la yema de un dedo sobre la parte superior del dorso de la nariz, y sobre cada pómulo. Los demás presentes se dibujan, a cada lado, una raya roja horizontal, de un dedo de ancho, desde la aleta nasal hasta el lóbulo de la oreja, raya a la que se aplican puntos blancos más pequeños. Además, tanto los *xon* como todos los demás individuos del sexo masculino se frontan todo el cuerpo con pintura roja. Después se traza una raya blanca, de dos dedos de ancho, desde el borde superior del pecho hasta la región púbica, pasando por el ombligo, y otra horizontal de hombro a hombro, a la altura de la clavícula. Esta pintura también se renueva diariamente, por lo general durante las primeras horas de la noche, poco antes del canto largo. Las mujeres se conforman con la línea roja transversal en el rostro, a la que aplican pequeños puntos blancos. En algunos casos se frotan la cara uniformemente con pintura roja, y raras veces se aplica al torso pintura roja o blanca.

En nuestra reunión fue TENENESK el que tuvo el papel protagónico; el que más lo secundaba y reemplazaba era HALEMINK, quien lamentablemente nos hacía sentir, de vez en cuando, fuertemente su testarudez. No existe medio alguno capaz de doblegar a un sujeto raro de esa clase.

El orden del día más o menos exacto es el siguiente: en la choza del *Pešére* se va reuniendo, a voluntad, todo el mundo, a más

⁴⁶ Con total desconsideración hubo que quitarse cualquier prenda de vestir europea, incluso las medias. Yo mismo sólo pude hacerme presente con el manto de piel y en sandalias, además del adorno de la frente; ni siquiera me permitieron conservar durante la celebración la ropa interior de punto, realmente poco llamativa.

tardar con el comienzo de la oscuridad. Cada uno se ubica en el mismo lugar elegido la primera vez. Las mujeres y los niños se mantienen en segundo plano, y los hombres forman un círculo cerrado alrededor del fuego y cerca de él. Afuera, en las chozas de vivienda, sólo permanecen unas pocas mujeres ancianas, cuidando de tal o cual niño de pecho.

Transcurre aproximadamente una hora, hasta que los muchos presentes empiezan a estar quietos y silenciosos. Poco a poco, todos se muestran en un estado de ánimo concentrado y predispuesto a recibir lo que sigue. La misma disposición de ánimo anima a la gente común y a los propios *xon*. Cada uno anhela tranquilidad y silencio, pone en práctica la mayor inmovilidad posible y pretende no ser molestado. En líneas generales, los días del *Pešére* deben ser considerados como una época de recogimiento e interiorización. Se habla y se ríe sólo muy poco, se evitan las distracciones y los juegos. También a los niños se exige una postura totalmente silenciosa.

Cuando al cabo de un tiempo prolongado todos, acurrucados juntos en silencio, han adquirido la predisposición para las representaciones de los *xon*, cualquiera de éstos comienza con los cánticos habituales, a lo que tarde o temprano se adhieren sus colegas. Más adelante a veces también participan los demás hombres. Ahora se alternan continuamente canto y baile, hasta las primeras luces del alba. Recién en este momento se disuelve la reunión. Ciertamente, ahora hay tibios intercambios de palabras, como una especie de distracción después de tan largo recogimiento en silencio casi total; aunque el cansancio lleva a cada uno rápidamente a su lecho. La mayoría se prepara para dormir en la misma choza del *Pešére*, pero unos pocos van a sus propias chozas. Aproximadamente hasta el paso del sol por el cenit reina en el campamento un silencio casi mortal. Algunas personas emplean las horas de la tarde en ocupaciones urgentes. Pero cada uno, individualmente, mantiene un estado de ánimo de gran recogimiento, hasta que, poco antes del anochecer, vuelven a encontrarse en la choza grande.

Esta distribución del tiempo se considera como 'orden del día permanente'. A esto caben agregar las comidas. Hasta las primeras horas de la tarde no puede distribuirse en la choza del *Pešére* carne alguna. Quien siente en ese momento hambre, concurre a la "cocina" y se hace servir allí. En muy raras ocasiones se dirige a su propia choza. Pero, cuando a la noche los cantos ya han durado unas cuatro horas, se hace una pausa y las "cocineras" traen a la entrada de la choza grande los trozos de carne asados por ellas. Aquí los reciben algunos hombres y comienzan el reparto a todos los ocupantes. La entrega se realiza con un cierto ceremonial sencillo: el portador se coloca de pie delante de la persona sentada en el suelo, mueve el pedazo de carne, sostenido con ambas manos y los brazos semiextendidos, hacia arriba y abajo. Al detener este vaivén vertical, lo acerca más aún al receptor, estirando más los brazos en dirección horizontal. El receptor toma ahora el trozo de carne y repite, sentado, durante algunos segundos los mismos movimientos, hasta que el portador se retira para servir al vecino. Durante esta ceremonia de entrega, el portador canta primero, inclinándose breve y rítmicamente el torso hacia adelante, en

tono poco melodioso: *hōhō, hōhō, hōhō*... el subir y bajar de los brazos se realiza al compás de este canto. Al recibir la carne, la persona sentada continúa este canto y los movimientos de los brazos por un corto tiempo. El canto se mantiene siempre en la misma altura, y las vocales se producen con breves exhalaciones del aire. De esta manera se acostumbra servir la carne a todos los ocupantes. Durante la comida descansan un poco y se fortalecen para la continuación del canto. Cada uno come mucho y bien.

Si esta comida se realiza aproximadamente a las diez de la noche —la pausa de descanso unida a ella dura en promedio toda una hora—, entonces a las dos de la mañana se sirve nuevamente carne. Durante las comidas cada uno guarda en lo posible silencio y queda inmóvil. Todos los participantes permanecen reunidos hasta el comienzo del amanecer.

Las largas horas de la noche pasan entre cantos y danzas de los *xon*. Lo que relato referido a la conducta de TENENESK, se aplica de la misma manera para todos los *xon* importantes que participan de este festejo. Como acompañantes actúan los demás hechiceros, y, en nuestra reunión, lo hacían HALEMINK y KEITETOWH. Como mínimo deben reunirse tres hechiceros; si la cantidad de ellos es el doble, ello se considera mucho más ventajoso.

Dentro de la choza, los hombres formaban un círculo cerrado alrededor de la hoguera del medio. Dentro de este círculo, ligeramente delante de los demás individuos, se ponían en cuclillas los tres hechiceros, TENENESK en el medio de los tres. Todo alrededor, directamente apoyados contra la pared interior, se habían ubicado las mujeres y los niños. La silenciosa inmovilidad general ya había durado largo rato. Los *xon* en especial mostraban una concentración sumamente esforzada, y cada uno de ellos aparecía como ensimismado, y fijaba rígidamente los ojos ante sí en el suelo, sin mover los párpados. La postura era inmóvil como la de una estatua.

Por fin comenzó TENENESK —con voz muy queda— su canto, sus labios apenas se movían, y mantuvo largo rato los ojos cerrados. El canto consistía en repetir constantemente *hōyoioioioioioio*... con timbre muy hueco, e iniciado con un *hō* fuertemente acentuado y muy alargado. Las demás sílabas, repetidas en cantidad variable, eran muy breves y se sucedían rápidamente con oscilaciones arrítmicas en la entonación. Al cabo de cada frase, el cantante respiraba brevemente. Poco a poco, la intensidad de la voz aumentaba, la acentuación se hacía a veces más fuerte, y generaba en todos los participantes una irritante sensibilidad de los nervios. El canto de TENENESK se oía como el balbuceo medroso de un débil mental. Desde hacía bastante tiempo, y casi sin emitir sonidos, ya lo acompañaban los demás *xon* con cantos quedos y movimientos rítmicos del cuerpo. Al cabo de un tiempo, TENENESK se levantó. Sus ojos, de brillo vidrioso, estaban rígidamente fijos en el suelo. El hechicero colocó el pie derecho, golpeando fuertemente, en el piso, pocos centímetros delante del izquierdo. Lo levantó nuevamente y pisoteó varias veces rápidamente el suelo. De esta manera comenzó ahora a avanzar, arrastrando el pie izquier-

la tierra. En algunas oportunidades levantó la cabeza, dobló el brazo derecho y lo mantuvo horizontalmente a la altura de los hombros, de modo tal que la palma de la mano derecha descansaba sobre su mejilla izquierda. Como ausente, miraba unos segundos fijamente a lo lejos. Poco después saltó algunas veces al aire, sin moverse del sitio, levantando ambos pies al mismo tiempo y golpeando con los talones contra sus asentaderas. Entretanto, había modificado repentinamente su canto. En su excitación, exhalaba rápida e intermitentemente las sílabas *hukhúk, hukhúk, ...* con voz grave y sin variar la altura del sonido. Por último, hizo crujir su abrigo de la misma manera que lo había hecho TENENESK, sólo que lo hizo por más tiempo. En líneas generales, HALEMINK se mostraba más vivaz, activo y excitado que su antecesor, pues, por naturaleza, era de carácter mucho más impulsivo que aquél.

La actuación recién descrita fue repetida a su vez por KEITETOWH. Durante estos acontecimientos, de tan larga duración, la excitación nerviosa de los tres *xon* se había transmitido inevitablemente a todos los demás participantes, los que por su parte seguían con la mirada fija los movimientos de aquéllos, dada la tensión anímica en que se hallaban. Más de un hombre se había unido casi inconscientemente —con voz muy queda— al canto de los hechiceros.

KEITETOWH apenas se había sentado en su lugar después de su ceremoniosa actuación, cuando TENENESK asumió nuevamente el comando de la acción. Se incorporó en el lugar donde estaba sentado, quedó largo rato parado inmóvil, con rostro que denotaba gran seriedad. Mantenía sus ojos rígidamente dirigidos al fuego y murmuraba palabras ininteligibles. Pronto levantó la vista hacia arriba, fija en un punto lejano, como si allí hubiese descubierto algo. Al principio quedamente, luego con intensidad cada vez mayor, se escuchó el *hōyoōyoōyoōyoōyo ...* Entremezclado con esta melodía, se escuchaba a veces intermitentemente los sonidos *pš pš pš*. Golpeando con el pie derecho el suelo, giró cuatro veces alrededor del fuego. Su posición era algo encorvada, y su mirada constantemente dirigida hacia el suelo. Continuamente hacía crujir su capa. Al concluir la tercera vuelta, se paró delante de mí y sacudió el abrigo con mayor fuerza aún. Inmediatamente tomó también mi manto y lo sacudió fuertemente, en tanto yo permanecía sentado. Luego repitió los mismos movimientos, parándose primero delante de su hijo y por último delante de su esposa. Regresado a su lugar, bailoteó de un lado a otro varias veces, y su excitación aumentó rápidamente, como lo delataba el temblor de su voz.

Repentinamente, se desplomó prácticamente delante de mí, cayendo sentado en el suelo, de modo tal que tuve que esparrancar mis piernas extendidas en el suelo. Quedó con su espalda arrimada muy junto a mi pecho. Mantenía sus ojos y sus piernas dirigidas en línea recta hacia el fuego. Deslizándose lentamente hacia adelante, en dirección al fuego, su torso se inclinaba cada vez más hacia atrás, apoyándose permanentemente contra la parte delantera de mi cuerpo. Por último se había adelantado tanto, que sólo su cabeza quedaba apoyada en mi vientre. Su respiración se modificaba poco a poco, hasta pasar a ser un verdadero gemido. En esta posición extendida, abrió

un poco su abrigo, de modo que su abdomen quedó visible para todos los presentes; él mismo mantenía entretanto cerrados los ojos. Durante ese respirar profundo y gemebundo, su vientre comenzó a hincharse poco a poco, lo cual se hizo tanto más notorio, ya que estaba echado de espaldas en el suelo, totalmente extendido. Se veía este globo tenso como el parche de un tambor, y todo daba la impresión como si hubiera comprimido dentro de la cavidad abdominal grandes cantidades de aire⁴⁷. Su vientre se hinchaba cada vez más. Con el semblante muy serio, frotaba con su mano derecha, mediante suaves movimientos hacia arriba y hacia abajo, la parte delantera desnuda de su cuerpo. Los gemidos habían ido cesando poco a poco, no se podía observar si respiraba. Suavemente golpeó aquel abdomen convertido en tambor, lo que produjo un sonido muy hueco. Mientras tanto, pasó su mano derecha hacia atrás y golpeó también mi abdomen con suavidad, ya que me hallaba detrás muy cerca de él. A los pocos instantes, todo su cuerpo comenzó a vibrar con movimientos cortos y rápidos, y estos movimientos también se transmitieron a todo mi cuerpo, pues él yacía parcialmente sobre mí. Sólo al cabo de unos veinte minutos comenzó a ceder este temblor, hasta que desapareció totalmente. De inmediato recogió de nuevo las piernas, levantándose a una posición de sentado, pero siempre de manera tal que quedaba estrechamente apoyado en mi cuerpo. Repentinamente se irguió, adquirió gran movilidad, pegó repetidamente varios saltos en el mismo lugar y a media voz exclamó temeroso: *hukhúk, hukhúk*... A continuación rodeo nuevamente varias veces el fuego y, sacudiendo fuertemente el abrigo, golpeaba fuertemente el suelo, exclamando al mismo tiempo con voz fuerte *hδyoιyoιyoιyoιyo*... Entretanto pegaba saltos en alto y deja oír los sonidos *ps ps ps*.

Sin descansar en absoluto, recomenzó con la misma ceremonia, sentándose ahora entre las piernas esparrancadas de su hijo. Nuevamente se desplazó, extendido casi horizontalmente, con los pies hacia el fuego, de modo que sólo la cabeza quedó apoyada contra el cuerpo de su hijo. La gente pudo observar poco después nuevamente su abdomen enormemente inflado. No bien se levantó, realizó la acostumbrada danza, tal cual ha sido descrita recién. No conforme con lo hecho hasta ahora, repitió la misma escena, pero ahora se sentó delante de su propia esposa. Para hacerlo posible, algunos hombres debieron abrir el círculo cerrado en el lugar donde se hallaba sentada KAUXIA. Con la misma intensidad de antes, TENENESK infló su vientre enormemente. El canto que siguió a esta actuación se prolongó algo más. Por último, el viejo se sentó nuevamente en su lugar. Esta extraña actuación, realizada ante mí mismo y ante las otras dos personas mencionadas, había durado unas tres horas. Pero no se le notaba al viejo ningún cansancio.

Entretanto, los otros dos *xon* habían continuado ininterrumpidamente con sus cantos de *hδyoιyoιyoιyoιyo*. El canto permanente también había excitado por sugestión a todos los demás hombres. A una señal de TENENESK, todos se levantaron y se ordenaron, apretándose

⁴⁷ Esta hinchazón del vientre alcanzó un volumen realmente increíble, cosa que yo no pude explicarme. Más tarde me dijeron: "Los hechiceros actúan siempre así durante sus cantos en esta choza".

uno contra otro, en un cerrado círculo. Cada uno abrazaba el cuello de sus dos vecinos. Todos se habían despojado de sus vestimentas. De inmediato comenzó una rápida danza alrededor del fuego: con pasos breves, interrumpidos por saltos, giraron largo rato en una dirección, para cambiar repentinamente a la dirección contraria. Al mismo ritmo con los saltos, lanzaban sus *hukhúk, hukhúk*. También los *xon* participaban de este rápido torbellino, que duró hasta que algunos se sintieron mareados. Cada uno se sentó nuevamente, como exhausto, en su lugar, y los tres *xon*, uno tras otro y cada uno para sí, repitió nuevamente esta misma danza. Los demás hombres observaban con atención. A partir de entonces cesó todo movimiento. Cada individuo quedó sentado en silencio y, recogido en sí mismo, parecía ausente de su propio cuerpo.

Habrían pasado unos veinte minutos de inmovilidad total, cuando TENENESK se sacudió repentinamente como si hubiera sido despertado de un sueño. Sobresaltado y verdaderamente sorprendido observó a todos los presentes desde su puesto, donde estaba en cuclillas. Su comportamiento era como si de un estado de éxtasis volviera a la vida normal. Uno a uno, todos los demás también alcanzaron su estado consciente cotidiano. Dos hombres se levantaron, abandonaron el círculo y salieron de la choza. Encargaron a las mujeres en la "cocina" que trajeran la carne. A una señal hecha con la mano, unas pocas mujeres se unieron a esos dos hombres. Tomaron algunos trozos de carne asada y los introdujeron en la choza del *Pešere*. Aquí dentro, la carne era recibida por dos hombres y entregada a cada uno con las formalidades descritas más arriba. Todos se dedicaron a comer, y adoptaron una cómoda posición para descansar. Si bien se intercambiaron algunas palabras, no se generalizó una verdadera charla. Sólo quien tenía una razón especial para ello, abandonaba por unos minutos la choza, para regresar pronto.

Una hora había durado esta pausa. Hacía largo rato que todos habían terminado de comer y se hallaban sentados en silencio en su lugar. Nuevamente fue TENENESK el que reinició el canto; al principio muy quedamente, más tarde incrementando la voz. Pronto lo acompañaron los otros dos *xon* y cantaron con él. Más tarde se levantó para bailar marchando a pasos cortos; pisoteando siempre el suelo con la pierna derecha, iba caminando para adelante y para atrás por su lugar, y más tarde comenzó a rodear el fuego. Cuando hubo aumentado su animación, comenzó a sacudir el manto. Todo se desarrolló de la misma manera recién descrita (ver pág. 766). Apenas se había sentado el viejo, se levantó KEITETOWH para realizar las mismas ceremonias, y después de él también lo hizo —en último lugar— HALEMINK.

Pocos segundos después que este último se hubo sentado, TENENESK hizo una seña a los hombres. Todos se levantaron y formaron nuevamente un estrecho círculo cerrado. Este círculo comenzó rápidamente con sus giros alrededor del fuego, ora a la derecha, ora a la izquierda. Amenazadores e inquietantes se escuchaban sus gritos en la oscura y silenciosa noche: *húkū, húkū*. Hasta el total agotamiento

continuaron con sus movimientos giratorios hacia uno y otro lado alrededor del fuego. Por último cayeron al suelo, y gateando se ubicaron nuevamente en sus asientos. A media voz, los *xon* entonaron inmediatamente su canto de *hóyoíyoíyoíyoíyo*. Pocos minutos después, los demás hombres se les unieron, primero uno, después unos pocos más, y por último muchos, e incluso alguna que otra mujer. Más de una hora duró este canturreo —adecuada para obnubilar el espíritu—. Uno a uno, los hombres fueron dejando de participar, hasta que por último reinó nuevamente el silencio en la choza grande.

Éste fue el cierre de la función del día. Al cabo de una inmovilidad más o menos larga, varias personas emparentadas entre sí intercambiaron algunas palabras en voz baja, otras se hicieron señas con las manos. Poco a poco, la gente comenzó a levantarse para dirigirse a sus chozas. En estos momentos, las mujeres ocupadas en la "cocina" trajeron todavía algunos trozos de carne, pero muy pocos comieron algo. Grandes y chicos prepararon rápidamente sus lechos; pues ahora, después de la excitación, todos —sin distinción alguna— comenzaron a sentir el mayor cansancio. Sin distraerse en lo más mínimo, cada uno se envolvió en su abrigo y se dispuso a dormir. Mis relojes mostraron las 3.40 horas. Un sensible agotamiento me cerró rápidamente los párpados. Aquí en la choza grande me habían dispuesto un lugar bastante reducido para el descanso nocturno.

Hasta las diez de la mañana no se movió ni uno solo de los ocupantes de todo el campamento. Al romper el día, los perros habían comenzado a pelearse entre sí. Sólo ahora comenzaron a moverse los primeros de estos dormilones. Nadie pensó en trabajar seriamente. Sólo las mujeres realizaron en las horas del mediodía algunos pequeños menesteres. Consecuentemente, ninguno de los presentes perdió su concentración anímica. Los *xon* mismos estuvieron acurrucados todo el tiempo en el mismo lugar; cada uno de ellos parecía ocupado exclusivamente consigo mismo.

En llamativo silencio y total falta de movimiento, que podían observarse en el campamento, poco a poco había llegado el atardecer. Grandes y pequeños ya se habían reunido nuevamente en la choza del *Peşére*. Toda la asamblea, por su gran concentración anímica, causaba una impresión extraña. Al igual que el día anterior, fue el viejo TENENESK el que por fin comenzó con un ligero susurrar, que crecía poco a poco. Con esto quedaba inaugurado el programa de esta noche. Sin modificaciones esenciales, se repitió la representación de ayer. Sólo se incluyó un número "adicional", a continuación de la danza descrita en último término, es decir, la de los hombres alrededor del fuego.

Porque apenas habían cesado los lúgubres gritos de *húkū, húkū*, cuando —al cabo de un breve descanso— los tres *xon* se levantaron nuevamente y solicitaron a todos los hombres seguir su ejemplo y ordenarse nuevamente para la rueda. Detrás de este círculo formado por los hombres parados, TENENESK recorrió el grupo de las mujeres y de los niños, algo alejados de aquel círculo. Aquí seleccionó a varios muchachos, de unos 10 a 15 años de edad.

Para ello asía a cada uno de los elegidos con ambas manos de un brazo, y sin decir palabra lo levantaba del suelo. Uno tras otro de estos muchachos fue incorporado al círculo de los hombres. Al concluir la selección, él mismo se colocó nuevamente en el círculo. Ahora, cada uno colocaba sus brazos alrededor del cuello de sus dos vecinos. Con rápidos movimientos comenzaron a girar alrededor del fuego. Al cabo de varias vueltas se observó claramente el cansancio en algunos de los muchachos. Sin tener en cuenta esta circunstancia, el cerrado círculo de hombres los llevaba consigo, de modo más bien que eran arrastrados en lugar de caminar. Sólo después de muchas vueltas se detuvo la rueda. Los muchachos agotados debieron quedarse sentados en el círculo de los hombres. Se les concedió un descanso de diez minutos. A una señal de los tres *xon*, los muchachos se levantaron nuevamente. Puesto que eran sólo ocho, y por lo tanto demasiado pocos para formar un círculo completo alrededor del fuego, otros cuatro hombres jóvenes se unieron a ellos. Otra vez comenzó la danza alrededor del fuego. Al principio, algunos de los muchachos se conducían aún bastante torpemente, pero poco a poco adquirían mayor flexibilidad y giraban rápidamente con uniformidad rítmica. Su actuación generaba en todos los presentes gran alegría. Es cierto que no se oía una risa franca, pero las caras alegres evidenciaban satisfacción por los logros de la juventud. Después de una serie de giros, se les permitió por fin sentarse.

Durante la breve pausa solamente algunos hombres intercambiaban palabras en voz baja. Poco después, los muchachos fueron llamados nuevamente. Ellos solos se ordenaron para formar una fila [i n d i a], colocándose para ello uno detrás del otro, poniendo sus manos en los hombros del que tenían delante. Se aproximaron mucho uno al otro. Un muchacho mayor, que ya había participado de las ceremonias de los Klóketen, se colocó al frente. El pie derecho se adelantaba unos centímetros, luego hacía otro tanto con el izquierdo. Al apoyar el pie izquierdo, se pronunciaba la primera sílaba, al apoyar el derecho la segunda sílaba, acentuada, de la palabra *kūlpúš*. Y así, rítmicamente, rodeaban el fuego. Esta danza coincide exactamente con la danza de igual nombre bailada en la ceremonia de los Klóketen. La representación causó gran satisfacción entre todos los presentes. Entonces se permitió a los muchachos volver a su asiento anterior, detrás del círculo de los hombres.

Una pausa de unos veinte minutos de riguroso silencio siguió a esta escena. Pronto se levantó HALEMINK, que poco antes había entonado el canto de *hōyojyojyojyojyo*. Golpeando fuertemente el suelo al pisar, caminaba de un lado al otro delante del fuego. Ocasionalmente levantaba la vista y miraba fijamente a lo lejos. A continuación producía un fuerte crujido con su capa. Con esto quería expresar con cuánta seriedad se dedicaba a su representación. Por último, todos los hombres se levantaron nuevamente y giraron como un torbellino, formando un compacto grupo, alrededor del fuego; de ese círculo salían con salvaje excitación sus gritos de *hūkū*,

húku. A los pocos minutos, todos los participantes habían acomodado sus lechos. Otra vez el reloj marcaba las tres de la mañana.

Al mediodía siguiente, HALEMINK hizo sentir a todos su terquedad; ¿no se le había puesto en la cabeza salir a cazar?, ¡aunque había carne en gran cantidad! Pero, por su orgullo herido, ¡no se sentía cómodo cerca de TENENESK, su eterno contrincante! No obstante, el orden del día de ésa y de la siguiente jornada se desarrolló en completa coincidencia con los festejos de ayer. Ya se notaba una receptividad más complaciente de los participantes durante la danza de los *xon*. Con ritmo inconsciente, tal o cual individuo los acompañaba en su canto, y la sugestión actuaba cada vez con más fuerza en toda la gente.

Ésta era la oportunidad para que cualquier persona, hombre u ocasionalmente también mujer, recogiera y continuara el canto de un *xon*, como si una fuerza extraterrestre lo hubiera dotado de una vida nueva. Un estado así, que tiene la característica de un éxtasis profundo, es considerado por los participantes como algo extraordinario. Por cierto que sólo dicen: "¡El *Pešére* ha llegado hasta ese hombre! ¡Aquél fue atrapado por el *Pešére*!" Pero lo que quieren expresar con ello es que la fuerza o espíritu de algún *xon* difunto se ha apoderado de dicha persona. Esto se considera como señal de que tenía la vocación de hechicero. Tanto la persona misma, como todos los presentes, conocen ese estado de cosas. Los propios *xon* muestran especial satisfacción porque se haya alcanzado una de las metas parciales muy importantes de la ceremonia, es decir la obtención de un nuevo aspirante a su profesión. En el transcurso de los festejos, tal vez un tercero, o un cuarto hombre comienza por sí mismo con el ya largamente conocido canto, y todos los circundantes dicen: "¡Este es un *xon*!"

Por lo general, los maestros ancianos asignan a un hombre cuya vocación se ha dado a conocer así un asiento en sus inmediaciones. Cuando terminan las celebraciones, comienza su aprendizaje con un *xon* pariente suyo.

También el quinto día la ceremonia transcurrió de idéntica manera, sólo que la excitación y las gesticulaciones eran más fuertes aún. El comportamiento del viejo TENENESK parecía el de un insano; hacía gestos amenazadores, su canto pasó a ser un aullido fuerte o un lloriqueo gimiente. Si tales actuaciones se repetían una y otra vez durante varios días, un hombre joven de predisposición sensible debía ser arrastrado involuntariamente. Por último, se comportaba de la misma manera que su modelo: "¡A ése lo atrapó el *Pešére*!", decía la gente.

Los *xon* intentan con estas ceremonias descubrir nuevos adeptos de su profesión. Cada *xon* por sí prueba su suerte primero entre los parientes cercanos. Esto se realiza de la manera como lo había hecho TENENESK la primera noche, cuando se sentó entre mis piernas esparrocadas, apoyando su cabeza contra mi cuerpo por largo rato. Lo mismo repitió con su hijo menor y con su esposa. Al día siguiente se acercó también a su hijo mayor INXIOI y a su sobrino TOIN.

3. La conclusión mediante obsequios recíprocos

En cuántas oportunidades anteriores este mismo grupo (de indígenas) realizó los festejos del *Pešeré*, es algo que no puede decirse con seguridad. Los indicios proporcionados por los indígenas me permitieron deducir que el festejo se repite en intervalos de seis a ocho años.

La duración del festejo dependía de diferentes causas, poco determinables. Según las ganas y el placer encontrado en el juego, según el entusiasmo de los propios *zon* y de toda la demás gente, según el ánimo general y el éxito en el encuentro de nuevos aspirantes, la reunión duraba de dos a seis semanas.

A pesar de que durante nuestra reunión en el invierno de 1923, lo noche del quinto día los bailes habían durado hasta más allá de medianoche, al amanecer ya estaba todo el mundo, grandes y chicos, en pie. Algunos hombres de confianza me habían dado ayer las instrucciones para mi conducta; para hoy el programa indicaba el obsequio recíproco, con lo que se cerraría toda la celebración.

Sea cual fuere la fundamentación de esta extraña costumbre, no pude llegar a una claridad total acerca de su origen. Los indígenas sólo saben decir: "Así fue uso y costumbre desde siempre"⁴⁸. También, según su opinión, esta parte de la celebración es alegre y festiva. Cualquier europeo me creerá si le digo que en estas largas horas me vi colocado en medio de un torbellino de feria. Por un lado la satisfacción de los *zon* por los éxitos alcanzados, por otro lado la relajación de la atención hasta entonces fuertemente tensa de toda la gente, todo eso desemboca en un mayúsculo desenfreno, donde se libera la alegría, la satisfacción y la conformidad. De este modo la comunicatividad del propio estado de ánimo alegre se manifiesta ante otros en una ilimitada entrega de objetos de uso cotidiano, entrega de todos para todos. Un intercambio generalizado de obsequios constituye la finalización de la festividad del *Pešere*.

Algo tormentoso era el comportamiento general durante este acto de clausura; inevitablemente se llegaba a un alboroto exaltado, fácil de explicar. Algunas personas comenzaron a la mañana, y poco a poco se le adhirieron los demás. Todos habían preparado ya desde ayer una buena parte de los regalos; después, una vez entregados éstos, cada uno tomaba lo que más cerca tenía y entregaba sin fijarse todo lo que le caía entre manos. Cada uno toma un objeto cualquiera, con ambas manos, levanta las manos extendidas lo suficiente como para que su rostro quede parcialmente cubierto por aquel objeto, camina o corre al encuentro de otro, y le arroja el obsequio contra el pecho, o la cabeza, o a las manos, o al vestido recogido. En el momento de la entrega grita con fuerza "¡*Pešere!*". Esta palabra, si se pronuncia muy alargada y repetida muchas veces, suena también como *Pešerã*. Quien ha arrojado así su regalo, se queda aún unos

⁴⁸ Dejo de lado comparar esta institución con las ceremonias del Potlatch de los antiguos americanos del noroeste.

minutos parado delante de la persona obsequiada, ambos prorrumpen en franca risa, puesto que no faltan las situaciones más jocosas. Después se separan. El obsequiado busca ahora premiar al otro de la misma manera. Por cierto que cada uno prefiere en general obsequiar a sus parientes, y los muchachos a las muchachas que les gustan. Más adelantado el día, empero, se obsequia a cualquiera, en la medida en que se espera una buena sorpresa de la acción. En ello se genera también el abigarrado alboroto de voces y personas. Durante todo el día se escucha ininterrumpidamente el reiterado grito de *Peşére*, acompañado de carcajadas y risas, de júbilo y exclamaciones de alegría.

Al principio, cada uno cuida que el objeto también sea adecuado para aquel a quien va destinado; a un hombre, por ejemplo, el obsequiante le arroja el carcaj con flechas, a una mujer la cuerda trenzada de tendones para el adorno del cuello, a un muchacho la pequeña honda, a una muchacha los adornos habituales. Pero rápidamente se terminan los objetos bien ordenados, y entonces se toma, sin ton ni son, lo más cercano al alcance de la mano. Por último, alguno obsequia incluso aquellos objetos que él mismo recién ha recibido, puesto que no posee ya otra cosa. La entrega de objetos, aun de los objetos de uso más imprescindible, se efectúa hasta un límite de desprendimiento total. Y así van, obsequiados a otro, sandalias, trozos de pedernal, cuchillos, etc. Un hombre joven incluso arrojó a su vecino su único manto, pues no le había quedado otra cosa; un buen rato tuvo que andar desnudo, hasta que de otro recibió un cuero de guanaco sin curtir. A veces, el mismo objeto corre de mano en mano, porque el fin de todo es crear diversión y alegría por medio de la sorpresa. Nadie piensa en enriquecerse o quedarse con cosas ventajosas, a pesar de que ninguno de ellos posee nada que le sobre. Yo mismo distribuí abundantemente los muy solicitados collaritos de perlas entre las mujeres; sin embargo, cada uno de esos collares ha seguido de mano en mano. ¡Es que todo esto es parte de la fiesta! Todo, absolutamente todo lo que nuestros indígenas poseían como objetos utilitarios, se veía pasar de mano en mano: arcos y flechas junto con su carcaj, adornos para la frente, sandalias, canastillas, bolsas de cuero, adornos y bolsos de tripa con pintura, abrigos de piel y cueros sin trabajar, cuchillos y piedras de afilar, y por último también grandes pedazos de carne. Es indescriptible el aspecto que presentaban las chozas de las distintas familias al cabo de unas horas; un caos tan extremo, un desorden tan abigarrado causaba una risa estrepitosa a cualquiera que lo observaba detenidamente. Pues nadie se preocupaba por ordenar nuevamente las cosas.

El cansancio general puso fin a este juego vivaz. Sólo los incansables chicos continuaron alegremente con sus juegos. La mayor excitación se había notado durante las horas del mediodía, pero hacia las tres de la tarde se había restablecido la calma general. De regreso en su choza, cada uno deseaba reponerse algo de su intensa actividad, exhausto por su despliegue de alegría y vivacidad. Cada uno hacía inventario del resultado final. Todos reían de buena gana por el estado que presentaba su propia choza. Muchos se veían en pose-

sión de sandalias ajenas, con otro adorno para la frente, y trataban de adivinar el poseedor original. Esto generaba nuevas sorpresas y sonoras carcajadas. Quien más hilaridad causó fue un muchacho soltero, que había quedado en posesión de la pollera de tela de una mujer mayor, y se la había colocado a la manera de un manto de hombre.

Cuando la noche se acerca, cuando los últimos gritos de *Pešére* se desvanecen lentamente, los habitantes del campamento se reúnen nuevamente en la choza grande. Aquí, sentados en grupos entremezclados alrededor del fuego, se comentan nuevamente los diferentes acontecimientos del día. El relato de situaciones jocosas causa nueva hilaridad. Sólo cuando el cansancio general ha obnubilado la frescura del espíritu y paralizado los músculos faciales, toca a su fin la charla. La necesidad de dormir hace que uno tras otro se levante y se dirija a su propia choza. Al abandonar la tertulia, sólo se dice: "¡Éste ha sido un hermoso *Pešére*!" Algunos solteros pasan esta última noche en la choza grande. El obsequiarse mutuamente es el punto culminante de esta celebración.

En no pocas ocasiones, las familias reunidas ya se dispersan al día siguiente. La choza del *Pešére* es abandonada a su suerte. Mucho tiempo después, la gente aún comenta acerca de su gozoso encuentro.

Dados los celos y rivalidades existentes, que casi pueden considerarse como pertenecientes a la naturaleza misma de los *ron*, no falta que alguno de ellos desafíe a su colega odiado, invitándolo a dar pruebas de su capacidad. En general buscan superarse mutuamente en cuanto al alcance de su *yauátem*, pero también ponen en escena luchas entre sus *wáyyuwen*, e incluso dicen que hubo casos de lucha con los *há'hmen*. Todo esto concuerda perfectamente con esta celebración, y no interfiere su desarrollo general.

4. Algunos conceptos complementarios

No se ha logrado aún establecer el origen etimológico de la palabra *Pešére*. No pude descubrir un significado especial de esta palabra. De todos modos, la expresión es empleada para designar la reunión o asamblea convocada por los *ron*, con el fin de realizar los actos y representaciones relatadas. Pero también se designa con ella una especie de sugestión, durante la cual una persona une su canto al de un *ron*, dando a conocer así su inclinación para esta profesión. Por último, nuestros indígenas usan esta exclamación cuando entregan un objeto a otra persona.

La expresión aparece por primera vez en el informe de viaje de BOUGAINVILLE I, 276. En la detallada "Description des *Pécherais*" de diciembre de 1767 dice "Nous les avons alors nommé *Pécherais*, parce que ce fut le premier mot qu'ils prononcèrent en nous abordant, et que, sans cesse ils nous le répétaient." JAMES COOK: II, 183, en cuya compañía se encontraban los dos FORSTER, fue recibido a fines de 1774 en el Christmas Sound por los aborígenes con el grito de "*Peseräh*".

Pocos años después, ANTONIO DE CÓRDOBA: 27, comandante de la fragata de guerra "Santa María de la Cabeza", extrae del vocabulario de los aborígenes del Estrecho de Magallanes la expresión "*pissiri*", dándole el significado de "hijo, niño, muchacho, y algunas veces hombre".

Es muy difícil que esta última interpretación pueda considerarse digna de crédito. Pero desde aquella época, la expresión *Pescheräh* fue utilizada como denominación tribal para todos los fueguinos, uso éste que aquí no trataré extensamente⁴⁹. Pero totalmente contra mi afirmación en cuanto al origen selk'man de aquella expresión, SPEGAZZINI (i): 111 la deriva del vocabulario de los halakwulup. "En *huéman* o *alakálluf* tenemos el verbo *peshéio*, el cual puede traducirse por: tener piedad, tener compasión; el imperativo presente, segunda persona de dicho verbo, es: *peshéré*, que podrá responder al español: seas bueno, caritativo, generoso o compasivo; no es un nombre de tribus o pueblo, sino el grito de la miseria..." lo insostenible de tal derivación puede extraerse de la siguiente comprobación que he logrado: ni entre los halakwulup existe tal verbo, ni entre los yámana una palabra igual o parecida. Es una grave confusión que SPEGAZZINI equipare el "*huéman*" al "*alakálluf*", pues *wéman* es el grupo occidental de los yámana, que ciertamente limita con el grupo sureño de los halakwulup (ver GUSINDE (h): 73).

El origen selk'man de la palabra *Pešére* puede darse entonces por comprobado. Por mi parte, he demostrado como probable la transferencia —como extranjerismo— de la palabra a las dos tribus vecinas (ver GUSINDE (p): 59).

f. El hechicero en la cosmovisión selk'nam

Dentro de la totalidad del pueblo, el *xon* ejerce una considerable influencia, a la que no puede sustraerse el indígena, que cree tan firmemente como todos los que lo rodean, en el poder de sus facultades, que cimienta en una vocación extraterrestre. De ninguna manera puede hablarse de engaño consciente o intencional por parte del *xon*, pues la gente reconoce sus éxitos reales y su actuar profesional como hechos concretos. Pero muchas circunstancias señalan indudablemente la perturbante particularidad —si así puede decirse— de la institución de los *xon* en el mundo espiritual y en el ámbito cultural total de nuestros selk'nam.

1. Origen de la institución de los hechiceros

Nuestros indígenas no pueden nombrar con seguridad y unanimidad a ningún personaje determinado, como primero

⁴⁹ Ver las investigaciones especiales de GUSINDE (p): 59 y siguientes. Otras correcciones y ampliaciones seguirán en el volumen III, dedicado a los halakwulup.

entre todos los *xon*. Muchos *hōwenh* son tenidos por *xon*, probablemente sólo por sus hazañas particulares; así nombran a tal o cual como el primero del gremio. *Kenós* mismo, así me lo aseguraron expresamente, no fue un *xon*.

CIKIOL me repitió lo que obtuvo del fidedigno KEITETOWH: "Los primeros *xon* son *Kran*, el hombre-sol, y *Kraq*, la mujer-luna; estos dos eran marido y mujer. Todos los *xon* posteriores han aprendido (el oficio) de estos dos. Ambos poseían un poder muy grande." PAREN me explicó con algo más de claridad: "Los *xon* no cuentan entre los primeros y más antiguos antepasados; sólo se los encuentra en épocas más recientes. No quieren saber nada de *Kenós*. No tienen relación con éste, ni menos aún con *Temáukel*. Recién cuando *Kenós* hubo ascendido al firmamento, comenzaron a operar los *xon*. ¡Desde entonces adquirieron poder y fama!"

Esta esfera de conocimiento de nuestros selk'nam exhibe variadas lagunas e inseguridades. En parte, seguramente, porque los sucesos en la larga época de los antepasados no pueden ordenarse ni cronológica ni causalmente en forma consecutiva y completa.

2. Posición del hechicero respecto del Ser Supremo

Nunca, durante el ejercicio de su profesión, el *xon* entra en ningún tipo de relaciones con *Temáukel*, el Ser Supremo. Por más extraño que parezca, he oído decir varias veces: "¡El *xon* no quiere saber nada de 'Aquél-allá-arriba'!" Esta afirmación —y otras por el estilo— explica suficientemente la fundamental posición de excepción del hechicero⁵⁰. Su distanciamiento respecto de *Temáukel* se explica a partir de las siguientes consideraciones.

Mientras la gente común se dirige al Ser Supremo mediante una especie de oración, pidiéndole la curación de un niño enfermo, y esperando la ayuda correspondiente, un *xon* jamás haría uso de semejante medio. Un *xon* que envía una oración a *Temáukel*... es simplemente inconcebible. Mis informantes me miraban con la boca abierta, más que sorprendidos, cuando expresaba en mis preguntas esta "idea extravagante" según sus conceptos. En el ejemplo señalado debe considerarse como suposición previa que *Temáukel* mismo haya enviado al niño la enfermedad. Sólo de Él puede esperarse entonces el retiro del mal. La enfermedad de una persona adulta es causada casi exclusivamente por un *kwáke*, y por lo tanto es un *xon* el que debe intervenir en ayuda del afectado. Sin embargo, al margen de estos casos, también existen entre los adultos oportunidades, por más escasas que sean, en las cuales la enfermedad debe atribuirse específicamente al Ser Supremo, sea cual fuere la razón. El *xon* también se adhiere al juicio de la comunidad, expuesto en tal sentido. Incluso me nombraron un ejemplo, en que el hechicero declaró sin ambigüe-

⁵⁰ TONELLI: 105 también expresa la convicción "che l'istituzione dei xon non sia originariamente e direttamente connessa con la credenza in Timaukel".

dades: "Esta enfermedad no tiene su origen en un *kwáke*", y por lo tanto tendría entonces su origen en *Temáukel*. Al igual que en este caso, el *xon* siempre determina sólo un diagnóstico negativo y da a conocer únicamente en forma indirecta la verdadera causa. El *xon* fracasa rotundamente con sus artes ante un caso de enfermedad que los circundantes atribuyen directamente al Ser Supremo. Resignado e inactivo espera también él el desenlace; nunca osaría ensayar ningún tipo de curación según sus métodos habituales, usados en otros casos.

Tratando de explicar esta postura doble, quisiera decir: como *selk'nam*, el hechicero tiene sus relaciones con *Temáukel* igual que cualquiera de sus compañeros de tribu, pero como *xon* evita cualquier tipo de contacto con él.

Del mismo modo a ninguno de nuestros indígenas se le ocurriría requerir ayuda o protección a *Temáukel* contra las intrigas de los *xon*. La mejor prueba para esta afirmación es la observación diaria. Quien, a raíz de ciertos indicios, se considera perjudicado por algún *xon*, corre inmediatamente a consultar a un *xon* amigo; aquí es donde busca protección contra la persona enemiga y reclama la eliminación del mal.

Mis informantes se extrañaban cuando yo les hacía ver cuidadosamente la siguiente objeción: ¿Por qué *Temáukel* permite actuar a cualquier *xon*, sin limitar sus arbitrariedades de alguna manera? Largas conversaciones sobre el tema me transmitieron la convicción de los indígenas, en el sentido que sus *xon* están completamente libres de interferencia externa en la totalidad de su ejercicio profesional, como si el Ser Supremo no se preocupara por la actividad de estos personajes. Me decían: "Ciertamente, 'Aquél-allá-arriba' mira lo que hacen lo que hacen los *xon*, ¡pero más que eso no (hace)!"

Ya hemos dicho que pertenece al ámbito de actuación de los hechiceros matar a una persona desagradable para ellos. Pero según la creencia de esta gente es el Ser Supremo el que causa la muerte y retira el alma de su existencia terrenal. Cuidadosamente hice ver a mis informantes esta contradicción en sus ideas; pero no la supieron resolver. Mas, en esa oportunidad, se expresó la idea de que ningún *xon* mantiene relaciones o comunicaciones con el alma de ningún difunto. Asimismo, tampoco entran en contacto con los antepasados que, como se sabe, siguen viviendo aún hoy en la patria de los *selk'nam*, después de haber adoptado la forma de un objeto natural.

3. El alma del hechicero

De antemano, resulta aventurado esperar que el alma del *xon*, al morir, "tome el camino de *Kenós*." En sus trabajos profesionales ha eliminado por principio a *Temáukel*, porque se convierte en una única unidad de trabajo con el *wáiyuwen* actuante en él, perdiendo así la independencia de su *káspi*. "El *wáiyuwen* absorbe al *káspi* del aspirante, y sólo entonces puede actuar como un *xon* pleno." Sea cual fuere la forma en que nuestros indígenas se imaginen esta comuni-

dad de trabajo y de ser entre el *kášpi* de un *xon* y su *wáiyuwen*, afirman unánimemente que, al morir el hechicero, su alma no asciende hacia el Ser Supremo. Con seguridad no se puede decir quién o qué es la verdadera causa de la muerte de un *xon*, si dejamos de lado que, en uno u otro caso, es un colega el que lo ultima maliciosamente.

Después, siguen diciendo que el espíritu de un *xon* difunto, precisamente porque no toma el "camino de *Kenós*", permanece en las cercanías de su vivienda hasta que se une a un novicio. Pero él mismo se había convertido en *xon* pleno cuando su alma humana completó su unión con el espíritu de un *xon* anterior. Esta combinación forma ahora una nueva comunidad con el alma de otro hombre joven, que desea dedicarse a la misma profesión. ¿Dónde permanece entonces el alma del primero? No debía esperar una explicación del asunto por parte de mis indígenas.

Puesto que el *kášpi* de los hechiceros permanece aquí en su patria terrenal, le queda abierta la posibilidad de aparecerse realmente a otras personas. De hecho, y así me lo atestiguaron reiteradamente, se hacen visibles a sus parientes, que los ven y reconocen. Esto no es posible para las almas de los demás *selk'nam*. Por lo tanto, ni para un joven aspirante, ni para un indígena cualquiera, la imagen de un *xon* fallecido es un mero recuerdo o un efecto reflejo, sino efectivamente el alma de aquél, viviente en toda la realidad de la palabra, que se acerca, se aproxima al hombre y se deja ver por él.

En casos particulares el alma de un hechicero se coloca también directamente ante el ojo corporal de un hombre con vocación para la profesión, cuando éste busca la soledad y se dedica a sus reflexiones, o cuando cruza el bosque por senderos solitarios. Entonces relata al regresar al campamento: "He visto a aquel *xon* (lo cita por su nombre), ¡su *kášpi* quiere unírseme!"⁵¹

Raras veces sucede que el alma verdadera de un *xon* recientemente muerto se presente ante cualquier individuo que está bien despierto. Con su aparición, esta alma pretende asustar o dañar de alguna manera a esa persona. Me señalaron la leyenda de *Hačámšes* (ver pág. 617). Algunos de mis informantes me confesaron que en sueños habían recibido varias veces la visita de un *xon* fallecido, pero nunca les había causado daño en esas ocasiones.

Incluso se ejerce una verdadera presión sobre el alma de un *xon* ya desaparecido. Pues, aunque esto —dicen— ha sucedido muy raras veces, cuando un aspirante ha pasado largo tiempo pensando en aquel de sus parientes cuyo poder desea para sí y cuyo *kášpi* ha visto reiteradamente, pero a pesar de ello nunca ha podido sentir la presencia del *wáiyuwen* no obstante haberse esforzado tal vez ya durante tres años, entonces trata de apoderarse casi por la fuerza de ese espíritu. Para ello aplica un método muy peculiar. Con to-

⁵¹ Los *yámána* me han narrado el caso de una vocación extraordinaria y esencialmente idéntica a ésta, para la profesión de hechicero. En el volumen II me ocuparé detalladamente de esto, y mostraré las muchas coincidencias entre ambas instituciones.

tal disimulo trata de averiguar la ubicación de la tumba de dicho *xon*. Furtivamente se acerca a ese lugar, donde quita la cubierta de piedra y ramas, hojarasca y tierra, hasta dar con los restos óseos del difunto, que extrae de la tumba. En las inmediaciones ya había encendido un fuego. Sobre las brasas incandescentes coloca ahora los huesos. Los deja allí hasta que están completamente calcinados. Con un palo los retira del fuego, y, entre dos piedras planas, muele todos los huesos encontrados hasta convertirlos en un polvo fino. Con este polvo, seco como está, se frota inmediatamente todo el cuerpo. Durante todo este tiempo no pronuncia palabra alguna; pero con tanto mayor esfuerzo piensa en el muerto mientras se frota con el polvo de los huesos de éste. Más tarde cubre nuevamente la tumba de modo tal que, bajo la influencia de los fenómenos meteorológicos, pronto se hace irreconocible. Por último apaga el fuego y emprende rápidamente la marcha hacia su campamento. Allí no pronuncia palabra alguna sobre lo que acaba de hacer. Su manto quita rápidamente el polvo calcáreo de su piel, de modo que tampoco éste lo delata. Sin distraerse con conversaciones, se dedica nuevamente a sus sueños serios y duraderos. Tarde o temprano se apodera efectivamente del espíritu de aquel *xon*, tiene la vivencia de su acercamiento y se convierte en una unidad con él. En brevísimo tiempo, después de lo acontecido junto a la tumba, aparece por fin el *kášpi* de aquel *xon* ante el aspirante que lo está esperando ansioso. A partir de entonces le transmite su canto y le proporciona diversas indicaciones. Ambos quedan unidos a partir de ese momento.

4. Muerte y sepultura del hechicero

Un día, TOIN me dio la siguiente explicación: "Los selk'nam mueren cuando 'Aquél-allá-arriba' llama a su *kášpi*. Nunca nadie se ha expresado sobre por qué motivos muere un *xon*." Según la convicción del confiable KEITETOWH, todo *xon* es muerto, por así decirlo, por un colega malintencionado.

Cada vez que un *xon* enferma de modo que deba temerse su fallecimiento, los colegas amigos se ocupan en lograr su curación, aplicando el tratamiento habitual para ese fin. Pero la muerte no puede rechazarse a la larga. Los parientes más próximos del *xon* llaman, en no pocas ocasiones, a un maestro famoso que vive en algún lugar alejado. Independientemente de las razones puramente humanitarias, su acción está dictada también por cierto temor. Porque ellos deben tener en cuenta que, una vez producido el desenlace, el *kášpi* de ese *xon* se vengue asustando y dañando a todas aquellas personas, parientes y vecinos, que no se ocuparon de aliviar su estado cuando enfermó. Tales temores excitan a todos los que rodean al *xon* enfermo. Otra razón que hace crecer el temor es la creencia de que un *xon* puede adquirir mayor poder aún después de su muerte.

Teniendo presentes estas consideraciones, todo el vecindario cuida

también solícitamente del bienestar de los deudos del *xon*. Todo el mundo se esfuerza en participar de su dolor y proporcionarles alimento.

No bien se produce el deceso, comienzan las lamentaciones y los aullidos, especialmente fuertes. A veces se acerca gente desde lugares muy distantes, si ha muerto un maestro famoso y meritorio.

Mientras en los casos de fallecimientos comunes son los parientes más próximos quienes se ocupan de preparar y llevar el cadáver, son en este caso los *xon* quienes muestran mayor actividad. Según antiguas costumbres, los parientes del difunto pasan completamente a un segundo plano, si se encuentra presente un número suficiente de *xon*. Se dedica la mayor atención a cada manipulación, y a toda la preparación del cadáver.

Apenas ha expirado el hechicero, los hombres que lo rodean rivalizan uno con el otro en traer mantos de piel bien elaborados. Se eligen unos seis de los mejores. El cadáver extendido se envuelve primero en uno o dos abrigos amplios, y se ata con unas angostas correas de cuero aplicadas en espiral. A cada lado del cuerpo se aplican tres o cuatro varas del grosor de la articulación del codo, y continuando la atadura con las correas de cuero, se sujetan estas varas en dirección longitudinal. Alrededor del cadáver, ya envuelto, se colocan luego dos o tres capas más, y el grueso bulto formado debe ser sujeto fuertemente con correas de cuero más largas aún. Las varas bien sujetas a ambos lados del cuerpo evitan que el cadáver se doble al llevarlo.

Durante esta preparación, quienes en ella intervienen cuidan temerosamente de que el rostro del difunto permanezca siempre hacia arriba. Ni el cadáver ni los mantos de cuero se pintan ex profeso. Los mantos se aplican con la lana hacia adentro, o sea en contacto con el cadáver.

Una vez atado el muerto, los hechiceros se agrupan de modo que a derecha e izquierda de éste quedan dos o tres hombres. Con la mano del lado del cadáver asen una de las muchas correas de la atadura y elevan el bulto sólo lo necesario para que el brazo quede extendido en posición vertical y la carga cuelgue libre y cómodamente. Con paso lento abandonan la choza y se dirigen al lugar escondido del bosque elegido como tumba por uno de los ancianos influyentes.

Se prefiere la espesura del bosque o una maraña de arbustos, pues la última morada del difunto debe quedar escondida. En la parte norte de la Isla Grande se buscaba, en lo posible, una colina protectora. A los hombres que cargan el cadáver se unen, por lo general, unos pocos ancianos, porque el entierro de un *xon* suele ser algo más complicado. Llegados al lugar elegido, un buen trecho alejado del campamento, comienza inmediatamente el trabajo. Mientras algunos hombres cavan la tumba con el omóplato de un guanaco o de un león marino y con palos afilados, otros derriban algunos troncos, del espesor aproximado de un brazo. Con estos troncos hacen unos doce tirantes, más o menos de la altura de un hombre. Se cava algo más profundo que de costumbre, tal vez unos quince centímetros [más], en forma pareja; el ancho de la excavación coincide con el an-

cho del bulto. Éste es colocado de modo tal sobre la tierra, que el rostro queda hacia arriba, con el cuerpo extendido horizontalmente. La parte superior y ambos costados se cubren con aquellos tirantes colocados uno junto al otro, paralelamente al eje del cuerpo. Esta disposición se parece a un vallado, con lo que se quiere evitar que los zorros desentierren el cadáver. Sobre éste se esparce una gruesa capa de ramitas, y muchas piedras grandes para que hagan peso. Con estas cosas se llena la tumba hasta la misma altura de la tierra circundante. Lo más irregularmente posible se cubre este lugar con maderos en descomposición, ramas y terrones, para igualarlo al terreno que lo rodea. Terminado el trabajo, los participantes se retiran de la tumba. A nadie se le dice su ubicación, y quien la conoce no vuelve jamás a ese lugar.

Más aún que durante la preparación del cadáver, se cuida al colocarlo en la tumba que su boca quede dirigida hacia arriba, pues, en caso contrario, los sobrevivientes deben esperar la venganza más terrible del muerto.

Sobre ello, me proporcionaron también otra explicación: si la boca del *xon* fallecido quedara orientada hacia abajo en la tumba, sería para su *káspi* imposible salir del cuerpo y pasar a un novicio.

Mientras los selk'nam evitan repetir en sus charlas los nombres de sus muertos, se mencionan y se comentan a menudo las hazañas de un *xon* fallecido. Los enemigos de un *xon* recién desaparecido, al menos en la primera época, sienten un leve temor por la posible venganza de aquél.

La serie de ideas y representaciones que rodea al *xon* de los selk'nam conforma sin lugar a dudas una unidad aproximadamente cerrada, en el sentido de que los muchos conceptos parciales se complementan y se encadenan recíprocamente. Es cierto que también existen sensibles lagunas, la conexión de las ideas es a veces interrumpida, y mucho es lo que falta aclarar. Tales imperfecciones no extrañan, pues son —precisamente— propias del pensar de los indígenas y se repiten a menudo en series largas de ideas.

Si se verifica el espíritu y el sentido de la institución fueguina de los hechiceros respecto de su verdadero contenido, y luego se compara el resultado con la orientación básica de la cultura selk'nam, considerada ésta como la de un pueblo primitivo y valorada según el juicio histórico-cultural, la contradicción interna de ambos esquemas resulta extraña. Porque de ninguna manera aquél se incorpora armónicamente en la totalidad de la vida de ese pueblo. Se trata de una componente originada en otro ambiente cultural y transferido a éste, que sólo ha podido adaptarse y amoldarse exteriormente a la ya existente forma básica económica, social y mítico-religiosa. En cambio, la institución de los hechiceros aparece nutriéndose del mismo espíritu que las ceremonias secretas de los hombres, las cuales, en comparación con aquélla, evidencian con mayor claridad aún su carácter de extrañas al ideario primitivo.

Al juzgar la exposición que antecede, no se me debería echar en cara la excesiva extensión. Mi intención era reproducir en su totalidad

mis observaciones y desarrollar, desde todos los ángulos, aquel particular universo de ideas cuyo eje es el *zon*. Sentado largas horas junto al fuego de la choza, he tratado de extraer a los aburridos indígenas esta temática dura, difícil de captar. Es cierto que muchas cosas quedaron sin aclarar e incompletas. "¡Nosotros tampoco sabemos más!", son palabras que tuve que oír a menudo, pues con ellas alguno de mis impacientes informantes interrumpía abruptamente cualquier penetración más profunda en estos temas. Con mucho esfuerzo logré, sin embargo, obtener y ordenar esta larga serie de extrañas representaciones.

Apes...

de los...



Pernettya pumila